Los Episodios de Vathek

WILLIAM BECKFORD

Cuando **William Beckford** (1760-1844) concibió su célebre obra *Vathek*, la imaginó como un conjunto de historias, cuatro en total, que recogerían la exuberancia e imaginación oriental de *Las mil y una noches*. La primera de ellas, *Historia del califa Vathek*, cuyo personaje central da título al conjunto, ha sido publicada en diversas ediciones en castellano.

La presente edición reúne, por primera vez en nuestro país, las dos historias que componen la segunda parte de la obra, y que aparecieron bajo el nombre de ***Los Episodios***, tiempo después de la muerte de su autor. Una tercera historia quedó inconclusa. Posteriormente, escribió un cuarto episodio, que destruyó por considerarlo excesivamente pornográfico.

Cuando Vathek y Nuronihar llegan al Palacio del Fuego Subterráneo, donde se abandona toda esperanza, encuentran en una pequeña habitación cuadrada a cuatro jóvenes de buen aspecto y a una bella mujer. Son los príncipes Alasi y Firuz, el príncipe Barkiarokh, el príncipe Kalilah y la princesa Zulkais. Vathek les cuenta la historia de su vida, cuya ambición y deseo fáustico de conocimiento le han conducido a la perdición. Los otros personajes van a relatar también el camino de su hundimiento. Las narraciones de los jóvenes de la habitación cuadrada constituyen ***Los Episodios***. El lugar de la narración es, sin duda, singular: el Abismo.

William Beckford

Los episodios de Vathek

Valdemar: Gótica - 1

ePub r1.1
orhi 22.07.2018

Título original: *Histoire du Prince Alasi et de la Pricesse Firouzkah. Histoire du Prince Barkiarokh*
William Beckford, 1786
Traducción: Claudia Monfils

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: chungalitos
ePub base r1.2

Presentación

Lo Gótico

La palabra «gótico» se usa en numerosos campos: como término literario, histórico, arquitectónico, etc. En el contexto literario, «gótico» se aplica normalmente a un grupo de novelas escritas entre 1760 y 1820, aunque su impulso llega hasta el siglo XX, donde muchos maestros modernos han seguido cultivando el género.

La palabra «gótico» se empezó a usar para designar lo germánico y sus connotaciones de barbarie; posteriormente se empleó parta referirse a una etapa histórica, la edad oscura, y describir todo lo relativo a la Edad Media. El término se puso como contrario a lo clásico para expresar la contraposición entre lo caótico y lo bien ordenado. Lo gótico representaba el exceso y la exageración, el producto de lo salvaje y de lo incivilizado. El valor de lo representado por este término era negativo, pero a finales del XVIII, sobre la década de los 80, acaba de completarse una inversión en su valoración y se estima como algo positivo. Lo salvaje, lo arcaico, todo lo que el clasicismo relegaba fuera de sí, comenzó a ser considerado como algo válido dentro de la cultura, a causa de su fuerza, fuego y vigor. El máximo auge del género se produjo en la década de los noventa, dominando el mercado de la novela.

Un conjunto de características definen esta forma de escritura: énfasis en describir el horror, insistencia en escenarios antiguos, uso de lo sobrenatural, caracteres estereotipados, desarrollo de técnicas literarias de suspense, castillos encantados, heroínas presas de indecibles terrores, fantasmas, villanos, criptas, vampiros, monstruos, etc. Los temas son violentos, los héroes o las heroínas están abandonados y a merced de un mundo salvaje; ornamentos, hipérboles y exclamaciones contribuyen a construir un estilo unitario. Los caracteres se normalizan; el más típico es el del villano, siempre persiguiendo sus fines malvados y opacos, buscando la ruina de sus víctimas. Espíritus y fantasmas entran en la escena de la ficción gótica; algunos son «reales», otros encuentran una explicación natural; pero la naturaleza de la explicación no determina lo gótico, sino la dilación o la permanencia de la incertidumbre de la acción, lo que crea el suspense, la ambivalencia.

Pues, ¿cuál es el principio rector de nuestras acciones y pensamientos? Lo racional es sólo una región de lo real, y su reino, que comprende lo previsible, la seguridad, la certeza, la univocidad, es delgado y estrecho; en sus límites, no bien configurados, se agitan agentes sin carta de ciudadanía —demonios, villanos, el enemigo interior, según la visión de la época, las pasiones— que pueden acabar por disolver ese frágil orden construido por el clasicismo, donde todo factor de inseguridad ha sido desterrado. El sentimiento básico de la ficción gótica es el terror. De ese abismo, de esa negra oscuridad, toda esta producción libera la imagen y el símbolo. Tal vez no existan fantasmas ni demonios, pero bajo el velo de aparente

calma extendido sobre una ciudad, se están realizando miles de viajes a través del horror, una multitud caída que navega entre el miedo y la desolación. Los agentes que provocan tal estado pueden adoptar múltiples formas y su apariencia siempre esconde lo que puede producir el golpe fatal —el enemigo que derriba es invisible—, el golpe que conduce hacia el horror desconocido, hace girar en silencio los goznes de las puertas que guardan los monstruos de la crueldad, el crimen, la ferocidad, la culpa, la masa de horripilantes criaturas. Se dice entonces; los sentidos engañan, después la razón vacila y, por último, la pasión aplasta.

Si las imágenes del horror son ficticias, el sentimiento de horror pertenece a la experiencia; si el enemigo es invisible, la ficción trata de representarlo mediante la visión. La ficción gótica, como proceso artístico sólo trata de dar forma a lo informe, presentar en un espejo configurador un movimiento afectivo o pulsional, que, en este caso, pone en peligro una determinada estructura psicológica; la que mantiene fuera de sus límites y contiene más allá de sí el horror. Las imágenes desplegadas en la acción argumental hacen que se reproduzca en el lector esa determinada experiencia, de tal modo que el sentimiento originario aparezca transmutado en símbolo, en objeto cultural, y, por lo tanto, se efectúa una purificación, una sublimación de estas pasiones mediante su visión, con lo que del ámbito natural pasan a ingresar en el cultural. Como pieza de arte originaria, la novela gótica cumple una función en el proceso de civilización: devolver la cara oscura a la luz, culturizar aquello que la razón ilustrada había sido incapaz de introducir en su visión.

Agustín Izquierdo

Introducción

Beckford

William Beckford nace el 29 de septiembre de 1760 en Fonthill; hijo único de un matrimonio tardío formado por William Beckford, *whig* y alcalde de Londres, y Maria Hamilton. La familia poseía una fabulosa fortuna —Beckford la heredó a los 21 años—, resultado de las plantaciones de caña de azúcar y de la posesión de esclavos en Jamaica, lugar que nunca visitó. Beckford recibe una educación impartida por varios preceptores y tiene acceso a gran número de libros. Sus lecturas preferidas son Dante, Ariosto y, sobre todo, las *Mil y una noches*, libro que leyó en múltiples ocasiones. En la soledad de Fonthill, crecen sus inclinaciones por el ensueño, la evasión, la fantasía, la escritura y la seducción por el Oriente.

A los diecisiete años emprende el primero de los numerosos viajes que hizo hasta su reclusión voluntaria en Fonthill en 1804, y posteriormente en Bath. En Suiza visita a Voltaire y acompaña con cierta asiduidad a la familia agnóstica Huber; de este modo abandona ciertas ideas de su educación tradicional. En 1780 realiza el típico «Grand Tour», que le llevó hasta Nápoles. Más tarde, en 1783, se casa con Lady Mary Gordon, que muere a los tres años de matrimonio, después de haber dejado dos hijas. Esta muerte le afecta considerablemente, y, para distraer su dolor, viaja por Portugal y España. En Madrid, donde pasa unos meses en 1789, se enamora al mismo tiempo de la princesa de Listenais, de dieciocho años de edad e hija del embajador francés, de su marido de catorce años y del hermano de éste. La situación afectiva se complicó de tal modo que se vio obligado a abandonar la ciudad y se dirigió a París, donde asistió a la toma de la Bastilla. El instinto sexual de Beckford era variado e intenso; durante una estancia en Powderham Castle, en 1779, se enamoró perdidamente del hijo del vizconde de Courtenay, de once años; tiempo más tarde, en 1784, es sorprendido, en el mismo castillo, junto con el hijo de sus huéspedes en una habitación cerrada con llave. Estalló el escándalo, lo que impidió que accediera a un puesto político para el que estaba propuesto. Su conducta, casi siempre un poco irreflexiva, le ponía a menudo ante situaciones embarazosas.

Beckford, además de *Vathek* y *Los Episodios*, escribió una historia, *The Vision*, redactada durante el invierno de 1777; una serie de biografías imaginarias, *Memorias biográficas de pintores extraordinarios*, que publicó anónimamente; una traducción libre de los *Volksmärchen der Deutschen* de Musaeus, con el título de *Popular Tales of the Germans*; dos novelas paródicas, *Modern Novel Writing* y *Azemia*; y libros de viajes: *Italy; with Sketches of Spain and Portugal* y *Recollections of an Excursion to the Monasteries of Alcabaça and Batalha in 1794*.

En 1804 abandona su actividad viajera y literaria y se encierra en Fonthill, donde

inicia la construcción de su fantasía arquitectónica: la abadía gótica de Fonthill. Las obras concluyen en 1807. El resultado es una mole de proporciones gigantescas; cien metros de largo con dos torres laterales de cuarenta y una central que alcanzaba casi los cien metros. Allí permaneció, bajo el techo de su quimera arquitectónica, encerrado en sí mismo y coleccionando todo tipo de objetos de arte, hasta que se vio obligado a vender la abadía por problemas económicos y trasladarse a Bath, donde también hizo erigir una torre, construcción donde se inicia la historia del Califa, aunque esta vez de proporciones más modestas. Murió el 2 de mayo de 1844. Sobre su tumba se puede leer: «El que aquí reposa, disfruta humildemente del más precioso de los dones del Cielo, la *esperanza*», el don que abandonan los que atraviesan el umbral del Palacio Subterráneo.

Los Episodios

Beckford concibe la idea de Vathek durante una fiesta celebrada en la Navidad de 1781. Durante tres días, en el palacio, adecuadamente decorado para la ocasión, «estuvimos errando y deambulando —cuenta Beckford— a menudo cogidos de la mano; oleadas de música llegaban hasta nosotros; a veces el sonido del órgano, a veces piezas concertantes…» alejados de «la naturaleza grosera y desprovista de poesía de nuestra época desilusionadora.» Cuando parte para Suiza con su mujer, tiene intención de escribir *Los Episodios*, una serie de historias encajadas al estilo de las *Mil y una noches*, pensados como continuación de la historia del califa. Beckford da una copia de ésta a W. Henley para que lo traduzca al inglés. Su deseo era publicar *Vathek* junto con los tres episodios proyectados, de los que sólo concluyó los dos primeros. El hecho de que Henley publicara la traducción inglesa sin la autorización de Beckford obligó a éste a editar apresuradamente el original francés sin los episodios. De hecho, éstos no fueron publicados en vida del autor, cuya composición concluyó sobre 1786. Lewis Melville descubrió el manuscrito de *Los Episodios* y lo publicó en 1912.

Cuando Vathek y Nuronihar llegan al Palacio Subterráneo, donde se abandona toda esperanza, encuentran en una pequeña habitación cuadrada a cuatro jóvenes de buen aspecto y a una bella mujer. Son los príncipes Alasi y Firuz, el príncipe Barkiarokh, el príncipe Kalilah y la princesa Zulkais. Vathek les cuenta la historia de su vida, cuya ambición y deseo fáustico de conocimiento le han conducido a la perdición. Los otros personajes van a relatar también el camino de su hundimiento; las narraciones de los jóvenes de la habitación cuadrada constituyen *Los Episodios*. El lugar de la narración es, sin duda, singular: el Abismo, y representa un elemento original en la literatura; compárese con otros célebres lugares narrativos: la casa de campo del *Decamerón*, la taberna jovial de los *Cuentos de Canterbury*, el

campamento de gitanos del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, y el lecho nupcial de las *Mil y una noches*. El elemento esencial que liga estos relatos a lo gótico es la descripción de la caída que conduce al lugar trágico, sin esperanza. Lo que revelan el príncipe Alasi y Barkiarokh es su degeneración y perversión. Los agentes que provocan la caída en lo gótico son múltiples: en el caso de nuestros príncipes es la pasión, la pasión ciega, violenta, desenfrenada, desordenada… que hace estallar la epidermis de la razón.

El amor-pasión, disfrazado de amistad, se introduce y se instala en el príncipe Alasi; una vez en su corazón, le mueve a abandonar todo. Buscando el amor eterno, sólo encuentra odio y sufrimiento eternos. Los deseos, envueltos en la violencia de la pasión —quiere decir Beckford— son ciegos y conducen a lo contrario de su propósito. En el Palacio del Fuego Subterráneo, la mirada de amor de Alasi y Firuz se transmuta en mirada de odio.

Por su parte, Barkiarokh posee una inclinación natural por la riqueza y el placer, que le hace incapaz de prestar atención a cualquier consejo, y de remordimiento, cuyo símbolo es la varita de Homaiuna, el objeto que le produce la mayor aversión. Deslizándose por su perversa inclinación, comete crimen tras crimen: adulterio, parricidio, apostasía y el deseo incestuoso. Otro tema es el disimulo y el cálculo del intelecto. El ser sobrenatural Homaiuna se ve atraído por los hombres, quiere intervenir en sus vidas para hacer el bien y evitar el mal, pero de estos «seres perversos», debido a «su malicia premeditada», que esconden bajo los rasgos de su cara, es imposible discernir las intenciones, de modo que cuando se esperaba hacer un bien, no se sabe si se hace un mal. Barkiarokh emplea siempre como principal arma de sus fechorías el disimulo. La venganza viene dilatada, tiempo durante el cual actúa el cálculo que decide el momento apropiado para descargar el golpe.

En *Los Episodios* abundan las escenas sobrenaturales y mágicas; el mundo allí representado está gobernado por una serie de fuerzas míticas —Eblis, Solimán, los monarcas preadamitas, Afritas, Peris, Divos, Magos— cuya intervención también está sometida a la lógica de la perdición de los protagonistas. El camino de Alasi, Firuz, Barkiarokh, expresa la idea romántica de la ficción del deseo.

El tercer episodio, *Historia de la princesa Zulkais*, quedó inacabado. Beckford escribió un cuarto episodio, *Historia de Matassem*, que destruyó nada más concluirlo por considerarlo demasiado pederasta y putañero para ser publicado.

Agustín Izquierdo

HISTORIA DEL PRÍNCIPE ALASI
Y DE LA PRINCESA FIRUZKAH

HISTORIA DEL PRÍNCIPE ALASI

Y DE LA PRINCESA FIRUZKAH

Yo gobernaba en Kharezma[1], y por muy pequeño que fuera mi reino, no lo habría cambiado por el inmenso imperio del Califa Vathek[2]. En mi caso, no ha sido la ambición la que me ha precipitado a este funesto lugar. Mi corazón, que pronto se quemará en el fuego de la venganza divina, estaba bien armado contra las pasiones violentas; el loable y tranquilo sentimiento de la amistad era el único que tenía cabida en él; el amor, en principio rechazado, empezó allí a moldearse hasta llevarme a la perdición.

Tenía veinte años cuando el rey, mi padre, murió; la pena que me ocasionó su pérdida era sincera, no sólo por un sentimiento innato, sino también porque consideraba el hecho de reinar como una carga demasiado pesada para mí.

Las agradables delicias del harén apenas me fascinaban, y menos aún la idea de los lazos formales del matrimonio. Sin embargo, había sido prometido solemnemente a Rondabah, princesa de Ghilán[3], y no podía romper un acuerdo que mi padre había suscrito en bien de las dos naciones. Lo único que podía permitirme era alargar el plazo acordado.

Sumido en aquel alejamiento esquivo de las costumbres establecidas, tuve que ascender al trono para gobernar a un numeroso pueblo, soportar la ineptitud de los poderosos y la necedad de los débiles, administrar justicia a todos, y por consiguiente, convivir entre ellos. Por aquel entonces la generosidad y la virtud no eran para mí meras palabras; cumplía fielmente con mis deberes, aunque de vez en cuando me apartaba de ellos para recrearme en mi propensa soledad. Una tienda, acomodada según el gusto persa y situada en medio de un frondoso bosque, era el lugar donde pasaba aquellos momentos de retiro, que siempre me parecían transcurrir con demasiada rapidez. Había hecho abatir suficientes árboles como para poder disponer de un pequeño campo sembrado de flores, rodeado por una acequia, cuyas aguas eran tan claras como las de Rocnabad[4]. En aquel lugar, que se asemejaba a la luna llena brillando en la oscuridad del firmamento, era donde iba a menudo a soñar, al tiempo que admiraba la sombría perspectiva de los densos bosques que me rodeaban.

Un día, estando tumbado sobre el musgo, mientras acariciaba a un gamezno que se había familiarizado conmigo, pude escuchar el cercano galope de un caballo, y poco después vi aparecer a un jinete desconocido; su forma de vestir era extraña, sus ademanes fieros y su mirada huraña, pero no retuvo por mucho tiempo mi atención. Mi vista se fijó en una figura angelical, vestida con ropas de muchacho. El desconocido estrechaba fuertemente contra su pecho a aquel ser tan agraciado y tan

delicado, como si quisiera impedirle gritar. Enojado por lo que yo tomaba como un acto de violencia, me levanté con ánimos de cerrarle el paso a aquel hombre, mientras le enseñaba mi sable resplandeciente y le decía:

—¡Deténte, miserable! ¿Cómo te atreves a cometer semejante atentado en presencia del rey de Kharezma?

Al oír aquello, el hombre se arrodilló en tierra sin soltar su preciosa carga y, saludándome respetuosamente, me dijo:

—Príncipe Alasi, es a ti a quien busco para confiarte la custodia de un tesoro, cuyo valor no tiene igual. Filanshaw, rey de Shirván[5] y amigo íntimo de tu padre, el rey, se encuentra en una situación extrema. Sus súbditos rebeldes le tienen sitiado en su ciudadela de Samakhié[6]. Las tropas del Califa Vathek les apoyan en su revuelta; han jurado derrocar a su soberano. Filanshaw se ha puesto valientemente en manos del destino, pero quiere, si ello es posible, salvar a su único hijo, al precioso niño que aquí tienes, ordenándome que te lo entregara personalmente. Oculta esta incomparable perla en tu seno y que nadie sepa de qué lugar procede el nácar donde se ha formado, hasta que la revolución de los tiempos vuelva a traernos la paz. Ahora, me despido, porque temo que me estén persiguiendo; el príncipe Firuz[7] te dará todos los detalles que quieras conocer.

Mientras escuchaba aquellas palabras, tendí los brazos a Firuz, que se echó en ellos y ambos permanecimos abrazados con una ternura que pareció colmar de alegría al hombre que lo había traído hasta mí; volvió a subirse al caballo y, a toda prisa, se alejó de nosotros.

—Sácame de aquí —me dijo Firuz—; ahora es cuando temo caer en manos de mis perseguidores. ¡Ay!, serían capaces de apartarme del amigo que el Cielo ha elegido para mí y por el que mi corazón late ya con fuerza.

—No, mi querido y precioso niño —exclamé—, nada podrá arrancarte de mi lado; si es necesario, emplearé mis tesoros y mis ejércitos para no perderte. Pero, ¿por qué tenemos que ocultar tus orígenes en mis Estados? Aquí nadie querrá perjudicarte.

—Si así lo quieres, generoso defensor —me respondió Firuz—, así lo haremos; pero los enemigos de mi padre han jurado exterminar a su estirpe y no temerán matarme con tal de cumplir su promesa; si conocen mi paradero, vendrán a apuñalarme ante tus propios ojos. El mago, que me ha traído hasta aquí y que fue el encargado de cuidarme durante mi infancia, hará todo lo posible para persuadirles de que he muerto. Búscame un supuesto padre, no me importa quién sea, y estaré muy honrado en ofrecerte mi cariño, así como en merecer el tuyo.

Mientras manteníamos aquella conversación, llegamos hasta una especie de cercado, hecho con telas pintadas, que rodeaba mi pabellón persa; una vez allí, mandé que nos trajeran algún refrigerio, que ninguno de los dos probó apenas. El timbre de voz, la conversación y las miradas de Firuz causaron tal impresión en mí, que mi mente estaba confusa y las palabras que salían de mi boca eran pocas y entrecortadas. Firuz se dio cuenta de mi turbación, por lo que cambió el aire tierno y lánguido que

hasta ahora había empleado, para sustituirlo por la alegría y la animación infantil propias de su edad, pues no aparentaba tener más de trece años.

—¡Oye!, ¿qué pasa? —me dijo Firuz—, ¿es que aquí sólo tienes libros? ¿Acaso no posees ningún instrumento musical?

Sonreí e hice que nos trajeran un laúd. Firuz lo tocó con tanta maestría y cantó con tanto sentimiento y tanta delicadeza, que volvió a causarme otro éxtasis, del que procuró sacarme mediante inocentes juegos.

Al llegar la noche, nos vimos obligados a separarnos; a pesar de ser más feliz de lo que nunca habría podido esperar, deseaba encontrarme a solas conmigo mismo. En principio, no me fue fácil; ¡mis pensamientos eran tan confusos! No podía comprender lo que me estaba sucediendo. «Por fin —pensé—, el Cielo ha escuchado mis más fervientes plegarias; me ha enviado a este amigo del alma, que nunca habría podido encontrar en mi corte; me lo manda con esa encantadora inocencia que conmueve profundamente el espíritu y que en el futuro será reemplazada por las cualidades que hacen que la amistad sea el bien supremo del hombre y, sobre todo, el de un rey, que apenas puede abrigar esperanzas de encontrarla.»

A menudo, prolongaba el tiempo que generalmente destinaba a mi soledad; su duración, tan corta para mí, se hacía larga para mi pueblo y no me quedaba más remedio que volver a Zerbend. Algunos días antes de mi partida, había mandado llamar a un pastor de los alrededores, ordenándole que reconociera a Firuz como hijo suyo y conminándole, bajo pena de muerte, a guardar el secreto. Aquella precaución pareció agradar a Firuz, objeto de aquel trato; su aprecio por mí se acrecentó, así como sus desvelos para complacerme.

Por decirlo de alguna manera, su amistad me había domado; ya no rehuía los placeres y las diversiones. Firuz era admirado y se diferenciaba de los demás en estas artes. La desenvoltura y la amenidad de Firuz habían originado la buena opinión generalizada que se tenía de él; por eso, me quedé bastante sorprendido cuando un día se acercó a mí con aire de furia y ofuscación.

—Rey de Kharezma —me dijo—, ¿por qué me has engañado? Si no soy la única persona que amas, no tendrías que haberme aceptado como tu amigo. Haz que vuelva con mi mago, ya que la princesa Rondabah, a la que todos esperan en cualquier momento, se va a convertir en la nueva dueña de tu corazón.

Aquel extraño arranque de Firuz me pareció fuera de lugar, así que le respondí, adoptando un aire de severidad:

—¿Qué extravagancia es ésta, príncipe de Shirván? ¿Qué puede importarte mi unión con la princesa Rondabah? ¿Qué tiene que ver el afecto que pueda sentir por mi futura esposa con el que voluntariamente y para toda la vida me he comprometido a entregarte?

—¡Oh!, me importa mucho —contestó Firuz—; me preocupa que no puedas encontrar una amistad duradera en una mujer agradable. ¿Acaso no se comenta que la princesa de Ghilán, además de los encantos propios de su sexo, tiene la fortaleza y la

valentía de un hombre? Entonces, ¿qué puedes esperar de ella?; y, ¿qué será de mí? Quizá estés pensando en librarte de mí, haciendo que vuelva de nuevo a mis Estados; pero, de antemano te digo que, aunque pusieras el mundo a mis pies como compensación a tu más tierna amistad, sólo podría mirarte como a mi peor enemigo.

Firuz me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo y me ponía a prueba deliberadamente; además sabía refrenar sus pasiones, insinuarse, eclipsarse o rebajarse según lo juzgara conveniente. Pareció, pues, tranquilizarse y volvió a recobrar su jovial buen humor.

Pese a esconderse bajo el apellido de un pastor, el hijo del rey de Shirván recibía todas mis atenciones; prefería que me acusaran de tener un capricho ridículo a tener que faltar a mis obligaciones. Firuz residía en el ala más acogedora de mi palacio; él mismo había elegido a sus criados y tenía además dos eunucos, que el mago había mandado traer desde el mismo día de su llegada a mi pabellón persa. Yo le había proporcionado unos maestros, que le ilustraban en todo tipo de ciencias, y a los que él solía sacar de sus casillas; también maravillosos caballos, a los que daba muerte más tarde, y esclavas que maltrataba sin piedad. Todo el mundo me ocultaba la verdad de estos hechos; su cortesía sin límites hacia mí, de la que ya se empezaba a murmurar, hacía que nadie se atreviera a acusarle.

Un venerable mullah, muy considerado por su saber y piedad, le explicaba la sana moral del Corán y le obligaba a leer y aprenderse de memoria los sagrados versículos; esto era lo que menos gustaba a mi joven amigo, pero yo atribuía aquel rechazo a cualquier motivo menos a su verdadera causa. No se me ocurrió pensar, ni por un momento, que su espíritu estaba ya impregnado de opiniones antagónicas al islamismo.

Un día, después de haber pasado varias horas sin ver a mi amable pupilo, me decidí a ir en su busca y lo encontré en una gran sala, bailando alrededor de una extraña figura disfrazada con una piel de asno, a la que hacía brincar con él.

—¡Ah, querido príncipe! —me dijo Firuz, al tiempo que corría hacia mí con los brazos abiertos—, ¡aquí tienes la cosa más maravillosa del mundo! Mi mullah se ha convertido en un asno. Es el rey de los asnos, porque sigue haciendo uso de la palabra, igual que lo hacía antes de llegar a serlo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—; ¿qué juego es éste?

—Esto no es un juego —me respondió el mullah, mientras agitaba dos orejas postizas de tamaño desmesurado—; por pura complacencia, intento parecerme a lo que soy y suplico a Vuestra Majestad que no se lo tome a mal.

Ante aquella contestación, permanecí confuso; tenía mis dudas respecto a si lo que había escuchado era realmente la voz del mullah e incluso llegué a pensar que lo que tenía ante mí era un verdadero asno que, por algún encantamiento, parecía haber hablado. Por mucho que le preguntaba a Firuz qué significaba todo aquello, sólo me contestaba con risas descomedidas y me decía:

—Pregúntaselo al asno.

Acabé perdiendo la paciencia, y estaba a punto de ordenar que cesara aquella repugnante bufonada, cuando Firuz, con aire serio, me dijo:

—Sire, espero que perdonarás la inocente artimaña de la que me he servido para demostrarte la forma en que tus semejantes se dejan engañar por todos los que les rodean. Sin duda, te habrán ensalzado los valores de este mullah y te habrán dicho que es un hombre de grandes méritos; como tal, le has encargado ser el maestro de tu amigo y pupilo. Pues bien, tienes que saber que, con el fin de obtener una de mis más horribles esclavas negras de la que está perdidamente enamorado, ha consentido permanecer durante tres días bajo este ridículo disfraz y ser así el objeto de las risas de todos aquellos que yo desee. Tendrás que reconocer que es una buena imitación y que sus palabras no perjudican para nada su representación.

Le pregunté al mullah si era verdad lo que Firuz me había contado.

—No del todo —me respondió, farfullando de un modo lamentablemente ridículo —; la mujer que se ha comprometido a entregarme, aunque negra como la noche, es más bella que el día; los aceites aromáticos, que dan tersura a sus encantos, huelen a flores de azahar y su voz es agria y dulce como la granada; cuando juega con mi barba, sus dedos, que pinchan como cardos, acarician mi corazón. ¡Oh!, dejad que sea mía, permaneciendo durante estos tres días disfrazado de asno.

—¡Así te mueras, miserable! —exclamé con indignación irreprimible—; ¡que no vuelva nunca más a oír hablar de ti!

Después de esto me retiré, no sin antes asestar a Firuz una mirada a la que no estaba acostumbrado.

Pasé el resto del día reflexionando sobre la maldad de Firuz y sobre la infamia del mullah; pero, al llegar la noche, lo único que necesitaba era poder volver a estar con mi amigo, así que le mandé llamar. Enseguida acudió con aire afectuoso y tímido.

—¡Ay, mi querido príncipe! —me dijo—, ¡no sabes cuán afligido me he sentido al ver lo enojado que parecías estar conmigo! He mandado ejecutar tu sentencia a la mayor brevedad posible, para así obtener tu perdón. El asno ha muerto y ya está enterrado; ya no oirás hablar más de él.

—¿Es ésta otra de tus bromas pesadas? —le pregunté—. ¿Quieres hacerme creer que el mullah, que esta mañana se expresaba con tanta vehemencia ha muerto esta noche?

—Sí, tal y como tú lo habías ordenado —respondió Firuz—. Uno de mis esclavos negros, al que quería quitarle su favorita, le ha despachado al otro mundo y lo hemos enterrado sin ceremonias, como correspondía al asno que era.

—¡Oh, esto es el colmo! —exclamé—. ¡Esto es demasiado! ¿Crees que puedes asesinar impunemente a un hombre, al que tú mismo has hecho perder el juicio?

—Yo sólo me he limitado a ejecutar tus órdenes —respondió Firuz—; las he tomado al pie de la letra y te puedo asegurar que la pérdida de un ser tan vil no merece tu pesar. Ahora me despido, para poder deplorar mi imprudencia y la escasa solidez de tu afecto, que el menor incidente es capaz de robarme.

Se disponía a irse, pero le detuve; nos sirvieron, en platos esmaltados, los más exquisitos manjares; mientras comíamos, aún tuve la poca decencia de reírme al oír las chifladuras que Firuz me contaba sobre su asno.

El pueblo no se tomó tan a la ligera la muerte del mullah. Se decía que Firuz, burlando las creencias de los fieles, había dado a este piadoso hombre un brebaje que le había hecho enloquecer; todos rechazaban tan cruel acto y me acusaban de una inexcusable debilidad hacia un niño al que un vil nacimiento había conferido viles inclinaciones. La reina, mi madre, se sintió obligada a ponerme al corriente de aquellas murmuraciones; me habló de ellas sin rodeos y en presencia de Firuz, para intentar domar su arrogancia. Nos echó a ambos algunas reprimendas sensatas y afectuosas y, mientras yo reconocía que eran justas, mi amigo no llegó nunca a perdonárselas.

Firuz estaba sobre todo irritado por el menosprecio que le acarreaba el supuesto origen que le habíamos buscado y me dijo que era absolutamente necesario dar a conocer su verdadera identidad. Le expliqué el peligro que aquello conllevaría, el mismo con el que, hacía ya tiempo, el príncipe me había atemorizado. Le rogué que esperara la vuelta de unos emisarios, que yo mismo había enviado a Shirván; pero no tuvo paciencia para ello e ideó, para no contrariarme, un medio que yo no había previsto.

Una mañana en que debía ir de caza, el príncipe de Shirván, que siempre me acompañaba gustosamente en aquellas salidas, me hizo creer que estaba enfermo; quise quedarme con él, pero me instó a partir, asegurándome que por la noche, después de un poco de reposo, estaría en forma para compartir conmigo unas diversiones que me relajarían de las fatigas del día y que él mismo idearía.

En efecto, a mi vuelta me encontré con un suntuoso ágape, servido en un pequeño bosque de mi jardín, que Firuz había adornado e iluminado a su modo, es decir, con un gusto de los más refinados. Nos pusimos bajo una especie de palio, formado por las ramas entrelazadas de granados y adelfas; nuestros pies descansaban sobre una tupida alfombra de miles de flores deshojadas, cuyo aroma embriagaba el alma. Numerosas vasijas de cristal, con frutas de color ámbar flotando sobre la nieve, reflejaban los cirios en miniatura colocados, a ras del agua, sobre los bordes de varias fuentes; a una distancia precisa, se encontraban unos coros de jóvenes músicos que regocijaban nuestros oídos, sin que por ello interrumpieran nuestra conversación. Jamás hubo velada tan agradable y nunca Firuz se había mostrado tan amable y alegre; sus graciosas ocurrencias me animaban aún más que el vino que me servía en abundancia. Cuando el astuto hijo de Filanshaw se dio cuenta de que mi mente se avivaba, puso una de sus rodillas en tierra y tomando mis manos entre las suyas, dijo:

—Mi querido Alasi, había olvidado pedirte el indulto para un miserable que merece la muerte.

—Habla —le respondí—; sabes que puedes obtener todo lo que quieras de mí. Además, me agradaría comprobar que aún queda algo de compasión en tu corazón.

—Se trata de lo siguiente —prosiguió Firuz—: me encontraba hoy en mi aposento, rodeado por todos tus aduladores que, aunque en el fondo me odian, procuran complacerme, cuando el pastor, que hace las veces de mi padre, ha venido a verme para poder estrecharme entre sus brazos. En aquellos momentos, la sangre de Filanshaw se ha sublevado en mi corazón. «Retírate, villano —le dije al pastor—; mejor será que vayas a ahogar a los mamarrachos de tus hijos con tus toscas caricias; ¿acaso tienes la vergüenza de seguir afirmando que soy tu hijo?» «Sabes bien que así debo hacerlo —me respondió con firmeza—, y lo mantendré aunque sea a costa de mi vida.» Esta respuesta era tal como debía ser; pero es curioso comprobar hasta qué punto podemos contar con aquellos a los que confiamos nuestros secretos; ordené que se diera una buena paliza a este hombre aparentemente tan atrevido, pero no pudo aguantarla durante mucho tiempo y terminó confesando la verdad; después de tu clara prohibición y de tus amenazas, merece la muerte, pero te suplico que le perdones.

—La prueba a la que le has sometido era excesiva —dije—. ¿Siempre vas a tener que ser cruel? ¿Qué irresistible poder me obliga a quererte tanto? ¡A buen seguro que no es una compatibilidad entre nuestras inclinaciones!

—Es verdad —me contestó Firuz—; no tengo tanta paciencia como tú con los hombres. Me parecen carnívoros como lobos y falsos como los zorros de las fábulas de Loqman, tan volubles en sus sentimientos y tan frágiles en sus promesas, que me es imposible no aborrecerlos. ¡Ojalá estuviéramos solos tú y yo en el mundo! ¡Así la tierra podría vanagloriarse de cargar con dos amigos leales y felices, en lugar de hacerlo con habitantes pérfidos y miserables!

Aquellos arranques exaltados y románticos de Firuz me hicieron tolerar aquella nueva prueba de la maldad de su corazón. Al día siguiente, supe que no me lo había contado todo; él mismo había mandado llamar al pastor que, siguiendo sus órdenes, le abordó del modo en que lo hizo. Después, supe que el pobre patán, antes de transgredir mi orden, había tenido la valentía de dejarse golpear hasta caer casi muerto. Mandé una buena suma de dinero a aquel pobre desgraciado y me limité a hacerme reproches por el estado en el que había quedado el pastor.

Debido a que este incidente había indignado a todas las gentes de Zerbend, que juzgaban a Firuz de un modo que le perjudicaba aún más de lo que se merecía, declaré públicamente su identidad y las razones por las que se había ocultado su verdadero origen. Después, no olvidé rodearle del suntuoso fasto que le correspondía en honor a su rango, y me sorprendí al observar que, aquellos que más se habían ensañado con él, ahora solicitaban con ahínco el honor de servirle. Viendo aquello, empecé a desconfiar de las intenciones de aquellas personas, pero el príncipe de Shirván me tranquilizó.

—No tengas miedo —me dijo sonriendo—; puedes confiar mi vigilancia a estas personas igual que a otras; su actitud no denota traición alguna; sólo han cambiado sus sentimientos al cambiar mi origen. Ya no soy aquel pequeño pastor perverso y cruel, que era castigado a volver a su cabaña por sus enredos. Ahora soy un gran

príncipe, bueno y humanitario, del que se pueden esperar muchos favores. Apuesto a que si les cortara la cabeza a cinco o seis de ellos para jugar a la pelota con ellas, los demás seguirían cantando mis alabanzas al considerarse más afortunados que sus compañeros.

Semejantes discursos, cuya dureza conocía a la perfección, endurecían poco a poco mi corazón. Es un gran error querer observar a los hombres con ojo clarividente; se llega a la conclusión de que uno vive entre bestias feroces, convirtiéndose uno mismo en una de ellas.

En principio, temí que el príncipe de Shirván, gracias a su nuevo rango, se entregara con más libertad a sus inclinaciones perversas, pero estaba confundido; su conducta fue noble y sensata, y sus modales corteses, tanto con los ricos como con los pobres. Al fin, logró borrar la mala imagen que todos tenían de él.

Aquellos días tranquilos sólo duraron hasta que llegó Rondabah. Yo me encontraba en el aposento de Firuz, cuando vinieron a anunciarme que la princesa, acompañada de una escolta digna de ella, se encontraba ya a pocos parasangios[8] de Zerbend. Sorprendido por aquella noticia, sin saber por qué, giré la vista hacia mi amigo. ¡Aún tiemblo al recordar el estado en que pude verle! Su rostro estaba pálido como la muerte; de pronto, su cuerpo fue presa de unos movimientos convulsivos y, al fin, se derrumbó y cayó al suelo sin conocimiento. Quería llevarle yo mismo hasta su lecho, cuando los dos eunucos que el mago le había enviado, me lo arrebataron, diciéndome:

—Dejadle a nuestros cuidados, Señor, y dignaos en retiraros. Cuando abra los ojos, si os ve a su lado, morirá instantáneamente.

El tono que emplearon al pronunciar aquellas palabras me sobrecogió de tal manera que a duras penas logré alcanzar las antepuertas para poder salir del aposento; una vez fuera, una indescriptible angustia me consumía mientras esperaba el desenlace de aquella escena; de pronto, uno de los eunucos vino a rogarme que volviera a entrar. Firuz, apoyado en el brazo del otro eunuco, intentaba con paso vacilante acercarse hacia mí. Le obligué a sentarse en el diván y, tomando asiento a su lado, le dije:

—Amigo del alma, el destino es el causante de los extraños sentimientos de nuestros corazones. En contra de cualquier razonamiento y de toda comprensión, estás celoso de Rondabah; y yo, a pesar del juramento de fidelidad que le he hecho por medio de mis embajadores, estoy dispuesto a correr el riesgo que sea, antes de verte sumergido en este mar de penas.

—Vamos juntos a ver a la temible heroína —me respondió Firuz—. Permíteme que te acompañe en esta primera visita. Debido a mi poca edad, no reparará en mí; pero si me dejas aquí, habré muerto de inquietud antes de que vuelvas.

Nada tuve que replicar a aquello; sólo podía consentir todos los deseos de aquel ser, que era el objeto de mi inexplicable predilección. Mi complacencia volvió a darle ánimos, y durante todo el trayecto, no cesó de repetirme:

—¡Ojalá que esa maldita princesa de Ghilán no sea nada hermosa!

Y sin embargo lo era, aunque su belleza inspiraba más respeto que deseos; era bastante alta, de porte majestuoso y de aspecto orgulloso y severo. Los bucles de sus cabellos, color ébano, destacaban con la blancura de su tez, y de sus ojos, que eran del mismo color, partían unas miradas que lograban imponer más que seducir. Su boca, aunque agraciadamente formada, no sabía lo que era una encantadora sonrisa; siempre que sus labios de coral se entreabrían, era para pronunciar palabras sensatas, pero raras veces insinuantes.

Molesta por mi escasa solicitud hacia ella y ofendida por la compañía de mi amigo, hecho que iba en contra de las costumbres, apenas nos hubo visto, Rondabah se volvió hacia la reina, mi madre y le dijo:

—¿Cuál de estos dos príncipes me está destinado?

—Ambos, si así lo deseáis —respondió precipitadamente Firuz, con un aire burlón que estuvo a punto de hacerme estallar de risa. A duras penas logré contenerme, mientras pensaba en la forma de disculpar la ligereza de mi amigo. Después de haberme mirado con atención de pies a cabeza y haber echado una mirada de desdén a Firuz, la princesa de Ghilán se dirigió a la reina y dijo:

—Cuando una persona es capaz de tolerar un insulto, es que se lo merece. Por eso, me despido, señora. Y tú, Rali —dijo volviéndose hacia el jefe de sus eunucos—, prepara todo para que salgamos esta misma noche hacia Ghilán.

Después de decir esto, se dispuso a retirarse, pero la reina se apresuró a seguirla, no sin antes advertirnos de todos los males que se nos iban a venir encima al habernos buscado un enemigo en la persona de la ofendida Rondabah. No obstante, en aquellos momentos estábamos tan contentos que no tuvimos tiempo de inquietarnos. En cuanto nos dejaron solos, empezamos a reírnos a placer de lo que acababa de ocurrir.

—¿Estás seguro de que lo que acabamos de ver era una mujer? —dijo Firuz—. ¡Qué va!, era el espectro de Roostum o de Lalzer, aquellos famosos guerreros, ancestros de Rondabah, que se ha apoderado de esa larga figura, haciéndonos creer que se trataba de la propia princesa. ¡Ay, mi querido Alasi!, sácale brillo a tu sable y prepárate para defender tu vida si no estás dispuesto a respetar al pie de la letra todas las condiciones que el importante Rali te imponga con su voz argentada.

Así conversábamos, cuando la reina vino a interrumpirnos; había logrado prácticamente apaciguar a Rondabah y venía a persuadirme para que yo rematara su trabajo. Su amor maternal le confería un talante resuelto y activo, ante el que me tuve que rendir.

El día anterior al fijado para la ceremonia nupcial, me levanté más pronto de lo que acostumbraba. Inquieto e intranquilo, bajé solo al amplio jardín, donde se encontraban las capillas sepulcrales de mis antepasados. Mientras me paseaba por los caminos más sombríos, llegué hasta una cueva que ocultaba un manantial de agua y donde sólo penetraba un débil rayo de luz. Entré en ella y me acomodé en el rincón

más oscuro, con el fin de poder soñar a gusto. De pronto, vi aparecer una figura, cuyos rasgos y cuya forma de vestir me recordaban a Amrú, el hijo de mi visir; fue a sentarse en el lugar de la cueva donde entraba más claridad, de modo que no podía verme. No dije palabra alguna, pero quedé sorprendido al ver entrar a otro misterioso personaje, que parecía salir del fondo de las tinieblas y que pareció ser el jefe de los eunucos de Rondabah. Aquella sombra se acercó a la primera y creí oír lo siguiente: «Hijo de Ilbars, amable Amrú, alégrate, ya que vas a tener lo que deseas; Rondabah, mi señora, vendrá aquí esta misma noche. Tú serás el primero a quien jure amor eterno y mañana, el rey de Kharezma sólo ocupará un segundo lugar en su corazón.» Amrú agachó la cabeza en señal de sumisión y murmuró algunas palabras en voz baja, que el resonar de las aguas hicieron ininteligibles; después, ambos se marcharon.

Estuve a punto de seguirles y de lavar con su propia sangre la afrenta que me habían hecho; pero un momento de reflexión me bastó para reaccionar y reprimir aquel primer impulso. Yo no amaba en absoluto a Rondabah, sólo me casaba con ella por cuestiones de Estado y por compasión hacia ella. Aquellos motivos, pues, no causaban mi desdicha; lo mejor sería dar a conocer el delito de la pérfida princesa para deshacerme de ella y así recobrar honorablemente mi libertad. Aquellos pensamientos pasaron veloces por mi mente, y agradecí a mi buena estrella el haberme permitido hacer aquel descubrimiento a tiempo; después, corrí a poner al corriente de lo ocurrido a Firuz. Al entrar en su aposento, me quedé atónito. Pude ver a sus dos eunucos favoritos sujetándole las manos a la fuerza, mientras lloraban y decían gritando:

—¡Oh, querido señor!, ¿qué habéis hecho con vuestros cabellos y vuestras hermosas trenzas? ¿Por qué esta decisión inexorable de cortaros el pelo? ¡Y aún intentáis deslucir vuestra frente de marfil! Moriremos antes de permitíroslo.

Ante lo que estaba viendo, no tuve fuerzas para pronunciar una sola palabra; mi amigo pareció volver en sí al ver mi mudo dolor; se deshizo de sus eunucos como pudo y corrió hacia mí con los brazos abiertos.

—Tranquilízate, noble Alasi —me dijo, mientras me abrazaba—; si lo que te aflige es verme en este estado, tendrías que haberlo supuesto; nadie te ha obligado a ser testigo de ello. A pesar de las lágrimas que he derramado, de mis cabellos quemados y de la desesperación que siento, deseo que seas feliz con Rondabah. ¡Qué importa si en ello me va la vida!

—¡Ay! —exclamé—. ¡Que todas las Rondabahs del mundo perezcan para evitar que tus nervios, demasiado alterados, se vean aquejados por la fiebre que los abrasa, aun cuando todas fueran tan leales como perversa es la nuestra!

—¡Cómo! —exclamó Firuz, a su vez—, ¿he oído bien? ¿Acaso estás hablando de la princesa de Ghilán? Por favor, explícate.

Entonces le conté lo ocurrido en la cueva y mi decisión de hacer pública la infamia de Rondabah. Aprobó totalmente mi proyecto y no me ocultó la alegría que

le producía aquella novedad; me felicitó por ello y añadió en voz baja:

—A mí esto me ha costado mis cabellos, pero, desde luego, tú te has librado de una buena.

Decidimos no revelar nuestro secreto a la reina, mi madre, hasta que no llegara la hora de llevarla con nosotros para sorprender a Rondabah.

La reina pareció más sorprendida que afligida al conocer las razones por las que habíamos llegado tarde a su aposento; la amistad, que en un principio había demostrado a Rondabah, se había ido enfriando a medida que yo daba la impresión de irme encariñando con aquella princesa; sin embargo, como en un tiempo la había estimado, no se dejó llevar por nuestros impulsos y se guardó de hacer comentarios sobre aquella aventura, de la que Firuz se reía por muy diferentes razones.

Bajamos al jardín; un leal esclavo, que yo había colocado de emboscada, vino a decirnos que los culpables se encontraban en la cueva desde hacía un buen rato. Enseguida entramos en ella, provistos de antorchas y con suficientes testigos como para acusar a todos los que allí se hallaban presentes, pero no se alteraron en absoluto. Desenvainé mi sable con furia y, mientras pensaba que había hecho caer las cabezas de aquellos dos miserables de un solo sablazo, me di cuenta de que sólo había rozado el aire. Todos nos quedamos asombrados al ver que desaparecían ante nuestros propios ojos.

En esos momentos de confusión, alguien gritó:

—La guardia que defendía la entrada de la cueva ha sido burlada por la princesa de Ghilán.

Entonces Rondabah volvió a aparecer ante nosotros.

—Rey de Kharezma —me dijo modestamente, pero segura de sí misma—, me han advertido que se estaba urdiendo una trama en contra de mi honor y si he venido es para crear la confusión entre mis enemigos. ¿De qué se trata?

—Huye, desgraciada —exclamó la reina—, que mi hijo es capaz de superar la jugada que tu magia ha fallado.

—No temo a la muerte —respondió Rondabah sin la menor alteración—. Alasi no se ha atrevido nunca a atentar contra mi vida. Si alguna persona de prestigio os ha hecho caer en un error, decidme quién es. Tengo la suficiente confianza en el Cielo, que concede su ayuda a los inocentes, como para estar segura de que lograré sacaros del engaño.

Quedé confuso por el aire noble y orgulloso de Rondabah y por sus miradas arrogantes; llegué a dudar de lo que había visto y oído, cuando Firuz exclamó:

—¡Oh!, hay que reconocer que la princesa de Ghilán tiene poca memoria. La encontramos en este lugar, entre los brazos de su querido Amrú; de pronto desaparece con su favorito y al rato, cuando le parece conveniente, vuelve a aparecer habiéndolo olvidado todo.

Al oír aquellas palabras, Rondabah cambió de color; su tez, generalmente sonrosada, se cubrió de una palidez mortal; después, se volvió hada mí, con los ojos

inundados de lágrimas.

—¡Oh, príncipe desafortunado! —me dijo—, ahora es cuando puedo ver la profundidad del abismo que se abre a tus pies. El monstruo que te arrastra hacia allí no querrá soltar a su presa. Los espíritus de las tinieblas están a sus órdenes; yo no puedo salvarte y, sin embargo, no puedo dejarte en manos de tu destino sin estremecerme. Pese a que tú me llenas de infamias, la única causa de la angustia de mi corazón es tu segura perdición.

Después de haber hablado de este modo, Rondabah se retiró con paso majestuoso, sin que nadie se atreviera a detenerla.

Nos quedamos petrificados, mirándonos fijamente los unos a los otros, sin poder articular palabra alguna.

—¡Qué insensatos somos! —exclamó al fin la reina—. ¿Acaso la osadía de un indigno brujo va a desmentir lo que nuestros ojos han visto y lo que nuestros oídos han escuchado? ¡Que se vaya! ¡Que nos libre para siempre de su odiosa presencia! Esto es lo mejor que puede ocurrimos.

Estuve completamente de acuerdo con ella y Firuz, que parecía confuso y asustado, no compartió de buen grado nuestra opinión. Después, cada uno de nosotros se volvió a sus respectivos aposentos.

Mis pensamientos eran tan confusos que ni siquiera reparé en que Firuz me seguía. No pude evitar sentir horror al verme a solas con él. ¡Oh, presagios que el Cielo nos envía, no sois capaces de producir efecto alguno sobre los corazones corrompidos!

Firuz se echó impetuosamente a mis pies y sollozando, me dijo:

—¡Oh, rey de Kharezma!, ¿por qué me has acogido en tu palacio? ¿Por qué no me has dejado morir con Filanshaw? En aquel entonces, era un niño; nadie habría podido decir que yo era un brujo. Es, pues, en tu corte y a tu lado, donde he aprendido a conjurar a los Divos[9]. Rondabah, la malvada Rondabah, casi te ha convencido de ello; ¿acaso será capaz de decir que también he utilizado algún encantamiento para conseguir tu amistad? ¡Ay, bien sabes que toda la magia que he empleado ha sido para quererte cien veces más que a mi propia vida!

Pero, ¿por qué detenernos en un hecho cuyo desenlace se prevee? Al igual que el Califa Vathek, había oído la voz de un genio bienhechor y, como él, endurecí mi corazón para luchar contra aquel saludable impulso; olvidé las palabras de Rondabah, me aparté de la cruel duda que había hecho nacer en mí y llegué a querer más que nunca al príncipe de Shirván. Aquel momento fue el que determinó mi inexorable perdición.

Al día siguiente supimos que durante la noche Rondabah se había ido con todo su séquito, y para celebrarlo se hicieron unos festejos públicos.

Algunos días después, estando con mi madre, la reina, Firuz vino a decirme:

—Como ya te dije, rey de Kharezma, vas a tener que hacer la guerra al rey de Ghilán; querrá vengar a su hija, que no carecerá de artimañas para convencerle de su

inocencia. Estáte prevenido; reúne a tus ejércitos para invadir y arrasar Ghilán, ya que tú eres el ofendido.

La reina estuvo de acuerdo con Firuz y yo les di mi aprobación. Sin embargo, observaba con tristeza los preparativos que se estaban haciendo para aquella guerra; pensaba que era justa y, sin embargo, en mi corazón sentía desasosiego, como si no fuera así en el fondo. Por otro lado, mi extremado cariño por Firuz me preocupaba cada día más. El hijo de Filanshaw había aprendido a leer demasiado bien mis pensamientos para dar crédito a los pretextos que yo le daba para explicar mis involuntarias inquietudes; pero aparentaba creerme y aprovechaba la ocasión para inventar nuevos medios de distraerme.

Cierta mañana, cuando nos disponíamos para salir de caza mayor, nos encontramos en el patio del palacio a un hombre que se disputaba con mis guardias una pesada caja que él mismo había traído. Enseguida quise saber de qué se trataba.

—Es un joyero de Mossul[10] —respondió el jefe de mis eunucos—. Pretende tener las joyas más raras que jamás se hayan visto, pero es tan impertinente que no quiere esperar a que Su Majestad tenga un rato libre para recibirle.

—Este hombre tiene razón —dijo Firuz—; todo lo que puede complacer o divertir siempre viene como llovido del cielo; vayamos dentro para examinar las maravillas que dice traer; el venado puede esperar.

Volvimos a entrar en el palacio y el joyero abrió su caja; en principio, no vi nada que despertara mi curiosidad, hasta que mis ojos se posaron sobre una cajita de oro, a cuyo alrededor estaban grabadas estas palabras: RETRATO DE LA MAS BELLA Y DESGRACIADA PRINCESA DEL MUNDO.

—¡Oh, veamos lo que es esto! —exclamó Firuz—; esta belleza que, sin duda, derrama lágrimas, nos enternecerá, y a veces es agradable enternecerse.

Abrí la caja y me quedé paralizado por la sorpresa.

—¿Qué es lo que estás mirando de ese modo? —me preguntó mi amigo.

Miró el retrato, hizo un gesto de indignación y, volviéndose hacia sus dos eunucos, les dijo:

—Prended a este insolente joyero, junto con su caja y sus piedras preciosas y arrojad todo al río. ¿Acaso semejante miserable ha osado impunemente mostrar a los ojos del mundo a la hija de Filanshaw, aquel capullo de rosa que yo creía al abrigo del soplo de algún viento maligno, bajo el humilde techo de la adversidad?

—¡Cielos! —exclamé a mi vez—, ¿qué veo?, ¿qué oigo? ¡Que nadie toque a este hombre! Y tú, amigo del alma, habla; ¿acaso este retrato que tanto parecido guarda contigo es el de tu hermana?

—Sí, rey de Kharezma —me respondió el príncipe de Shirván—; este es el retrato de mi hermana gemela, Firuzkah; mi madre, la reina, nos salvó de la furia de los rebeldes. Cuando me separaron de ella para entregarme al mago que me ha traído hasta ti, me dijeron que la iban a llevar a un lugar seguro, pero veo que me han engañado.

—Señor —dijo entonces el joyero a Firuz—, es la reina, vuestra madre, quien después de haberse refugiado con vuestra hermana en una casa que poseo en los alrededores de Mossul, me ha ordenado llevar este retrato a todas las cortes de Asia, con la esperanza de que la belleza de Firuzkah fuera capaz de incitar a los posibles vengadores de su esposo, el rey; ya he estado en varias de ellas y he obtenido el triunfo deseado, pero no me había dicho que os encontrabais en Kharezma.

—Sin duda, la reina no lo sabía y pensaba que estaba con el Mago —dijo Firuz —; pero —prosiguió, volviéndose hacia mí—, ¡qué pálido estás, querido amigo!; volvamos a tu aposento y dejemos la partida de caza para mejor ocasión.

Dejé que me llevara. Después caí sobre el estrado, y sin dejar de contemplar el retrato, exclamé:

—¡Oh, amable Firuz! Esos ojos, esa boca, esos rasgos son los mismos que los tuyos; los cabellos no son exactamente iguales, pero me gustaría que lo fueran; mientras que los de tu hermana tienen el color del alcanfor, los tuyos son como el almizcle.

—¡Ea, pues! —dijo Firuz riéndose—. Tú, que te has resistido a los cálidos encantos de Rondabah… ¿vas a enardecerte ahora por un simple retrato? Tranquilízate, mi querido Alasi —siguió diciéndome, adoptando un aire más serio—, la esposa de Filanshaw te tratará como a un hijo; voy a mandarle de nuevo a su joyero y voy a escribirle diciéndole que no acepte la ayuda de ningún príncipe de la tierra; que tú, mi bienhechor y amigo, serás el vengador que ella busca. Pero antes, vayamos a castigar a la princesa de Ghilán por la afrenta que te ha hecho; tenemos que evitar su ensañamiento. ¿Cómo podrías intentar reconquistar mi reino, cuando el tuyo está en peligro?

Desde el momento en que empecé a comprender la pasión que sentía por Firuz, la paz volvió a mi corazón; mi amigo recobró sus ánimos y yo empecé a dar órdenes positivas para acelerar nuestra empresa; poco después nos pusimos en marcha, a la cabeza de un numeroso ejército.

Las fronteras de Ghilán estaban desguarnecidas, por lo que pudimos arrasarlas sin piedad. Mientras tanto, las fuerzas de Firuz no respondían a su valentía. Procuraba no fatigarle, con el riesgo de dar tiempo al enemigo de armarse. Un día en que había decidido hacer un alto en un valle recubierto de fresco musgo y regado por un límpido arroyo, vimos pasar a lo lejos a una cierva más blanca que la nieve. En el acto, Firuz tomó su arco y disparó una flecha contra aquel inocente animal; lo alcanzó de lleno, cayó y enseguida corrimos hacia ella. Un campesino que nos estaba observando, nos gritó:

—¡Ay!, ¿qué habéis hecho? ¡Habéis matado a la cierva de la santa mujer!

Aquella exclamación llenó de regocijo a Firuz, que no tuvo demasiado tiempo para continuar riéndose; un enorme perro, amigo de la cierva, saltó sobre él, le derribó, le apretó el cuello con sus fuertes patas y pareció esperar a que alguien le diera la orden de estrangularle. Yo no me atrevía a chillar, ni a atacar al perro, por

temor a que se ensañara aún más; tampoco podía intentar cortarle la cabeza de un solo sablazo, ya que tenía demasiado bien sujeta a su presa como para aventurarme a ello; por fin, con el alma en un hilo, vi que se acercaba hacia nosotros una mujer, tocada con un velo, y que obligó al perro a soltar a Firuz; después, volviéndose hacia mí, dijo:

—Rey de Kharezma, no creía volver a encontrarte en este lugar, donde he venido a retirarme del mundo en plena juventud. Siguiendo el precepto divino, acabo de devolver un bien por un mal, al salvar la vida de Firuz; ahora tú no entregues el mal a cambio del bien destruyendo estos pueblos, que no buscan en absoluto vengarme, ya que ni siquiera conocen la ofensa que me has infligido.

Cuando hubo terminado de hablar, la dama retiró su velo, dejando al descubierto su rostro majestuoso, que no era otro que el de Rondabah; después se alejó apresuradamente, dejándonos indescriptiblemente asombrados.

El primero en reponerse fue Firuz.

—¡Bueno! —me dijo—, ¿acaso vas a dudar ahora de la habilidad de Rondabah en cuanto a magia se refiere? ¿Qué podemos hacer para ponernos a salvo de sus acechanzas? Sólo veo una solución: sorprendámosla durante la noche. Acompañados por un destacamento de nuestros soldados más leales, vayamos a su retiro y quemémosla viva. Con ingenio, conseguiremos que alguien nos diga dónde se encuentra; si no lo hacemos así, nos arriesgamos a ser despedazados por todos los animales que la sirven y que no son más que Afritas[11] disfrazados.

—¡Qué horror! —exclamé—. ¿Así sería nuestra gratitud por el favor que nos acaba de hacer? Sea quien sea, nos ha librado de una muerte cruel.

—¡Ay, crédulo príncipe! —me respondió Firuz—, ¿no te das cuenta de que la infame bruja no ha hecho más que postergar su venganza, porque, adelantándola, temía exponerse a perder su fruto? Pero… ¿qué digo? Es a mí a quien guarda rencor, y lo admito; espero que después de mi muerte, sepa tratarte con indulgencia y que se contente con hacerte su esclavo.

Las palabras de Firuz produjeron en mí el efecto que deseaba; en cuanto insinuaba el menor peligro posible para él, ya no era dueño de mí mismo. Demostré tanto ardor como quería en la ejecución de su oscura y horrenda conspiración. Las llamas que consumieron la rústica vivienda de Rondabah fueron encendidas por mis propias manos y por las suyas; a pesar de la presencia de los campesinos de los alrededores, a los que dábamos muerte a cambio de su compasión, no abandonamos aquel lugar hasta que creímos estar seguros de que Rondabah había quedado sepultada bajo las cenizas.

Algunos días después quise que mi ejército avanzara hacia el interior del país, pero me encontré con que nos detenían tropas enemigas, a cuya cabeza estaban el rey de Ghilán y su hijo. Tuvimos que entrar en combate. En contra de mi voluntad, Firuz quiso luchar a mi lado; no por ello demostré más valor, ya que pensaba más en impedir los golpes que querían asestarle que en atacar; por su parte, él se interponía

ante todos aquellos que venían por mí; ni por un segundo nos perdíamos de vista el uno al otro; nadie podría haber dudado que cada uno de nosotros defendía la vida de su amigo a costa de la suya propia.

El príncipe de Ghilán me había estado buscando por todas partes; cuando me encontró, cayó sobre mí con su sable en alto y me dijo:

—Rey de Kharezma, vas a pagar con tu vida la cruel injuria que has infligido a mi hermana; si me hubiera enterado antes de lo ocurrido, habría ido a buscarte a tu palacio, pese a los negros espíritus que allí habitan.

Apenas tuvo tiempo de pronunciar aquellas palabras, cuando la mano, que sostenía el hierro vengador con el que me amenazaba, cayó al suelo, cercenada por el sable de Firuz. Furioso, el rey de Ghilán acudió en el acto, asestándonos dos airados sablazos; pude evitar el que me estaba destinado, pero mi amigo no pudo librarse del otro y quedó herido en el hombro; vi cómo se tambaleaba. En cuestión de unos instantes, hice saltar por los aires la cabeza del anciano rey, tomé a Firuz para montarlo en mi caballo y nos alejamos a toda brida.

El hijo de Filanshaw había perdido el conocimiento y yo no me encontraba mucho mejor. En lugar de encaminarme hacia mi campamento, me adentré en un espeso y sombrío bosque, donde no hacía más que dar vueltas como un loco. Afortunadamente, un leñador reparó en nuestra presencia; se acercó a nosotros y mientras detenía mi caballo, me dijo:

—Si no has perdido del todo la razón, y si no quieres que este muchacho muera entre tus brazos, sígueme hasta la cabaña de mi padre; allí seréis atendidos.

Me dejé llevar por aquel hombre; el anciano nos recibió con agrado; ordenó que tendiéramos a Firuz sobre una cama y corrió a buscar un elixir que le hizo tragar; después, me dijo:

—Si llegas un poco más tarde, este joven habría muerto, pues ha perdido mucha sangre. Ahora vamos a examinar su herida y, mientras mi hijo va al bosque a buscar unas hierbas frescas que necesito, tú me ayudarás a desnudar a tu amigo.

Actuaba como un autómata y mi mano temblaba; pero, poco a poco, iba recobrando mi serenidad, cuando, al abrir la chaqueta de Firuz, pude ver un pecho, que las mismísimas huríes habrían envidiado.

—¡Ah, es una mujer! —exclamó el anciano.

—¡Alabado sea Alá por ello! —exclamé, en un arrebato de sorpresa y de alegría —; pero, ¿qué me dices de su herida?

—No es mortal —me dijo el buen hombre, mientras la examinaba—; en cuanto la herida se haya curado, recuperará sus fuerzas. Tranquilízate, pues, joven hombre —siguió diciendo el anciano—, y sobre todo, ahórrale fatigas a esta mujer que veo que amas apasionadamente; una violenta emoción podría hacerla morir en el acto.

El arrebato de amor y de alegría que se había apoderado de mí, dio paso al temor que me causaron las alarmantes palabras del anciano; en silencio, le ayudé a curarla; después, envolvimos a la desfallecida princesa Firuzkah, pues era la misma en

persona, en mantas de piel de leopardo. Presa de una angustia mortal, esperé a que se despertara y volviera a abrir los ojos.

La esperanza que el anciano me había dado no tardó en confirmarse; mi bien amada suspiró, volvió sus lánguidos ojos hacia mí y me dijo:

—¿Dónde estamos, amigo mío? ¿Acaso hemos perdido la batalla y…?

—No, no —la interrumpí, mientras le ponía una mano sobre sus labios—, ya no tenemos nada que ganar, puesto que tu preciosa vida se ha salvado; pero cálmate, ya que si hablas demasiado podrías empeorar.

Firuzkah comprendió el sentido de aquellas palabras y se calló; pronto, el estado de debilidad en el que se encontraba hizo que volviera a caer en un profundo sueño.

El anciano la observaba satisfecho, mientras que mi respiración se acompasaba a los movimientos de su flexible pecho, sobre el que había posado dulcemente mi mano. Así estuvo durmiendo dos horas, hasta que el leñador entró repentinamente en la cabaña. No traía las hierbas que su padre le había pedido y yo no pude disimular mi sorpresa; pero Firuzkah, reanimada por el sueño reparador, me interrumpió y le preguntó:

—¿Al menos traes alguna novedad que contarnos?

—¡Oh, sí! —respondió—, y muy buena. El ejército de los kharesmeños se ha rendido, su campamento ha sido saqueado y la victoria será completa cuando hayamos dado alcance a aquellos dos malvados príncipes, Alasi y Firuz, que han huido después de matar a nuestro rey y a su hijo. Pero la princesa Rondabah, que ahora ocupa el trono, ha mandado buscarlos por todas partes y promete tan grandes recompensas a aquel que los encuentre, que no puede fallar en su intento de capturarles.

—¡Ah!, cuánto me alegra lo que me cuentas —exclamó Firuzkah, sin que la más mínima señal de alteración apareciera en su rostro—; nos habían asegurado que la princesa Rondabah había muerto entre las llamas de su casa de campo y aquello me afligía, pues me consta que es una excelente princesa.

—Ella es aún mejor de lo que tú puedes imaginar —contestó el campesino con aire astuto—; ésa es la razón de que el Cielo la haya protegido. Su hermano, el príncipe, la encontró por casualidad y se la llevó algunas horas antes de que se produjera el atentado del que me hablas que, si Dios quiere, no tardará en ser castigado.

Mientras nos hablaba en aquel tono, que nos hizo sobreentender que sabía muy bien quiénes éramos, el aldeano hizo una señal a su padre para que le siguiera. Ambos salieron de la cabaña y pudimos oír, a lo lejos, el galope de unos caballos que se acercaban. Inmediatamente, Firuzkah se sentó en la cama y sacó, de debajo de sus ropas, una navaja de afeitar que me entregó, diciéndome en voz baja:

—Ves, querido Alasi, el peligro nos acecha; date prisa en cortar los cabellos que me han vuelto a crecer y arrójalos a aquellas llamas. No discutas, porque si pierdes un solo instante, estaremos acabados.

No tuve más remedio que acatar una orden tan apremiante, y así lo hice. Poco después, un Divo se nos apareció bajo la forma de un etíope y preguntó a Firuzkah qué deseaba de él.

—Quiero —contestó ella— que nos lleves ahora mismo, a mi amigo y a mí, a la caverna del Mago, tu señor, y que de paso aplastes sin piedad a aquellos dos miserables traidores, que en estos momentos están regateando el precio de nuestras vidas.

No hubo necesidad de repetirle al Divo su cometido. Nos cogió a ambos en sus brazos y salió de la cabaña, asestando dos buenos puntapiés a nuestros anfitriones; después, hendió los aires con tanta rapidez que perdí el conocimiento. Cuando recobré el sentido, me vi en brazos de Firuzkah, con su hermoso y encantador rostro junto al mío. Despacio, volví a cerrar mis párpados, igual que lo hacemos cuando no queremos abandonar un agradable sueño, pero enseguida me convencí de que mi felicidad no era ficticia.

—¡Oh, malvado Firuz!, ¡oh, cruel Firuzkah! —exclamé—. ¡Cuántos tormentos me has causado!

Mientras pronunciaba aquellas palabras, oprimía con cálidos besos sus hermosos y dulces labios, que habían apretado los míos mientras había estado inconsciente, y que ahora intentaban apartarse ante mi arrebato; de pronto, recordé la herida de mi amada; tuve que darle tiempo para recuperar la respiración y responder a las inquietudes que me causaba su estado.

—Tranquilízate, querido Alasi —dijo Firuzkah—, ya estoy totalmente curada y dentro de poco sabrás toda la verdad. Ahora, levanta la cabeza y mira a tu alrededor.

La obedecí y creí estar bajo un firmamento desconocido para mí, sembrado de estrellas mil veces más resplandecientes y más cercanas a nosotros de lo que suelen estarlo en su curso habitual; dirigía la vista hacia todos los lados y me parecía estar en una extensa llanura rodeada de nubes transparentes que, además de nosotros, envolvían los más hermosos y deliciosos productos de la tierra.

—¡Ah! —exclamé, después de un momento de sorpresa, mientras estrechaba a Firuzkah entre mis brazos—. ¡Qué me importa que nos hayan traído a Cheheristán! La verdadera estancia de la felicidad se encuentra entre tus brazos.

—Esto no es Cheheristán —me contestó la hija de Filanshaw—; tan sólo es la caverna del Mago, donde innumerables seres superiores a los de nuestra especie se complacen en cambiar el decorado. Pero, sea como sea este lugar y sean quienes sean los que lo habitan, todo lo que hay aquí te concederá lo que desees. ¿No es verdad, padre mío? —prosiguió Firuzkah, alzando la voz.

—Sin duda alguna —respondió el Mago, que apareció súbitamente mientras se acercaba a mí con aire sonriente—; aquí, el príncipe Alasi recibirá el mismo trato que ha dado a mi querida Firuzkah; además, y si así lo desea, poseerá esta preciada perla que yo le había confiado. Venga, que se sirva al instante el banquete de bodas y que se prepare todo lo necesario para este gran acontecimiento.

En un abrir y cerrar de ojos, la caverna cambió de aspecto, adoptando una forma ovalada y concreta, en cuyas paredes se podían admirar pálidos zafiros. Sobre un diván, en forma de media luna, se encontraban los músicos, que deleitaron nuestros oídos con un melodioso concierto, mientras que por encima de sus cabezas, rodeada por un halo de rayos, recibíamos una luz más pura y más suave que la que nos habrían podido dar miles de candelas.

Alrededor de una mesa, donde estábamos colocados y donde se encontraban excelentes manjares y exquisitos vinos, corrían por todos lados muchachitos persas y niñas georgianas, que se apresuraban en servirnos. Todos eran tan blancos y tan delicados como los jazmines que coronaban sus rubias cabelleras; a cada uno de sus movimientos, sus vestidos de gasa, que les cubrían a medias el cuerpo, exhalaban los más suaves aromas de la bienaventurada Arabia.

Durante la comida, muy animada por cierto, Firuzkah, que no olvidaba tan fácilmente su papel de Firuz, se dedicó a hacerles travesuras a los niños que nos servían bebida; después, el Mago nos mandó callar y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Sin duda, rey de Kharezma, estarás muy sorprendido al ver que, pese a los poderes que tengo, me tomé la molestia de ir a tu palacio para solicitar tu protección para el tesoro que me habían confiado. Menos aún debes entender la razón del disfraz de Firuzkah y el por qué de haberte dejado tanto tiempo siendo presa de un delirio que a duras penas lograbas comprender y que con facilidad te podría haber sido explicado.

»Tienes que saber, pues, que los shirvanianos, que siempre han tenido fama de ser sediciosos y de estar descontentos de sus señores, habían empezado a murmurar sobre el hecho de que Filanshaw no tuviera descendencia; pero, cuando por fin la reina, su esposa, se quedó embarazada, sólo sirvió para que empezaran a hablar en voz alta y con insolencia. «¡Tiene que ser un varón! —gritaban alrededor de la ciudadela real—. No queremos una princesa que algún día nos someta al yugo de un príncipe extranjero; ¡es absolutamente necesario que sea un varón!»

»La pobre reina tenía suficiente con los males propios de su estado como para añadir a ellos tales inquietudes; poco a poco se iba debilitando. Filanshaw vino a consultarme. «Hay que engañar a esos insensatos —le dije—, aunque merecerían un mayor castigo. Si la reina da a luz a una princesa, hazles creer que es un varón y, puesto que no podrás ni confiar en las nodrizas, mándamela aquí; Sudabé, mi mujer, la criará con la misma ternura de una madre y, cuando llegue el momento, yo no la privaré de mis cuidados.» Esta solución devolvió las ganas de vivir a la reina. Nació Firuzkah, aunque se le impuso el nombre de Firuz, y su nacimiento fue celebrado con grandes festejos públicos. Sudabé la recibió de las propias manos del rey y la trajo a mi caverna, de donde salían cada cierto tiempo para dirigirse a la corte.

»Por si acaso, le proporcionamos la educación que correspondía a su rango.

»Recibía con igual avidez las enseñanzas de Sudabé y las mías, y después, para distraerse de la atención que nos había prestado, se reunía con los Divos que, ocultos

bajo diferentes formas, frecuentaban mi caverna.

»Estos espíritus activos estaban tan encariñados con Firuzkah, que ningún capricho suyo quedaba sin complacer. Unos le enseñaban las prácticas inherentes a ambos sexos; otros la entretenían con agradables juegos y maravillosos cuentos; una buena parte de ellos recorrían para ella el mundo entero, en busca de curiosidades e interesantes noticias. Nunca tenía tiempo de aburrirse. Cuando se veía obligada a pasar algunos días en Shamakhié, siempre volvía con entusiasmo a mi caverna.

»La princesa de Shirván estaba a punto de cumplir los catorce años cuando el Divo Ghulfacair le trajo intencionadamente tu retrato. Desde entonces, Firuzkah empezó a perder su natural alegría y se pasaba el día pensando y suspirando; a causa de esto, nos vimos todos sumidos en un estado de inquietud fácilmente comprensible; nos ocultaba cuidadosamente el objeto de su pena y el Divo se guardaba bien de dárnoslo a conocer. Ghulfacair estaba demasiado ocupado siguiéndote los pasos como para tener tiempo de rendirle cuentas a la princesa de todos tus actos. El carácter esquivo que te atribuía no hacía más que aumentar la pasión de tu amante; se moría de ganas por ser tu dueña, y pronto el curso de los acontecimientos hizo renacer en ella las esperanzas. La sublevación de los shirvanianos y el ruego que me hizo Filanshaw de no exponer a su hija a la furia de los rebeldes, disponiendo para ella lo que juzgara más conveniente, alentó a Firuzkah a hablarme claramente.

»—Tú que has hecho las veces de mi padre —me dijo—, tú, que me has enseñado a no avergonzarme de las pasiones que la naturaleza nos ha dado, tienes que saber que amo al príncipe Alasi, rey de Kharezma, y que quiero intentarlo todo para que él también me ame, por muy difícil que ello me resulte. No quiero que se hable más de ocultar mi sexo para poder reinar sobre un pueblo que está aniquilando a toda mi familia y al que siempre aborreceré; sin embargo, creo que debo conservar mi disfraz para seducir el corazón que quiero poseer. Alasi no cultiva la amistad de las mujeres, y con la apariencia de un hombre podré demostrarle el poder que tienen. Dígnate en llevarme hasta él; pídele su protección para el hijo del rey de Shirván; es demasiado noble para negarte su ayuda, y estaré en deuda contigo por una felicidad sin la que la vida me resultaría odiosa.

»No me sorprendí en absoluto por el discurso de Firuzkah. Nada más natural que una mujer desee un esposo; por lo tanto, me limité a preguntarle cómo te había conocido. Me lo contó todo de ti, en un tono que me hizo comprender que, si no cedía a su deseo, contribuiría a hacerla desgraciada. Entonces le dije: «Te llevaré ante el rey de Kharezma, con el nombre de Firuz, porque confío en la prudencia y la fortaleza que te caracterizan. Ambas te serán necesarias, pues he descubierto, por mi videncia astrológica, que vas a tener que enfrentarte a una terrible rival, cuya hora triunfal podría ser la de tu desesperación eterna. Por lo demás, si algún día necesitas una ayuda sobrenatural, quema tus cabellos y mis Divos se presentarán en el acto para recibir tus órdenes.» Ya conoces el resto, rey de Kharezma —prosiguió el Mago—. Firuz ha conseguido el éxito para Firuzkah, seduciendo tu corazón con sus divertidas

locuras, y ahora ella deberá amarrarlo con su amor y su bondad, que nunca la han abandonado en unos momentos en que pocas mujeres hubieran vencido el peligro.

—¡Oh!, me he arriesgado a perder ese corazón que tanto me ha costado conseguir —exclamó la princesa de Shirván—, o al menos hubiera perdido una parte de él, de no ser por los oficiosos Divos, que llamé en mi ayuda a expensas de mi cabellera y que representaron magistralmente los papeles de Rondabah, Amrú y Kali. ¿Qué te parece, Alasi?

—Que amaré eternamente el motivo de esta injusticia —respondí turbado.

—Hija mía —dijo el Mago—, la palabra injusticia, que el príncipe acaba de pronunciar, recae sobre tu sospecha de la infidelidad de su corazón; Alasi no ignora que todo ser tiene derecho a emplear los medios que sean para apartarse de lo que está perjudicándole o de lo que, en un futuro, puede perjudicarle, y que los impulsos de ira o de temor, que nos incitan a utilizarlos, se engendran en nosotros gracias al espíritu vivificante y conservador de la naturaleza. Pero el tiempo transcurre y ya es hora de que recojáis el fruto de vuestras respectivas penalidades. Recibe de mi mano, rey de Kharezma, a la princesa Firuzkah y llévala a la cámara nupcial. ¡Ojalá que en ella os abrase buena parte del fuego existente en el seno de la tierra, donde van todas las noches las antorchas de los cielos para reavivarse!

No necesitábamos los deseos del Mago. Los sentimientos que enardecían nuestros corazones bastaban a la felicidad que nos embargaba. Nuestros arrebatos de amor y amistad se iban alternando y confundiéndose en un indescriptible embelesamiento.

Firuzkah no tenía ganas de dormir. Me contó cómo el Mago había curado su herida en un momento, y me elogió sus poderes y me aconsejó que le pidiera permiso para ver su Pireo. Me confesó haber sido educada en la religión de Zoroastro y que la consideraba como la más natural y la más razonable de todas.

—Ahora podrás comprender —añadió— por qué no podían agradarme los absurdos del Corán. Me habría gustado que todos tus doctores musulmanes hubieran seguido la misma suerte del mullah, que me aburría soberanamente. El momento en que le insté a que se disfrazara de asno fue delicioso para mí: sentiría el mismo placer si pudiera arrancarle todas las plumas al ángel Gabriel, que con tan sólo una de ellas ha permitido que se escriban tantas tonterías; claro que yo no soy tan necia como para creerme esos cuentos.

En otros tiempos, aquellas palabras se me habrían mostrado con una impiedad insufrible; aún no me convencían mucho, pero los pocos escrúpulos que me quedaban no podrían mantenerse por mucho tiempo ante las atrayentes caricias con las que Firuzkah acompañaba cada palabra.

Al fin, un profundo sueño se apoderó de nuestros sentidos y sólo nos despertamos cuando los pájaros, con sus animados cantos, nos dieron a entender que hacía ya tiempo que había nacido el nuevo día.

Sorprendido por una música que no esperaba oír, corrí hacia la entrada de la especie de gruta donde nos encontrábamos y vi que daba sobre un jardín, donde

estaban reunidas las cosas más atractivas que la naturaleza nos puede ofrecer; el mar, que la rodeaba, realzaba todas las riquezas que la tierra exponía a nuestros ojos.

—¿Acaso es ésta otra ilusión? —pregunté a Firuzkah—; no podemos estar realmente en la caverna del Mago.

—Aquí tienes una de sus salidas —me respondió Firuzkah—, pero necesitarás más de un día para ver todas las maravillas de estos lugares. El Mago dice que todo ha sido creado para el hombre y que éste, siempre que pueda, debe aprovechar todo lo que le ha sido dado. Ha empleado una buena parte de su vida en adquirir este poder, y utiliza la otra parte para disfrutar de lo que ha conseguido.

No dejé de testimoniarle al Mago el gran deseo que tenía de ver su Pireo.

—Quedarás satisfecho al verlo —me respondió contento—, pero sólo podré llevarte allí cuando hayas pasado por mis baños y cuando te hayas revestido con ropas convenientes a la majestuosidad del lugar.

Accedí a sus deseos con tal de complacer a Firuzkah; por temor a ofenderla, reprimí las ganas de reír que me produjeron los grotescos atuendos con los que nos revistieron ridículamente a ambos. Pero, ¿qué me ocurrió al entrar en el Pireo? Jamás espectáculo alguno, excepto el que me había presentado aquel funesto palacio, me había impresionado tanto, sorprendiéndome y aterrorizándome a la vez.

El fuego que estaba adorando el Mago parecía salir de las entrañas de la tierra y elevarse por encima de las nubes. Sus llamas, ora brillaban con un resplandor que los ojos no podían soportar, ora arrojaban un reflejo azulino, que daba a los objetos que nos rodeaban un aspecto aún más horrendo del que tenían en la realidad. La reja de bronce encendido, que nos separaba de aquel espantoso dios, no me tranquilizaba en absoluto. De vez en cuando nos encontrábamos envueltos en unos torbellinos de chispas; el Mago se sentía muy honrado por ello, pero yo habría pasado gustosamente de aquel honor. En la parte del templo donde nos encontrábamos, las paredes estaban tapizadas por cabellos de diferentes colores que, de distancia en distancia, marcaban el lugar donde se hallaban unas pirámides de cráneos humanos que se habían ido incrustando en oro y ébano. A aquel horrendo espectáculo había que añadir el olor a azufre y betún que atravesaba de parte a parte el cerebro y que llegaba a quitar la respiración; estaba temblando y mis piernas flaqueaban, por lo que Firuzkah tuvo que sostenerme.

—Salgamos —le dije en voz baja—; sácame de la presencia de tu dios; sólo la tuya ha podido hacer que durante unos instantes pudiera soportarlo.

Necesitaba aire puro para reponerme; los Divos nos lo proporcionaron abriendo un agujero en la bóveda de la caverna, en el mismo lugar donde habíamos cenado la noche anterior y que ellos mismos habían decorado a su estilo, sin olvidar mencionar los exquisitos manjares que allí nos sirvieron y que me predispusieron a escuchar al Mago con paciencia. Todo lo que me contó mi temible anfitrión sobre su religión no era nada nuevo para mí, y por ello no le presté mucha atención; pero su ética me gustó, porque enardecía las pasiones y ahogaba los remordimientos. Nos enalteció las

cualidades de su Pireo, contándonos que había sido construido por los Divos y que él mismo lo había decorado, arriesgando su propia vida. No le pedí ninguna explicación sobre aquel particular, porque supuse que no me la daría. No podía pensar en aquellas calaveras y en aquellos cabellos, que él llamaba adornos, sin estremecerme. Cualquier cosa en aquel lugar me habría espantado, si no hubiera sido por la confianza que tenía puesta en Firuzkah.

Afortunadamente, sólo tenía que aguantar la conversación del Mago una vez al día. El resto lo dedicábamos a todo tipo de diversiones y placeres, que los Divos se encargaban de buscarnos y que Firuzkah mandaba variar para complacer mis gustos. Sus desvelos y su ingeniosa ternura difundían tal voluptuosidad en cada instante de mi vida que ya no podía llevar la cuenta de los momentos pasados en su compañía; el presente me había hecho olvidar tan bien él pasado que ni por un instante volví a acordarme de mi reino. El Mago se encargó de adelantar el final de aquella especie de frenesí. Un aciago día nos dijo:

—Ha llegado el momento de separarnos, hijos míos; la hora de la felicidad por la que llevo tantos años suspirando se acerca; me esperan en el Palacio del Fuego Subterráneo, donde voy a verme rodeado de alegrías y a poseer tesoros que la imaginación del hombre no puede concebir. ¡Ay!, ¡ojalá esta feliz hora hubiera llegado antes! Así, la inexorable muerte no me habría arrebatado a mi querida Sudabé, cuyos encantos no habían llegado a marchitarse con el paso del tiempo. Juntos habríamos podido compartir esta dicha perfecta, que ni los contratiempos ni las vicisitudes de la vida son capaces de alterar en el lugar al que me dirijo.

—¡Ah!, ¿dónde se encuentra esa morada divina? —le pregunté—, ¿dónde está ese lugar en el cual, con un cariño mutuo, se puede vivir eternamente dichoso? ¡Déjanos acompañarte!

—Podréis hacerlo si adoráis a mi dios —respondió el Mago—, si respetáis a las fuerzas que le sirven y si merecéis su favor por los sacrificios que os pida.

—Adoraré al dios que sea —contesté—, si me concede la gracia de vivir para siempre al lado de Firuzkah y si me exime del horror de tener que presenciar a la fría enfermedad o la espada asesina atacando sus hermosos días. ¿Qué hay que hacer?

—Es necesario —contestó el Mago— instaurar la religión de Zoroastro en tus Estados, derribar las mezquitas y erigir Pireos en su lugar; finalmente, tendrás que exterminar sin piedad a todos aquellos que no quieran convertirse a la auténtica fe. Eso es lo que yo he hecho, aunque no tan abiertamente como tú vas a poder hacerlo; lo atestiguan todos aquellos cabellos que recubren los muros de mi Pireo. ¡Oh, queridos testigos!, os agradezco que me hayáis abierto las puertas de la única morada donde se puede disfrutar de la felicidad permanente.

—Démonos prisa en ir a cortar cabezas —dijo Firuzkah—, y en almacenar una gran cantidad de cabellos. Estarás de acuerdo conmigo, mi querido Alasi, en pensar que el sacrificio de los insensatos que no quieran creer en nosotros será poca cosa en comparación con el bien supremo de amarnos eternamente.

Aquellas palabras aduladoras de Firuzkah merecieron mi entera aprobación y el Mago, en el summum de sus deseos, siguió diciéndonos:

—Me siento muy feliz, rey de Kharezma, al haber podido al fin convencerte de mis creencias; en varias ocasiones había llegado a perder las esperanzas de lograrlo y no me habría tomado tantas molestias de no ser porque eres el esposo de la hija de Filanshaw, mi amigo y discípulo. ¡Cuántos honores va a granjearme tu conversión en el Palacio del Fuego Subterráneo! Parte ahora mismo; encontrarás en esta misma orilla un barco totalmente equipado a tu disposición. Serás aclamado cuando llegues a tu reino; procura hacer allí todo el bien que puedas y recuerda que tienes que aniquilar a todos aquellos que se obstinen en permanecer en el error, porque el severo dios a quien has prometido servir lo considerará como un gran mérito. Cuando creas que ya eres merecedor de tu recompensa, dirígete a Isthakar[12] y allí, en la Terraza de los Faros, quema todos los cabellos de aquellos a los que habrás dado muerte por una causa tan justa. El olfato de los Divos se verá sorprendido por ese agradable aroma y acudirán a mostrarte el camino de la escalera rápida y a abrirte el portal de ébano; te recibiré con los brazos abiertos y haré que todos te den los honores que te corresponden.

De esta forma, cedí ante el último embaucamiento del Mago. Gustosamente me habría burlado de sus sermones, pero mi corazón sentía demasiado interés por sus promesas como para resistirme. Un pensamiento fugaz me hizo ver que aquello podría ser un engaño; pero, enseguida, decidí que tenía que arriesgarlo todo a cambio del bien prometido.

El Mago, excitado sin duda por la ambición y la codicia, había hecho los mismos cálculos que yo, pero al llegar allí se debió de sentir burlado, al igual que todos los desdichados que vienen a parar a esta morada.

El fanático adorador del fuego quiso vernos embarcar; llegados a la orilla, nos abrazó con afecto y nos aconsejó que guardáramos siempre a nuestro lado, en calidad de sirvientes a toda prueba, a los veinte negros encargados de llevar nuestra embarcación. Apenas izada la vela, pudimos oír un espantoso estruendo semejante al del trueno que hace vibrar las montañas y llena los valles de escombros. Vimos hundirse en el mar la roca que acabábamos de dejar. Escuchamos los gritos de alegría de los Divos, que hacían vibrar los aires, y pensamos que el Mago ya se había puesto en camino hacia Isthakar.

Nuestros veinte negros eran tan buenos navegantes, tan expertos y tan desenvueltos que los habríamos enviado con el Mago para formar su séquito sobrenatural si no hubiera sido porque nos dijeron que eran simplemente unos humildes adoradores del fuego. Dado que su jefe, llamado Zululú, parecía estar muy iniciado en los misterios de la caverna, le pregunté qué había sido de los pajes y de las pequeñas georgianas con los que habíamos trabado amistad. Me contestó que las Inteligencias, que se los habían proporcionado al Mago, habrían dispuesto, sin duda, lo mejor para ellos y que bien podíamos confiar en su poder.

Mis súbditos celebraron mi regreso y mi matrimonio con tanta alegría que me hicieron enrojecer al pensar en las intenciones que tenía para ellos. Firuz les había parecido un ser agradable; Firuzkah les parecía divina bajo los atuendos propios de su sexo. Mi madre la colmó de caricias; su tono cambió cuando le dijimos que nos parecía que Motaleb, que acababa de nombrar como su Primer Ministro, había sembrado el desorden en todos los asuntos que tenía a su cargo; la reina se había encaprichado con aquel ignorante visir y nos mostró su descontento al ver que estábamos enfurecidos con él. Firuzkah, que no se reprimía por tener que decir lo que pensaba, me dijo en voz baja:

—Motaleb tiene una buena cabellera; vamos a cortarle la cabeza.

Me limité a destituirlo. En su lugar puse a un débil anciano que siempre estaba de acuerdo en todo y que, en cuanto le hube dado la orden, accedió a derribar la gran mezquita de Zerbend.

Aquel golpe de estado asombró a todo el mundo. La reina, mi madre, acudió enseguida ante mí para preguntarme qué era lo que me proponía con semejante impiedad.

—No volver a oír hablar más de tu Mahoma y de sus fantasías —le contestó tranquilamente Firuzkah—, y establecer en Kharezma la religión de Zoroastro, como la única digna de ser creída.

Al oír aquella respuesta, la buena reina no pudo contenerse más; me abrumó con injurias y profirió contra nosotros toda clase de imprecaciones, que más adelante no dejaron de surtir su efecto. La escuchaba sin rencor, pero Firuzkah logró convencerme para que la lleváramos a su torre, donde poco después murió en medio de amarguras y arrepintiéndose por haberme dado la vida.

Las injusticias ya no me importaban; estaba dispuesto a todo con tal de librarme de los temores concebidos por mi desenfrenado amor.

Al principio, encontré muy poca resistencia a mis caprichos y Firuzkah, viendo a los cortesanos y al ejército someterse sin dificultad a mis deseos, me dijo:

—¿Dónde vamos a encontrar cabellos? ¡Cuántas trenzas a mi alrededor que podrían ser nuestras si las cabezas que las llevan fueran un poco más reacias! Esperemos que cambien de opinión, o corremos el riesgo de no ir nunca a Isthakar.

Y en efecto, aquellas mentes cambiaron de idea; la mayoría de aquellos que frecuentaban los Pireos que había hecho erigir esperaban el momento oportuno para estallar en contra mía. Descubrimos varias conspiraciones, y entonces empezaron los sacrificios. Firuzkah quiso proceder con orden; dado que conocía bien los talentos de Zululú, decretó que fuera nuestro gran predicador. Todos los días le hacía subir a una gran tribuna, erigida en medio de la plaza mayor, a cuyo alrededor se congregaba el pueblo; allí, aquel negro deslenguado, vestido con una túnica de color rojo brillante, con aspecto audaz y voz penetrante, pronunciaba su sermón, mientras que sus diecinueve compañeros, que se encontraban al pie de los escalones de la tribuna con el sable desenvainado en la mano, cortaban las cabezas de todos aquellos que no

aceptaban lo que se les ordenaba hacer, sin olvidar recoger sus cabelleras.

El poder estaba aún de mi lado; era amado por el soldado, que por regla general no se preocupa del dios al que sirve, siempre y cuando reciba un buen trato de su rey.

La persecución trajo consigo lo que suelen traer todas las persecuciones; las gentes de los pueblos acudían presurosos para ser mártires; venían de todas mis provincias para burlarse de Zululú, que nunca se desconcertaba, y para terminar con sus cabezas cortadas.

La carnicería resultante tomó tales proporciones que los ejércitos empezaron a escandalizarse por lo que ocurría. Motaleb los incitaba a la rebelión. En nombre del ejército, de los poderosos y del pueblo, mandó en secreto un emisario para ofrecer el reino de Kharezma a Rondabah, incitándola a vengar la muerte de su padre y de su hermano, así como las injurias que se le habían infligido.

No nos faltaron advertencias sobre las sórdidas intrigas que se estaban tramando, porque los aduladores raras veces se separan de su rey mientras la corona siga brillando sobre su cabeza; sólo llegamos a asustarnos cuando nos dimos cuenta de que nuestro partido se estaba convirtiendo en el más débil. Mis guardianes habían admitido que en más de una ocasión se maltrataba a los negros; aquello le había costado las dos orejas a Zululú, que fue el primero en aconsejarnos no perder el fruto de nuestro trabajo.

Gracias a los desvelos y a la vigilancia de aquel fiel servidor, en poco tiempo todo quedó listo para nuestro viaje. En medio de la noche abandoné mi reino, que yo mismo había hecho sublevarse casi en su totalidad en contra mía; sin embargo, mi corazón estaba tan alegre como si acabara de conquistarlo.

Firuzkah me convenció para que la dejara de nuevo vestirse de hombre; por eso, el Califa Vathek no reconoció su sexo. Ambos montamos en sendos caballos árabes, tan maravillosos y tan veloces como Shebdid y Bariz, los famosos corceles de Khosrú; cada uno de los veinte negros iba montado en un camello, y diez de ellos estaban cargados de cabellos.

A pesar de nuestro deseo de llegar cuanto antes al término de nuestro viaje, no nos dábamos demasiada prisa por conseguirlo. Sin duda, teníamos un presentimiento que nos impedía abandonar los placeres del presente a cambio de los que esperábamos en el futuro. Todas las noches acampábamos y nos deteníamos durante días enteros en lugares paradisíacos que nos ofrecía nuestra ruta. Hacía ya media luna que disfrutábamos de las bellezas del valle de Maravanahar, cuando una noche me desperté sobresaltado, agitado por un confuso y horrible sueño; pero, ¡cuál no sería mi asombro al ver que Firuzkah ya no estaba a mi lado! Enloquecido, me levanté y salí de mi tienda para buscarla; de pronto, vi que venía hacia mí.

—Huyamos, mi querido Alasi —me dijo—, cojamos ahora mismo los caballos y vayamos hacia el desierto que está a unos pocos parasangios de aquí; Zululú conoce muy bien los atajos y nos pondrá a salvo del peligro que nos acecha.

—No temo nada, mi bien amada —le contesté—, ya que he vuelto a encontrarte y

te seguiré a cualquier parte donde quieras ir.

Al despuntar el día entramos en un bosque tan frondoso que a duras penas podían penetrar allí los rayos del sol.

—Vamos a detenernos aquí —dijo Firuzkah—, para que pueda contarte la extraña aventura que me ha ocurrido. Dormía apaciblemente a tu lado, cuando Zululú me despertó con precaución y me dijo en voz baja que Rondabah se encontraba a tan sólo cien pasos de nosotros, que se había alejado un poco del ejército que se había llevado con ella a Kharezma y que estaba descansando en un pabellón sin más compañía que un reducido grupo de guardias y algunas mujeres, y que todos dormían profundamente. Al oír aquellas palabras, me invadió el temor y la furia, pues recordé la predicción del Mago; me vestí apresuradamente y tanteé mi sable para comprobar si estaba bien afilado. «¿Qué pretendéis hacer? —me preguntó el eunuco—; moderad vuestros impulsos y no olvidéis que es imposible hacer algo en contra de la vida de Rondabah. El Mago me ha ordenado que os lo advirtiera en cuanto se presentara la ocasión, y también me encargó deciros que moriríais en el intento, ya que un poder al que nadie se puede oponer protege a la princesa de Ghilán; tranquilizaos, pues, y si seguís mi consejo, podremos hacerle más daño que cortándole la cabeza.» Mientras Zululú me daba instrucciones, nos fuimos alejando de nuestra tienda y al fin llegamos al lugar donde estaba Rondabah. Viendo Zululú que yo guardaba un profundo silencio, me dijo: «Hacéis bien en confiar en mí; ahora voy a hacer que esta gente respire un olor que les impida despertarse durante un tiempo; así podremos entrar sin problemas en el pabellón, y con una pomada que traigo aquí y que tiene el poder de convertir el más bello rostro en el más horroroso, embadurnaremos a placer el de vuestra enemiga.»

»Todo transcurrió como Zululú había planeado; pero Rondabah, a la que habíamos dejado dormir siguiendo el curso de la naturaleza, casi me impidió acabar mi trabajo. Frotaba su cara con tanta fuerza que terminó despertándose, dando un grito de dolor y de espanto. Me di prisa en acabar mi tarea y después, habiendo colgado un espejo de la cintura de una de sus mujeres, se lo mostré y le dije: «Confesad, majestuosa princesa, que Firuz, el pequeño monstruo, es muy galante, y sabed que se congratula al pensar que este afeite que acaba de aplicaros hará que os acordéis de él para siempre.» No podría decir si el coraje varonil de Rondabah fue vencido por el espanto que le causaba mi presencia, o por la desesperación de verse convertida en el ser más horrendo del mundo; lo único que sé es que se desmayó y que la dejamos recobrar a solas el conocimiento.

»El placer de haber impedido el triunfo de mi rival, tal y como el Mago me había augurado, pronto dio paso al temor de ser perseguidos; pero ahora, ya estamos en lugar seguro y vamos a descansar. Mi pecho, que aún palpita por las justificadas inquietudes que ha padecido, te servirá de almohada. ¡Ay, ni Firuzkah ni Firuz han llegado a ser tan crueles como cuando alguien ha querido disputarles tu corazón!

El tono seductor que Firuzkah dio a su corta narración no impidió que me diera

cuenta de la atrocidad y de la indecencia del delito que acababa de cometer; me extrañaba que un corazón tan tierno y sensible conmigo fuera capaz de cometer los más frenéticos ensañamientos y las más horribles crueldades; pero, por encima de todo, me llamaron la atención las palabras de Zululú, que evitaron que el crimen fuera mayor. «Sin lugar a dudas —pensé—, el poder que protege la vida de Rondabah ama a los buenos, ya que Rondabah es buena. Por lo tanto, no es posible que sea el mismo poder puro y supremo el que esté dispuesto a acoger en su palacio a personas tan malvadas como nosotros. Pero, si es superior a todos los demás, ¿qué será de nosotros? ¡Oh, Mahoma, querido Profeta del Creador del mundo, debes haberme abandonado sin remedio y ahora sólo podré ser recibido por tus enemigos!»

Aquel desesperante pensamiento fue el último de mis remordimientos. Seguro que la princesa de Ghilán era quien, en vano, los excitaba en mi corazón.

Contribuí a que Firuzkah me apartara de mis suposiciones, que tanto la inquietaban; ya no lograba acordarme del pasado, o quizá no quería hacerlo; la única solución era arrojarme, sin mirar atrás, en el abismo del futuro.

Una amorosa lluvia de tiernos besos hizo desaparecer aquella nube; Firuzkah, embriagándome con su amor, aumentaba mis temores de perderla por un acontecimiento tan imprevisible como el que acababa de ocurrir. Por su parte, la princesa no estaba ya segura de nada, ni siquiera de la fealdad de Rondabah; se lamentaba por el tiempo perdido en el camino hacia, lo que ella creía y yo me esforzaba en creer, una verdadera morada de felicidad. Así fue como, de común acuerdo y para gran regocijo de nuestros veinte eunucos negros, nos apresuramos lo más que pudimos en llegar a Isthakar.

Ya era de noche cuando subimos a la Terraza de los Faros; a pesar de todas las palabras tiernas que nos decíamos y de los ánimos que nos dábamos, no pudimos evitar un cierto espanto mientras la recorríamos. El firmamento no nos permitía ver la suave luz de la luna; sólo podíamos ver el resplandor de las estrellas, aunque su vacilante claridad no hacía más que aumentar el tamaño de los oscuros objetos que nos rodeaban. No echábamos de menos ninguna de las bellezas o de las riquezas de la esfera que estábamos a punto de abandonar; tampoco pensábamos en aquellas con las que íbamos a disfrutar; sólo nos preocupaba la idea de habitar en un lugar donde nunca nos podrían separar y, sin embargo, algunos lazos invisibles parecían retenernos aún en la tierra.

Un estremecimiento nos recorrió el cuerpo al ver que los negros habían acabado de preparar el enorme montón de cabellos. Con mano temblorosa acercamos las antorchas que debían encenderlos, y a punto estuvimos de morir del espanto cuando la tierra se abrió a nuestros pies en medio de miles de estallidos espeluznantes. Nos sentimos un poco más seguros al ver la escalera, cuya bajada era de fácil acceso, y ante los cirios que la iluminaban; nos abrazamos con ardor, nos cogimos de la mano, y empezamos a bajarla con precaución; de pronto, los veinte negros, en los que ya no pensábamos, se abalanzaron sobre nosotros e hicieron que fuéramos a dar con

nuestras cabezas sobre la gran puerta de ébano.

No voy a describiros la terrible impresión que nos produjo este lugar, ya que todos los que estáis aquí sabéis bien de qué os hablo, pero lo que más me aterrorizó fue ver al Mago. Se paseaba lúgubre y errante en medio de la muchedumbre, con la mano derecha puesta en su corazón; las llamas que lo devoraban resurgían a través de sus ojos; cuando nos vio, nos lanzó una aterradora mirada y se alejó precipitadamente de nosotros. Momentos después, un malvado Divo se acercó a Firuzkah para decirle: «Rondabah ha recobrado su belleza; acaba de ascender al trono de Kharezma. La hora de su triunfo es la de vuestra desesperación eterna.»

Finalmente, Eblis[13] nos dio a conocer el horror de nuestro sino. ¿Qué dios es éste al que hemos servido? ¡Cuán espantosa es la sentencia que nos ha dictado! ¿Cómo? Nosotros, que tanto nos hemos amado y que habíamos venido aquí para no dejar nunca de querernos, ¡ahora tenemos que odiarnos eternamente! ¡Ay, funesto y execrable designio que, en estos momentos, estás aniquilando nuestro ser!

Alasi y Firuzkah se abrazaron, al tiempo que pronunciaban aquellas palabras y sollozaban; durante un buen rato, un lúgubre silencio reinó entre esta desdichada muchedumbre.

Vathek acabó rompiéndolo, y pidió al tercer príncipe que contara su historia; su curiosidad no estaba aún satisfecha, pues le estaba reservado, como último tormento, ahogar todas las pasiones de aquellos malvados corazones, excepto el odio y la desesperación.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE BARKIAROKH

PRIMERA PARTE

Mis crímenes son aún mayores que los del Califa Vathek. No necesité consejos impíos y temerarios para adelantar mi condena, como ocurrió en su caso. ¡Sólo por ignorar las prudentes advertencias de mi más sincera amiga fue por lo que acabé precipitándome en esta horrenda morada!

Nací a orillas del mar Caspio, en el Daghestán[14], cerca de la ciudad de Berduka. Fui el tercer hijo de un pescador, hombre de bien, que vivía apacible y confortablemente del fruto de su trabajo. Perdimos a nuestra madre siendo aún muy niños para echarla de menos, pero veíamos llorar a nuestro padre y llorábamos también. Mis hermanos y yo éramos muy trabajadores, sumisos y no del todo incultos. Un derviche, amigo de mi padre, nos había enseñado a leer y a trazar diversos caracteres; a menudo pasaba la velada con nosotros y mientras empleábamos nuestro tiempo en tejer cestas de juncos, él nos amenizaba con disertaciones piadosas y nos explicaba el Corán. Alsalami[15], que así se llamaba el derviche, era realmente un hombre de paz, como indicaba su propio nombre; siempre intervenía en todas nuestras pequeñas desavenencias o las evitaba con tal ternura y afecto que sólo podíamos corresponderle con cariño. Cuando sus máximas y sentencias nos hacían ponernos demasiado serios, nos recreaba con fábulas y así comprendíamos mejor los principios que deseaba inculcarnos.

Bajo la dirección del derviche habíamos plantado un enorme jardín que le ofrecía nuevas posibilidades de distraernos, al tiempo que nos instruía. Nos enseñaba las propiedades de las plantas y el arte de cultivarlas; íbamos con él a coger flores cuya destilación resultaba curativa o aromática y quedábamos embelesados al observar el cambio de naturaleza que se operaba en el alambique. Yo era activo y tenía anhelos de saber, lo cual hacía que Alsalami me tratara con aduladora consideración. Aquel privilegio me enorgullecía. Yo demostraba una gran modestia en su presencia, y me desquitaba con arrogancia cuando él estaba ausente; en las disputas entabladas entre mis hermanos y yo, siempre tenía la habilidad de probarles que la razón no estaba de su parte. Las ganancias obtenidas por la venta de nuestras aguas destiladas, nuestras cestas de juncos y nuestra pesca, nos permitían vivir con cierto desahogo. Dos esclavos negros mantenían nuestra casa de campo tan esmeradamente limpia que parecía más acogedora; las comidas que nos preparaban eran sencillas pero sanas y sabrosas; por último, unos cómodos baños nos proporcionaban un bienestar que pocas gentes de nuestra condición se habrían podido permitir.

En medio de todas estas comodidades, y pudiendo llevar una vida placentera, mi natural malvado crecía día a día. Mi padre poseía un armario empotrado en la pared,

situado en una de las habitaciones del piso alto de la casa; jamás lo abría delante de nosotros y a menudo decía que guardaba la llave para aquel de sus tres hijos que se hiciera merecedor de ella. Esta promesa, a menudo reiterada, junto con algunas vagas murmuraciones del derviche que nos hacían sobreentender que no habíamos nacido para vivir una discreta existencia como la que llevábamos, nos hizo imaginar que algún gran tesoro se escondía en ese armario. Sin duda, mis hermanos lo codiciaban, pero no por ello abandonaban la compañía de nuestros vecinos y las diversiones propias de su edad. Por lo que a mí se refiere, languidecía, me consumía en casa y no dejaba de pensar en el oro y las pedrerías supuestamente escondidos en el fatídico armario, deseando ardientemente convertirme en el dueño de todo ello. La constancia en el cumplimiento de mis obligaciones era tenida en cuenta por mi padre y su amigo, que no se cansaban de alabar mi buena conducta. ¡Qué lejos estaban de poder leer los pensamientos de mi corazón!

Una mañana, y en presencia del derviche, mi padre nos dijo a los tres:

—He aquí, hijos míos, que habéis llegado a la edad en la que el hombre debe escoger una compañera que le ayude a soportar las penalidades de la vida, pero yo no quiero ejercer influencia alguna sobre vuestra elección. A mí me dejaron libre y fui feliz con vuestra madre; espero que cada uno de vosotros encuentre una buena esposa. Id a buscarla. Os doy un plazo de un mes para encontrarla; aquí tenéis dinero suficiente para manteneros durante ese tiempo. Si regresarais hoy mismo, me daríais una agradable sorpresa, ya que soy viejo y deseo fervientemente ver aumentada mi familia antes de que llegue la hora de mi muerte.

Mis hermanos agacharon la cabeza en señal de sumisión y salieron apresuradamente, por lo que comprendí que no tendrían que salvar muchas dificultades para complacer a mi padre.

Me alarmé al pensar en las ventajas que aquello les daría sobre mí. Me arriesgué a seguirles. Se dirigieron hacia la casa de unos amigos que vivían cerca de la nuestra; dado que yo no conocía a nadie, tomé el camino que conducía a la ciudad más próxima. Mientras recorría las calles de Berduka, pensaba para mis adentros: «¿Adónde iré? ¿Cómo lograré encontrar una esposa? No conozco mujer alguna. ¿Acaso tendré que abordar a la primera que se me presente? No, se burlaría de mí y de mi torpeza. Bien es verdad que dispongo de un mes para conseguir mis propósitos, pero mis hermanos parecen prestos a satisfacer hoy mismo los deseos de mi padre; la llave será para aquel que haya hecho la elección que sea más de su agrado. Ese bello y querido tesoro, que tantos suspiros me arrancó, no será nunca mío. ¡Qué desgracia la mía! Si no puedo volver a casa antes del anochecer, más vale que no vuelva nunca más en la vida. Pero, ¿y si fuese en busca del derviche? En estos momentos estará en su oratorio. Siempre fui su preferido; ¡sí, se compadecerá de mi apocamiento! ¡Piedad! —me repetía—. Pero, ¡será una compasión despectiva!» «Este muchacho —dirá—, parecía tener aptitudes, y con veinte años no es capaz de encontrar una esposa. No es más que un necio, y no merece la llave del armario.»

Sumido en tales reflexiones, caminaba de un lado a otro sin parar. El simple hecho de ver a una mujer me estremecía; avanzaba dos pasos hacia ella y retrocedía cuatro; la gente se reía de mí y todos los que pasaban me tomaban por loco. «¿No es ése el hijo de Ormossuf el pescador? —decían algunos—. ¿A quién le guarda rencor con ese aire de ofuscación? ¡Qué lástima! —decían otros—, es una pena que haya perdido hasta ese extremo la razón; afortunadamente no parece ser un loco peligroso.»

Indignado ante aquellos insultos, totalmente extenuado y viendo que la noche se me echaba encima, me uní a una caravana, decidido a abandonar al día siguiente el Daghestán, para así evitarme la mortificación de ver a uno de mis hermanos como dueño del tesoro que yo tanto había codiciado en secreto.

Como la noche era ya bastante oscura, me puse a caminar lentamente con los brazos cruzados sobre el pecho y con la desesperación que sentía mi corazón reflejada en el rostro, cuando al doblar una esquina vi venir a lo lejos a una mujer pequeña con la cara oculta por un velo, que parecía llevar mucha prisa. Pese a ello, de repente se paró ante mí, me saludó con amabilidad y me dijo:

—¿Qué contratiempo has sufrido, buen mozo? A tu edad, y con esa apariencia tan agradable, no deberías conocer lo que son las penas; sin embargo, pareces abrumado por la tristeza.

Estos halagos me envalentonaron; cogí la mano de la desconocida, que no retiró, y le dije:

—Estrella favorable que te ocultas tras esa vaporosa nube de muselina, ¿no te habrá enviado el Cielo para que me guíes? Busco una mujer que quiera casarse conmigo esta misma noche y que esté dispuesta a acompañarme ahora mismo a la casa de mi padre, pero no sé dónde puedo encontrarla.

—Ya la has encontrado, si así lo deseas —me respondió con voz tierna y tímida —. Tómame. No soy ni joven ni vieja, ni hermosa ni fea; pero soy casta, trabajadora y prudente, y me llamo Homaiuna[16], lo cual no es mal augurio.

—¡Oh!, te acepto de todo corazón —exclamé loco de alegría—, pues en el caso de que no seas todo lo que dices ser, indiscutiblemente eres buena al estar dispuesta a seguir sin más a un desconocido, y mi padre sólo me ha ordenado que regrese con una buena mujer. Démonos prisa, a ver si podemos adelantar, o al menos alcanzar a mis hermanos.

Inmediatamente nos pusimos a caminar o, mejor dicho, a correr con apremio. La pobre Homaiuna no tardó en quedarse sin aliento; incluso me percaté de que cojeaba un poco. Yo era muy fuerte, así que decidí llevarla sobre mis espaldas y sólo la dejé en el suelo cuando llegamos a la puerta de nuestra casa. Mis hermanos y sus dos mujeres habían llegado mucho antes que nosotros, pero el derviche, como fiel amigo que era, quiso que se me esperara hasta la noche para celebrar conjuntamente la ceremonia de las tres bodas. Mis futuras cuñadas no se habían quitado aún el velo; sin embargo, pude comparar sus maravillosas figuras con la de Homaiuna y enrojecí de

vergüenza. Peor fue después de jurarnos mutua fidelidad, cuando llegó el momento de levantar el velo de mi mujer; mi mano temblaba y, por un instante, tuve la tentación de apartar la vista, porque esperaba encontrarme con un pequeño monstruo. Pero, ¡qué sorpresa y qué consuelo para mí! Homaiuna no poseía una extremada belleza como la de las mujeres de mis hermanos, pero tenía unos rasgos proporcionados, una graciosa fisonomía y una inefable expresión de candor que la hacían interesante. Alsalami, que advirtió las maliciosas sonrisas de mis hermanos, me dijo en voz baja que estaba seguro de que yo había hecho la mejor elección y que por lo tanto iba a tener que congratularme por mi herencia.

El fatídico armario se encontraba en la habitación donde yo me acostaba y, aunque no carecía de deseos hacia mi mujer, no pude contener un suspiro como siempre me ocurría al contemplar aquel misterioso armario.

—¿Acaso tengo la desgracia de no gustarte? —me preguntó tiernamente Homaiuna.

—Te aseguro que no —respondí estrechándola entre mis brazos—; pero para que no te queden dudas, tienes que saber que este armario contiene un tesoro y que mi padre ha prometido entregar la llave a aquel de sus tres hijos que se haga merecedor de ella. Sin embargo, no parece tener tanta prisa en tomar su decisión como nosotros en poseer el tesoro.

—Tu padre es sabio —respondió mi mujer—; teme equivocarse. Tu conducta será la que le saque de dudas. No obstante, recuerda que me llamo Homaiuna y que por lo tanto tengo que traerte suerte.

El afecto y el encanto con que fueron pronunciadas estas palabras me hicieron olvidar por completo, durante aquella noche, los tesoros que poblaban mi imaginación. Si yo no hubiese sido el más insensato de los hombres, no me habría vuelto a acordar de ellos, porque la verdad era que poseía el mayor y el más inestimable de los tesoros: una verdadera amiga. No tardé en convencerme de que el azar había sido más generoso conmigo de lo que lo había sido la providencia con mis hermanos. Sus mujeres eran perezosas, henchidas de vanidad; discutían entre ellas sin cesar y, aunque no apreciaban para nada a Homaiuna, cuya modestia y desvelo las hacía enrojecer, siempre la tomaban como juez de sus controversias, ya que no podían evitar sentir un cierto respeto hacia ella. Mi padre observaba todo lo que ocurría en silencio; sin embargo, yo leía sus pensamientos cuando cruzaba su mirada con la del derviche, que no tenía reparos en elogiar extremadamente a mi mujer.

Un día, llevándome aparte, me dijo:

—Barkiarokh, hijo mío, quiero hacerte una pregunta, y es necesario que me respondas con toda sinceridad, pues es tu propio interés el que me la ha dictado. ¿Dónde conociste a Homaiuna?

Dudé un momento antes de darle una respuesta; por fin, el deseo de conocer el motivo de su curiosidad me movió a hablarle sin tapujos.

—Ésta sí que es una singular aventura —exclamó—; esto me confirma una

sospecha que nació como base de mis observaciones. ¿No te has fijado, hijo mío, que cuando tu mujer va y viene por el jardín, las flores a las que se acerca adquieren colores más intensos y un olor más delicado; que las plantas y los arbustos que toca crecen a ojos vista; y que siempre, en sus manos, el agua de su regadera parece transformarse en brillante y fértil rocío del final de la primavera? También he observado que tus cestas de juncos adquieren un lustre y un refinamiento fuera de lo común cuando ella los dispone sobre el camello que ha de llevarlos al mercado. En dos ocasiones te preparó las redes y en ambas conseguiste una abundante y prodigiosa pesca. ¡Oh!, sin duda, tu mujer se encuentra protegida por el poder de algún Ginn; por eso debes amarla y respetarla como fuente de felicidad que debe ser para ti.

Le aseguré a Alsalami que nada me resultaría más fácil que seguir su consejo, ya que nadie conocía mejor que yo el inestimable valor de mi mujer. A continuación, me retiré apresuradamente para reflexionar sobre lo que acababa de escuchar. «Si es verdad, como todo parece indicar —pensé—, que Homaiuna cuenta con el apoyo de un poder sobrenatural en todo lo que hace, ¿por qué no abre el armario o, al menos, influye para que mi padre me entregue la llave? A buen seguro que ni siquiera ha pensado en ello. ¿Será conveniente que se lo proponga? Pero, ¡ay!, ¿acaso me atreveré a hacerlo? Sus sabias palabras y sus miradas celestiales me imponen un gran respeto. Mejor será que esconda en mi corazón este exceso de codicia; si ella me conociese a fondo, me despreciaría en lugar de ayudarme en mis perversas intenciones. Ocultar los propios vicios a las gentes de bien es lo único que queda por hacer si uno mismo no se ha cegado aún con ellos.» De esta manera se fue fortaleciendo el hábito de mi hipocresía que, sólo durante un tiempo, me dio excelentes resultados.

Todo marchaba bien y con tranquilidad para nuestra pequeña familia, hasta que una tarde, al volver a casa mis hermanos y yo después de vender la pesca, nos encontramos con que Ormossuf había sufrido un terrible ataque de gota, enfermedad de la que era víctima desde hacía algún tiempo, aunque nunca le había afectado de forma tan violenta. Enseguida adoptamos una actitud de consternación, y tras arrodillarnos a cierta distancia de él, nos quedamos sumidos en un profundo silencio. El derviche y los dos esclavos negros le sostenían, mientras que mi mujer se esforzaba por procurarle el mayor alivio posible. Por su parte, mis cuñadas se habían retirado a sus habitaciones, con el pretexto de no tener suficiente valor para ser testigos de tan cruel espectáculo.

Por fin, los agudos dolores de Ormossuf se calmaron. Entonces se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—Queridos hijos, ya sé cuánto me amáis y estoy seguro de que, pese a vuestro cansancio, intentaréis satisfacer lo antes posible un capricho que se me acaba de antojar. Hoy no he comido nada y me apetecería cenar algún pescado raro y de delicado sabor; coged vuestras redes e id a ver qué podéis pescar para mí, pero no

juntéis vuestra pesca y que cada uno de vosotros encargue a su mujer que prepare el pescado que traiga. Una sola advertencia: echad tan sólo una vez vuestras redes al mar. Así os lo mando, porque ya es tarde; podría ocurriros algún accidente, y en el estado en el que me encuentro no podría soportar la inquietud que me causaría vuestra tardanza.

Nos incorporamos en el acto, cogimos nuestra barca, que se encontraba amarrada cerca de la puerta de nuestra casa, y nos adentramos un poco en el mar hasta alcanzar el lugar donde sabíamos que la pesca era más abundante. Una vez allí, lanzamos nuestras redes, al mismo tiempo que cada cual suplicaba en voz baja para que la suerte le favoreciera en particular y fuera adversa a los otros. La oscuridad reinaba en la noche, por lo que nos habría sido imposible examinar nuestras capturas. Regresamos, pues, al hogar, sin saber lo que habíamos pescado; pero en aquel corto trayecto mis hermanos experimentaron toda la ansiedad de la envidia al ver que apenas podía arrastrar el peso de mis redes, mientras que ellos las llevaban con mucha facilidad. ¡Qué gran triunfo consiguieron tras aquella pequeña contrariedad! Resultó que cada uno de ellos había capturado un pez enorme de una especie extraña, recubiertos de magníficas escamas, y yo uno tan pequeño, de un color pardo uniforme, que más parecía un reptil que un habitante del mar. No necesité escuchar las carcajadas de mis cuñadas y de sus maridos para sentirme confuso y desesperado; arrojé mi miserable pescado al suelo, y a punto estaba de pisotearlo cuando mi mujer se agachó para recogerlo y me dijo al oído:

—Ten valor, mi querido Barkiarokh; voy a preparar este pequeño pescado que tanto te disgusta y pronto verás que es el mejor de los tres.

Tenía tanta confianza en ella que aquellas palabras encendieron una llama de esperanza en mi corazón e hicieron que volviera a confiar en mí.

Ormossuf no pudo evitar una sonrisa al ver aquel minúsculo pescado, que le habían servido en medio de los otros dos y que ofrecía un aspecto tan miserable.

—¿De quién es éste? —preguntó.

—De mi marido —respondió Homaiuna—; es un bocado exquisito, aunque por su tamaño se puede comer en un abrir y cerrar de ojos; tened a bien coméroslo y no lo compartáis con nadie. ¡Ojalá que os haga todo el bien que ansío para vos! ¡Ojalá que todos los buenos deseos que se hagan en vuestro nombre se cumplan en el momento en que os lo comáis!

—No hay plato que tú puedas presentar sin que tu gracia lo convierta en algo delicioso —contestó el buen anciano—; por eso, querida hija, voy a complacerte.

Mientras pronunciaba estas palabras se introdujo un trozo de pescado en la boca.

Entonces, mi hermano mayor, agraviado por aquella condescendencia, exclamó:

—¡Ah!, puesto que en esta casa parece suficiente con desear lo mejor para agradar, ¿quién podría formular un deseo más interesante que el mío, al pedir el intercambio de la edad de mi padre por la mía y el de mi fuerza a cambio de su debilidad?

—Lo mismo digo —interrumpió mi otro hermano—, ¡y lo hago de todo corazón!

—¡Oh!, a mí no me ganáis en amor filial —exclamé a mi vez—; yo me quedaría gustosamente con la gota que aqueja a nuestro querido padre a fin de librarle de ella para siempre, lo cual es mucho peor que sus arrugas.

Aunque pronuncié aquellas palabras con aparente entusiasmo, no me atreví a levantar los ojos que tenía puestos en la mesa, por temor a que Homaiuna adivinase mis verdaderos pensamientos; de pronto se escucharon los estridentes gritos de mis cuñadas y tuve que levantar la cabeza. ¡Oh, prodigio insólito! ¡Oh, milagro que aún me paraliza el corazón cada vez que lo recuerdo! ¡Veía a mis hermanos encorvados y llenos de arrugas y a mi padre radiante de juventud!

Me quedé horrorizado, ya que yo también había expresado un deseo temerario.

—¡Oh, cielos! —exclamé—, ¿será posible que…?

No pude decir más; los agudos dolores que empecé a sentir en aquel momento me impidieron hablar, mis brazos y piernas se pusieron rígidos, me falló el corazón y caí al suelo en una especie de trance del que me recuperé enseguida, debido al alboroto que se estaba produciendo en la estancia. Mis cuñadas proferían mil y un improperios a sus maridos, reprochándoles la osadía que habían demostrado tener al expresar aquellos deseos; éstos se defendían alegando que sólo habían hablado así al sentirse menospreciados y que lo que habían dicho no podía tomarse como un deseo. En esto, Homaiuna empezó a decir que el Cielo tomaba a menudo la palabra de los farsantes para desenmascararlos. No hizo falta más para que se abalanzaran sobre ella y empezaran a golpearla, al mismo tiempo que la trataban de bruja y de deidad maligna. Ormossuf y el derviche, que habían salido en su defensa, no se libraron de llevarse también algunos golpes, aunque devolvían cien por cada uno que recibían. La fuerza que acababa de adquirir el uno y la energía que siempre había caracterizado al otro, suponía una clara ventaja frente a unos hombres decrépitos y temblorosos, y ante un par de mujeres debilitadas por su reciente acceso de furia. Finalmente, mi padre, harto ya de aquel espectáculo tan indigno, e irritado por la falta de respeto que demostraban sus pérfidos hijos, cogió un látigo provisto de cien nudos y los expulsó de la casa, no sin antes echarles la maldición que se merecían.

En el transcurso de aquella escena, en la que de buena gana me habría puesto del lado de mis hermanos, volví a acordarme, pese a mis dolores, de la llave del armario y juzgué prudente dominar la rabia que me sublevaba si quería conseguirla. Por eso, y con el fin de ahogar mis gritos involuntarios, introduje el embozo de mi túnica en mi boca y permanecí tumbado en el suelo aparentando haber perdido el conocimiento.

En cuanto mis hermanos y sus mujeres abandonaron la casa, el derviche, Homaiuna y mi padre acudieron en mi ayuda y trataron de levantarme. Los cuidados que me prodigaron y la tristeza que veía reflejada en sus rostros, apenas me conmovieron. Estaba particularmente furioso con mi mujer, por considerarla culpable de todo lo que acababa de ocurrir; para poder contenerme, tuve que recurrir al control que había adquirido sobre mí mismo gracias a mi habitual hipocresía.

—Por favor —les dije con una voz entrecortada por mis gemidos—, llevadme a la cama; seguro que allí se aliviarán mis fuertes dolores. Sin embargo, tenéis que saber que, pase lo que pase, nunca me arrepentiré de haber librado de tan insoportable enfermedad al querido autor de mis días.

—¡Oh, eres tú y sólo tú quien, por tu devoción filial, merece la llave del fatídico armario! —exclamó Ormossuf—. Aquí la tienes —siguió diciendo mi padre mientras me la enseñaba; las promesas hechas a mi estirpe se cumplirán en ti y tu padre será testigo entusiasta de tu felicidad.

—Sólo seré capaz de disfrutar de esa dicha si al mismo tiempo puedo procurarte la tuya —dije con aire de agradecimiento—; pero ahora mi cuerpo sufre y lo único que deseo es descansar.

Enseguida me llevaron a la habitación, donde deseaba encontrarme ardientemente. En cuanto nos dejaron solos, Homaiuna me dijo:

—Tengo aquí un bálsamo curativo que voy a aplicarte en la planta de los pies; verás cómo te alivia.

—¡Oh!, veo que sabes a qué atenerte —le dije, observándola con mirada sombría —, ya que tengo la impresión que nada se te escapa.

Homaiuna no dio muestras de advertir mi mal humor. Me aplicó el bálsamo y mis dolores se atenuaron. Aquel gesto servicial me reconcilió un poco con ella, la besé de pasada y corrí hacia el armario. Temblando de ansiedad, giré la llave; esperaba quedar deslumbrado por el brillo del oro y de las pedrerías que suponía iba a encontrar; pero, en lugar de aquel tesoro, sólo hallé una cajita de hierro que contenía un anillo de plomo y un trozo de pergamino bien doblado y sellado. Aquella visión me dejó confuso; el recuerdo de todo lo que había tenido que pasar para conseguir aquello, que no parecían más que baratijas, me produjo tal sobrecogimiento que me quedé sin respiración.

—No te desanimes tan pronto —me dijo mi mujer—, y, ante todo, no te arrepientas de la buena acción que has realizado. Lee esto.

Hice lo que Homaiuna me aconsejaba, aunque no pude evitar ruborizarme al ver que había adivinado mi pensamiento y leí en voz alta aquellas palabras escritas con bellos caracteres: «Toma este anillo que te hará invisible cuando te lo coloques en el dedo meñique de la mano izquierda; de este modo, podrás reconquistar el reino de tus antepasados, y reinarás siendo el mejor o el más infame de todos los reyes.»

Al terminar de leer estas últimas palabras, la habitación en la que nos encontrábamos empezó a vibrar debido a los gritos potentes y agudos de Homaiuna, que vociferaba:

—¡Oh, Alá, Alá! ¡No dejes la elección de esta alternativa en manos del esposo que me has concedido! Oblígale a hacer el bien y devuélveme para siempre mi condición de simple mortal; acepto no volver a ver jamás mi patria bendita y pasar el resto de mis días en el exilio en el que estoy, con tal de que mi querido Barkiarokh llegue a ser el buen rey que este pergamino anuncia.

Ante estas palabras, ante los rayos que despedían los ojos de Homaiuna y ante la luminosidad de su rostro, caí a sus pies con la cara inclinada hacia el suelo y, tras algunos momentos de silencio, exclamé:

—¡Oh, mujer, cuya cara no me atrevo a contemplar, dígnate en guiar mis pasos por el camino prometido que se me ofrece, y ojalá que tu generoso deseo se cumpla!

—Se cumplirá el supremo decreto del Cielo —me dijo, al tiempo que con expresión dulce y enternecida me ayudaba a levantarme—. Sin embargo, préstame mucha atención para que mis palabras se queden grabadas en la tablilla de tu corazón. No te ocultaré nada acerca de mí, ni de lo que te espera en el futuro; después, me someteré a mi destino.

Dicho esto, suspiró profundamente y empezó su relato del siguiente modo:

HISTORIA DE HOMAIUNA

Yo sé, hijo de Ormossuf, que tú y el derviche Alsalami creéis que estoy protegida por una Inteligencia celestial; pero, ¡cuán lejos estáis de adivinar mi glorioso origen! Yo no soy otra que la propia hija del gran Asfendarmod[17], el más célebre, el más poderoso y ¡ay!, el más severo de todos los Peris. Vine al mundo en la magnífica ciudad de Giauhar[18], capital del maravilloso país de Shadukán[19], en compañía de una hermana a la que se le impuso el nombre de Ganigul. Nos criaron juntas, lo que hizo que creciera el cariño mutuo que nos unía, a pesar de las diferencias que pronto surgieron entre nuestras inclinaciones. Mi hermana era dulce, lánguida y apacible; sólo aspiraba al encanto de un ensueño poético. Por el contrario, yo era inquieta y activa; siempre buscaba algo que hacer y sobre todo hacer el bien en cuanto se me presentaba la ocasión.

»Mi padre, al que nunca habíamos podido contemplar sin estremecernos y que jamás había demostrado un gran interés hacia nosotras, nos mandó llamar un día al pie de su trono resplandeciente.

»—Homaiuna y tú, Ganigul —nos dijo—, os he estado observando; he visto que la belleza, que es patrimonio de todos los Peris, se ha manifestado en ambas con los mismos rasgos, pero también he comprobado que vuestras inclinaciones son muy diferentes. Esta diversidad de caracteres existe y debe existir, ya que con ella se contribuye al bien general. Habéis llegado a una edad en la que se puede consultar el corazón y escoger una forma de vida. Contadme, ¿qué puedo hacer por vosotras? Dado que soy el soberano de la más espléndida región del Ginnistán, donde, como su propio nombre indica, el deseo y el placer, con frecuencia distanciados en otros lugares, aquí aparecen casi siempre unidos; no tenéis más que pedir, y seréis complacidas. ¡Habla tú primero, Homaiuna!

»—Padre mío —respondí—, lo que más deseo es hacer algo de provecho, como socorrer a los miserables y hacer felices a los demás. Ordena que me sea construida una torre desde la que pueda ver toda la tierra; así podré saber en qué lugar necesitan mi presencia o mi ayuda.

»—Hacer sin cesar el bien a hombres volubles e ingratos es una tarea mucho más penosa de lo que piensas —dijo Asfendarmod—. Y tú, Ganigul —añadió dirigiéndose a mi hermana—, ¿cuál es tu deseo?

»—Sólo el apacible descanso —respondió Ganigul—. Si pudiese tener un lugar de retiro donde la naturaleza desplegase sus más seductores encantos, donde hubieran sido desterradas la envidia y las pasiones turbulentas y en el que la dulce voluptuosidad y la plácida indolencia se encontraran presentes, allí es donde sería feliz y bendeciría todos los días la indulgencia de mi padre.

»—Os concedo vuestros deseos —nos dijo Asfendarmod—; podéis partir inmediatamente hacia vuestras respectivas residencias. Con una sola mirada hacia las

Inteligencias que me obedecen, todo ha quedado dispuesto para recibiros. Partid, y ya nos volveremos a ver. Dependerá de vosotras volver de vez en cuando a este lugar y haceros visitas la una a la otra. Pero no olvidéis que, cuando se ha tomado una decisión en Shadukán, es para siempre; la estirpe celestial a la que pertenecemos no debe conocer los deseos cambiantes y menos aún la envidia que atormenta a los débiles humanos.

»Tras estas palabras, mi padre nos indicó con un gesto autoritario que saliéramos, y al instante me encontré en una torre construida en la cima de la montaña de Caf, de cuyos muros estaban colgados un sinnúmero de espejos que reflejaban, aunque de forma borrosa, como si de un sueño se tratase, miles de escenas diferentes de la vida real en la tierra. El poder de Asfendarmod había aniquilado las distancias y acercado no sólo la visión, sino también los sonidos y las palabras de los seres animados que se podían ver en aquellos espejos.

»La primera escena que por casualidad me llamó la atención ofrecía un espectáculo que me provocó una ira bien justificada. Se trataba de una malvada madrastra que intentaba persuadir, mediante fingidas caricias y ficticios discursos, a su débil marido para que entregara a su hija en matrimonio a un negro deforme que, según decía ella, había mancillado su inocencia. La joven virginal, como una flor de lis que la guadaña estuviera a punto de segar, inclinaba su hermosa cabeza y palidecía mientras esperaba que se cumpliera el destino que en absoluto merecía; entretanto, el monstruo que le había sido destinado pedía perdón con ojos de basilisco y suspiros de cocodrilo por la ofensa que en realidad no le había hecho a la muchacha, mientras ocultaba en su corazón, tan negro como su rostro, los pecados que había cometido con la madrastra. En un abrir y cerrar de ojos pude ver todo aquello reflejado en sus rostros y me desplacé con la velocidad de la luz al lugar de los hechos. Toqué con mi varita invisible (misteriosa concentración de los poderes celestiales que distingue al orden superior de los Peris) a la miserable mujer y a su abyecto protegido. Instantáneamente cambiaron de tono, se miraron con furia y se acusaron mutuamente, revelando tales secretos que el marido, loco de rabia, les cortó la cabeza a los dos. A continuación mandó llamar a su temblorosa hija, la regó con lágrimas de ternura, y después mandó buscar un joven tan apuesto como ella y los casó en el acto.

»Regresé a mi tierra, muy satisfecha por aquella acción justa y equitativa que había llevado la felicidad a dos seres bondadosos, pasando así una noche deliciosa.

»Al rayar el alba, corrí hacia mis espejos. Me detuve frente a uno que me mostraba el harén de un sultán de Las Indias. Allí descubrí, en un magnífico jardín, a una mujer muy hermosa, de porte majestuoso y de semblante altanero y distinguido, que parecía encontrarse muy alterada. Caminaba a grandes pasos a lo largo de una terraza y miraba a todas partes con cierta inquietud, y sólo se calmó cuando vio aparecer a un eunuco negro que se acercó a ella con aire solícito.

»—Vuestras órdenes han sido obedecidas, reina del mundo —le dijo el eunuco, al mismo tiempo que hacía una profunda reverencia—. La imprudente Nurjehán ha sido

encerrada en la gruta negra. Al sultán no se le ocurrirá ir a buscarla allí; esta misma noche se alejará para siempre de aquí con el tratante de esclavos con quien hablé.

»—Has cumplido con tu deber —le dijo la dama—, y no dejaré de recompensarte generosamente por ello. Pero dime, ¿cómo pudiste dominar a mi odiosa rival sin que causara un escándalo o un alboroto?

»—La abordé cuando salía de los aposentos de nuestro dueño y señor, al que previamente había dejado dormido —contestó el eunuco—. Ya se iba a retirar a su estancia cuando, más veloz que el rayo, la agarré y la envolví en una alfombra que había previsto para tal fin, y la llevé a la gruta negra. Una vez allí, y para darle un poco de consuelo, le dije que partiría aquella misma noche con un tratante de esclavos, que quizá la vendería a algún otro rey, y que lo único que podía hacer era esperar un mejor destino. Estad tranquila, os lo ruego, mi querida señora; en cuanto el sultán se despierte deseará veros, pues a pesar de sus infidelidades, vos seguís siendo la soberana de su corazón.

»—Yo no deseaba en absoluto compartirlo con la indigna Nurjehán —exclamó la dama—; pero ya que he sido vengada, disimularé mi dolor.

»Aquella conspiración me desagradó, al igual que me disgustó la persona que la había urdido; de modo que decidí ofrecer mi protección a la desgraciada víctima de sus celos. Volé hacia la gruta negra, abrí una puerta secreta donde se hallaba Nurjehán y, después de sumirla en un profundo sueño, la rodeé con una nube que la hacía invisible. En este estado la trasladé junto al sultán, que aún dormía, y dirigí mi vuelo hacia la inmensa ciudad que se extendía junto al palacio imperial.

»Pasé el resto del día sobrevolando sus calles y sus casas, y pude observar que muchos asuntos no andaban bien, por lo que me propuse enmendarlos. Sin embargo, la curiosidad que me empujaba a saber lo que estaba ocurriendo en el harén me venció finalmente y decidí volver de nuevo allí cuando ya estaba anocheciendo. Cuál no sería mi sorpresa al ver, bajo el resplandor de mil velones que iluminaban una inmensa sala, el cuerpo de la dama altiva que había visto por la mañana, totalmente recubierto por unas manchas lívidas y tendido en el interior de un ataúd de madera. El sultán, tan pronto daba muestras de una muda aflicción y derramaba un torrente de lágrimas, como echaba espumarajos por la boca jurando que descubriría la mano atroz que había truncado los días de su favorita. Todas sus mujeres, que se encontraban formando círculos alrededor del catafalco fúnebre, sollozaban desconsoladas y expresaban con exclamaciones entrecortadas por gemidos los más conmovedores elogios sobre la difunta sultana. Nurjehán no era precisamente la que demostraba menos dolor, ni la que menos se prodigaba en sus alabanzas. La miré fijamente, leí los pensamientos de su corazón y la rodeé con mi secreta influencia. Al instante empezó a revolcarse por el suelo como una verdadera posesa y se acusó de haber echado veneno en un cuenco de helado que se estaba preparando para su rival; añadió que aquel cruel acto había sido inducido por un sueño que había tenido, en el que la favorita del sultán la encerraba en la gruta negra para después entregarla a un

tratante de esclavos. El sultán, furioso, ordenó que se llevasen a la culpable fuera de su presencia y que la estrangularan inmediatamente. Yo no intervine en aquella decisión y regresé, confusa y pensativa, a mi torre.

»“¡Ah! —pensé para mis adentros—. Asfendarmod tenía mucha razón cuando me decía que hacer el bien a los hombres era una tarea penosa, pero tenía que haber dicho que era difícil saber, si no se estaba causando un mal cuando se pretendía hacer un bien. He impedido una venganza cuyo desenlace no tuvo límites ante los celos que la habían inspirado, y por esa misma razón era la causante del ajuste de cuentas de una mujer furiosa que, movida por lo que ella creía un sueño, había cometido un horrible atentado. ¡Qué clase de seres perversos son estas criaturas de arcilla a las que he consagrado mis atenciones! ¿No sería mejor dejar que se devoraran los unos a los otros y vivir como mi hermana, disfrutando de una felicidad en unión con una naturaleza tan perfecta como la nuestra? Pero, ¿qué digo?, ¿acaso puedo escoger? ¿No dijo mi padre que la elección que había hecho era irrevocable? Entonces, ¿qué podría hacer? No siempre conseguiré leer los corazones observando las expresiones de los rostros. Descubriré las grandes pasiones por medio de sus arrebatos involuntarios, pero mi vista no será capaz de reconocer la malicia premeditada. Es cierto que mi influencia misteriosa provoca el remordimiento e induce a confesar el crimen, pero eso ocurre cuando ya han sido cometidos. Mi poder no es capaz de desvelar las malas intenciones y, por otra parte, las mías, por buenas que sean, pueden desencadenar mil males.”

»Estos pensamientos me atormentaban noche y día; permanecía inactiva en mi torre y las escenas que contemplaba no lograban provocar mi compasión o mi interés; mis impulsos cedían ante el temor de cometer algún error. Si veía a un gran visir urdir perversas cábalas para hundir a aquél que deseaba usurpar su puesto o, por el contrario, ver a éste emplear el halago o la calumnia en contra del primero, siempre me sentía dispuesta a emprender el vuelo para desbaratar aquellos planes; pero me detenía repentinamente ante la idea de que quizá su rival fuera aún más miserable que él y que tal vez oprimiría con mayor crueldad a los pueblos. Eso sería exponerme a que en el gran día del juicio se oyeran innumerables voces clamando en mi contra: «¡Alá, vénganos!» Los acontecimientos que se fueron sucediendo en el transcurso del tiempo, y que yo observaba con gran atención, justificaron casi siempre mis previsiones.

»Un día, observando la floreciente ciudad de Chiraz, vi en una casa, que destacaba por su limpieza, a una mujer cuya modesta belleza y encanto personal me agradaron. Acababa de entrar en una habitación llena de adornos, en la que había un pequeño oratorio, cuando su actitud atrajo mi atención. Una vez allí, se puso de rodillas y empezó a rezar con asombroso fervor; de pronto su marido entró forzando la puerta que ella había cerrado por dentro, la agarró del pelo y, sacando un látigo de cuerdas que llevaba escondido debajo de su túnica, le dio mil azotes. Al contemplar semejante barbarie, no pude contenerme y corrí a socorrer a aquella infortunada

mujer. Llegué junto a ella en el momento preciso en que se oyó un sonoro estornudo procedente de un gabinete oculto por una estera de Indias. Al oír este ruido, el marido se precipitó hacia aquel lugar y sacó del cuartucho oscuro a un faquir de aspecto repulsivo. Su cabello era crespo y sucio, su barba rojiza y repugnante, su tez aceitunada y grasienta, y su cuerpo casi desnudo estaba lleno de cicatrices. El enfurecido persa se quedó tan perplejo como yo a la vista de semejante individuo. Lo contempló algunos instantes sin decir nada y al final exclamó:

»—Así que éste es, mujer infame, el apuesto galán por el que se inclinan tus preferencias. Estaba seguro de que había un hombre encerrado contigo, pero no esperaba encontrarme tal monstruo. Y tú —añadió dirigiéndose al faquir—, *¿cómo* has tenido la desfachatez de entrar en mi casa?

»—He venido —respondió el hipócrita sin inmutarse—, a hacer lo que tú haces mejor que yo. La flagelación es un acto meritorio, mortifica el cuerpo, y en consecuencia, eleva el espíritu hacia el cielo. He venido a aplicársela a tu mujer, que me confía sus pequeñas debilidades espirituales. Por esta razón he traído este instrumento de penitencia, pero te has adelantado a mí; tu mujer ya ha tenido bastante por hoy, de modo que me retiro.

»Y diciendo esto sacó de una especie de cinturón, que constituía todo su atuendo, un gran látigo ennegrecido y dio unos cuantos pasos hacia la puerta. Automáticamente, el marido le detuvo; estaba confuso e inseguro. Al ver aquello, su mujer se lanzó rápidamente a sus pies y exclamó:

»—¡Oh, querido esposo! Acabad con mi vida dándome más latigazos, pero no os echéis a perder atacando a este hombre de bien, que es amigo de nuestro santo Profeta. ¡Oh, guárdate de la maldición que caerá sobre tu cabeza si osas agraviarlo!

»—¿Qué significa todo esto? —exclamó el pobre persa, totalmente trastornado y casi convencido de la inocencia de su mujer—; yo no me asusto tan fácilmente. Deja ya tus imploraciones y explícame cómo ha llegado este supuesto santo hasta ti, y desde cuándo lo conoces. Me gustaría creer que no eres tan culpable como él me ha parecido desde un principio, pero quiero conocer los detalles y, sobre todo, quiero sinceridad.

»Sinceridad no faltó, pues en ese momento toqué con mi varita a la pérfida esposa, la cual vació su corazón y confesó, elevando el tono de voz:

»—Sí, amo con locura a este vil seductor como jamás te he amado a ti, ¡oh, tirano de mis días! Cien veces he besado sus legañosos ojos y su lívida boca; en una palabra, le he entregado tus riquezas y a mí misma. Él, a cambio, me ha enseñado a burlarme de Alá y de su Profeta, a proferir las más abominables blasfemias y a reírme de lo más sagrado. Sabía que me vigilabas y me dediqué a rezar para engañarte, no contando con que se produjera el desagradable incidente que acaba de ocurrir. Éstos son mis crímenes; me horrorizan y me he visto obligada a confesártelos. Que mi cómplice niegue los suyos si se atreve.

»El faquir, aunque atónito, abrió la boca para responder. No sabía lo que iba a

decir, pues no me había tomado la molestia de someterle a mi influencia. El persa, exasperado, no le dio tiempo a pronunciar sílaba alguna. Lo agarró por la cintura y lo tiró por el balcón. Su mujer siguió el mismo camino. Ambos cayeron desde una altura considerable a un patio de piedras puntiagudas y quedaron destrozados.

»Regresaba pensativa a mi torre, cuando me sorprendieron unos lastimosos gritos que provenían de un espeso bosque. Corrí hacia allí y me encontré con un joven, más hermoso que los ángeles del séptimo cielo, que se defendía del ataque de tres negros, cuyos sables resplandecientes le habían producido ya varias heridas, mientras le gritaban:

»—¿Dónde está vuestro hermano? ¿Qué habéis hecho con vuestro hermano?

»—¡Bárbaros! —respondió el joven—. ¡Ay!, él está en el mismo lugar al que queréis enviarme. Lo habéis asesinado y ahora queréis matarme a mí.

»Estas palabras me impresionaron. El aspecto del hombre que las pronunciaba, aunque despavorido, era tan interesante que me sentía obligada a defenderle. Cuando me disponía a arrebatárselo a sus enemigos, por detrás de unos matorrales apareció otro joven totalmente ensangrentado que se arrastraba con dificultad.

»—Amigos míos —dijo con voz débil a los negros que corrieron hacia él—, llevadme enseguida al palacio de mi querida Adna para que mi última mirada sea para ella; quiera el Cielo concederme tiempo suficiente para jurarle amor eterno. No podríais vengarme de mejor forma ante mi hermano, que me ha dado muerte para impedir esta boda y apoderarse de mi único bien. Veo que os habéis enterado, aunque demasiado tarde, de sus crueles propósitos, y que habéis empezado a castigarle por ello. No acabéis con él. Dejemos que su sangre corra en este lugar apartado. En estas circunstancias no tenemos ninguna obligación de auxiliarle.

»Los negros obedecieron y se llevaron a su señor. El criminal quedó tendido en el suelo, pálido y aterrado, como un espectro salido del mismísimo infierno, y no sentí tentación alguna de ofrecerle mi ayuda.

»Aquellos dos episodios acabaron convenciéndome de hasta qué punto mis acciones bienhechoras podían estar fuera de lugar. Decidí apelar a la justicia de Asfendarmod y explicarle el cambio que tales acontecimientos habían operado en mi corazón.

»No obstante, y conociendo su extrema severidad, pensé que sería mejor ir acompañada de mi hermana, de modo que abandoné la torre y dirigí mi vuelo hacia su retiro.

»La residencia que Ganigul había pedido a mi padre respondía perfectamente a sus deseos. Se trataba de una pequeña isla rodeada por un río de aguas transparentes y bordeado por espinos en flor, cuyo cauce fluía formando siete círculos alrededor de la isla. En el espacio que quedaba entre círculo y círculo, crecía una hierba tan fresca que a menudo los peces abandonaban las ondas plateadas para juguetear sobre ella. Varias especies de animales pacían en aquellas praderas salpicadas de flores. Cada especie se encontraba tan feliz entre los límites que le habían sido asignados que a

ninguna se le ocurría franquearlos. La isla entera era al mismo tiempo un parterre y un vergel. Parecía que los arbustos aromáticos habían entablado una buena amistad con los árboles frutales, pues entrelazaban estrechamente sus ramas. Las flores más delicadas bordeaban las playas, cubiertas por una arena cuyo color recordaba al oro puro. Un cenador rodeado de naranjos y de mirtos, al que una enredadera de rosas gigantescas servía de empalizada, constituía el palacio de mi hermana y el lugar al que se retiraba por las noches en compañía de seis Peris que habían sido puestas a su servicio. Aquel delicioso refugio estaba situado en el centro de la isla. Un arroyo, que se formaba en la entrada por la confluencia de miles de hilillos de agua, lo atravesaba y volvía en la salida a dividirse. Como sus olas apresuradas se deslizaban sobre un lecho de gravas desiguales, se producía un murmullo que armonizaba a la perfección con el canto melodioso de los ruiseñores. A ambos lados del arroyo había unos lechos de flores deshojadas y de plumas de diversos colores que los pájaros habían dejado caer de sus livianos cuerpecillos y sobre las que se podía dormir voluptuosamente. Aquí es donde Ganigul se retiraba a menudo en pleno día, para entretener su ocio leyendo los maravillosos anales de los Ginns, las crónicas de mundos ya desaparecidos y las profecías de mundos futuros.

»Después de los agitados días pasados en mi torre, me pareció que una nueva vida se iniciaba para mí en aquella morada tan apacible. Mi hermana me recibió con mil caricias y sus amigas no fueron menos solícitas conmigo en procurarme entretenimientos. Tan pronto desafiaban a una carrera a los animales más veloces como unían sus voces celestiales al canto de los pájaros. Jugueteaban con las cabras, que al igual que las ovejas y las vacas se apresuraban a ofrecerles sus ubres llenas de leche y competían en agilidad con las vivaces gacelas. Entre todos aquellos animales que les procuraban una diversión diaria, no podía faltar el perro fiel y cariñoso, y el gato dócil y ágil; pero ninguno era tan encantador como un pequeño leiki[20], que no se separaba nunca de la afortunada Ganigul. El divino gorjeo de aquel pájaro encantador y los brillantes colores de su plumaje no eran comparables con la enorme sensibilidad de su corazón y con el instinto sobrenatural que un poder superior había tenido a bien concederle. Cuando descansaba en el regazo de su dueña o revoloteaba alrededor de los mirtos que le brindaban su sombra, articulaba versos de una variedad infinita, cuyas órdenes parecía esperar con ansiedad. El batir de sus alas expresaba su alegría cuando se le requería para algo, y volaba como un rayo en busca de las flores o los frutos que Ganigul le pedía; los traía en su pico encarnado, que introducía después amorosamente entre los labios de su dueña como compensación a sus esfuerzos. Alguna vez yo también fui objeto de sus caricias, que le devolvía complacida, aunque suspirando por no poder disfrutar en mi soledad de una compañía como aquella.

»Mi hermana me aconsejó sabiamente que, como se iba a celebrar en aquellos días la gran asamblea de los Peris que debía presidir Asfendarmod, sería conveniente aplazar la visita que pensábamos hacerle para una mejor ocasión.

»—Mi querida Homaiuna —me dijo un día—, no es necesario que te tenga que decir cuán grande es el cariño que te profeso, y también sabes de sobra que no hay nada en el mundo que desee más que tu compañía. ¡Ojalá el Cielo hubiera permitido que escogieras, como yo, la paz y la tranquilidad de este retiro! ¡Ojalá mi padre te permita compartir sus delicias! Sin embargo, te aconsejo que perseveres más en la forma de vida que has escogido. De este modo, o encuentras en ello satisfacciones inesperadas, o tendrás nuevas razones que alegar ante el severo Asfendarmod para que te exima de tu elección. Por lo que se refiere a tu partida, demorémosla tanto como sea posible; disfruta entretanto de mi amistad y de todo lo que me rodea. El arte está excluido de mis dominios, pero la naturaleza suple su carencia. Poseo todo lo que había deseado e incluso más, pues no contaba con el regalo que un feliz azar me ha deparado.

»—Sin duda, te estás refiriendo a tu querido pájaro —dije emocionada—; ¿cómo lo conseguiste?

»—¡Oh!, será un placer contarte la historia —me respondió—. Cada vez que lo recuerdo, experimento un nuevo gozo. Estaba sentada a la sombra de esta gran lila, cuyas flores difunden un olor tan agradable, cuando de pronto el cielo se engalanó con unos colores más vivos y más rosados que los de la aurora más brillante. Una luz, cuya intensidad no podría describir, propagó por doquier una alegría y una felicidad difíciles de imaginar. Parecía venir directamente desde una especie de santuario, y hasta me atrevería a decir que del trono del mismo poder supremo. Al mismo tiempo se escucharon los acordes de una armonía divina, sonidos cautivadores e indefinidos que se perdían en la vaguedad del aire. Una nube de pájaros, casi imperceptible, surcó el firmamento. Era el rumor producido por el aleteo de sus innumerables alas, unido al murmullo de sus cantos, lo que me había producido el éxtasis. Mientras mi espíritu se recreaba en el placer de aquellas maravillas, un pájaro se apartó del grupo y cayó extenuado a mis pies. Lo recogí con cariño, lo apreté contra mi pecho para devolverle el calor y le animé a reemprender el vuelo, pero no quiso abandonarme; siempre volvía a mi lado y parecía desear mostrarme constantemente su agradecimiento por mis cuidados. Su forma, como puedes ver, es la de un leiki, pero sus virtudes interiores pueden igualarse a las de los seres más privilegiados. Una inspiración celestial parece sugerir su canto; su lenguaje es el del empíreo, y las sublimes poesías que recita se parecen a las que entonan las Inteligencias bienaventuradas en el seno de la gloria y de la inmortalidad. Y con todo lo maravilloso que es, y en un país donde todo son prodigios, me sigue y me sirve como si se tratara del esclavo más sumiso. Soy el objeto de su más tierna gratitud, y él lo es de mi admiración y de mis atenciones. ¡Ah, con cuánta razón se le llama pájaro del amor!

»Estas últimas palabras me provocaron una turbación que me costó bastante trabajo disimular. La envidia se apoderó de mi alma. Sin duda, me había contagiado de los hombres, pues aquella pasión envilecedora no era conocida en mi patria. Mi tristeza me amargaba, prefería estar sola y ni siquiera me soportaba a mí misma. Por

las noches salía del cenador siempre florido de mi hermana para vagar sin rumbo entre abismos de follaje. Me molestaba la brillante iluminación producida por miles de luciérnagas, y con gusto habría aplastado a aquellos insectos, cuyas sorprendentes concentraciones y maravillosas virtudes antaño admiraba. Era la oscuridad lo que necesitaban mis vergonzosas fantasías. «¡Oh, Ganigul! —me decía—. ¡Qué feliz eres y qué desdichada soy! ¡Qué diferencia entre esta apacible isla y mi torre, entre tu dulce ocio y mi continua inquietud, entre estos objetos siempre risueños, estos animales inocentes y fieles que te rodean, y aquella tierra inaccesible, poblada de hombres perversos e ingratos que siempre tengo a la vista! ¡Ah, necesito a ese adorable pájaro más que tú! Tú tienes amigas que se desvelan por agradarte y un número infinito de criaturas para tu diversión; ¿por qué no podría tener yo una al menos que me ofrezca todo eso? Sí, lo tendré, te lo quitaré, porque seguramente te negarías a dármelo. Me lo llevaré conmigo y no te faltará consuelo en este lugar paradisíaco.»

»Aunque en principio rechacé con horror la idea de cometer semejante crimen, me fui acostumbrando insensiblemente a ella y muy pronto se me presentó la funesta ocasión de cometerlo. Un día, estando sola en un pequeño bosque de jazmines y granados, el leiki acudió allí a coger algunas flores. Lo llamé y voló hacia mí; enseguida le até las patas y las alas con un fino tallo y lo oculté entre mis pechos. Cuando me disponía a emprender mi vuelo de huida, escuché la voz de mi hermana que me llamaba. Un temblor generalizado se apoderó de mí y ya no pude dar un solo paso.

»—¿Qué quieres? —grité con voz apenada.

»—¡Ah! —exclamó Ganigul con ternura, mientras se acercaba a mí con paso rápido—. ¿Por qué buscas de este modo la soledad? En nombre de nuestra amistad, déjame compartir tus penas.

»—No —repliqué yo muy nerviosa y apretando con todas mis fuerzas al tembloroso pájaro contra mi pecho para impedir que gritara—, ya no te importunaré más con mi presencia. Adiós, me voy.

»Al terminar de pronunciar aquellas palabras, una extensa nube negra cubrió el firmamento y oscureció la brillante vegetación que me rodeaba, mientras que los silbidos de una enorme tempestad estremecían el aire. En esto, apareció mi padre, traído por un meteoro cuyo sorprendente fulgor tiñó todo lo que nos rodeaba del color del fuego.

»—¡Detente, desdichada! —me gritó—. Deténte y contempla la víctima inocente que acabas de inmolar a tu bárbara envidia.

»Miré y… ¡oh, horror! ¡Acababa de asfixiar a aquel pájaro tan maravilloso y tan querido!

»En un instante se me nubló la vista, me tambaleé y caí al suelo como muerta.

»Cuando la voz retumbante de Asfendarmod me devolvió el sentido, ya no pude ver a mi hermana, ni a sus amigas, ni al funesto leiki; me encontraba a solas con mi

inexorable juez.

»—Hija criminal —me dijo—, ve y arrástrate por la tierra en la que sólo Alá puede regir los destinos y de la que sólo has aprendido los vicios. Examina pacientemente a los hombres antes de pretender protegerlos. Entre ellos conservarás alguno de los privilegios inherentes a tu ser, pero estarás expuesta a muchos de sus más crueles sufrimientos. Y vosotros, vientos misteriosos, poderes invisibles, ejecutores de mis órdenes, llevadla hasta la tenebrosa morada de los humanos. ¡Ojalá que su paciencia y su sabiduría le permitan recuperar su derecho a vivir en nuestras regiones luminosas!

»Tras aquel fallo fulminante, me hinqué desesperadamente de rodillas, y como no podía hablar, alcé las manos suplicantes hacia mi padre. De pronto me envolvió un torbellino invisible, pero que yo podía palpar; me sacó del lugar donde me encontraba y siguió girando a mi alrededor haciéndome rodar hacia abajo durante siete días y siete noches. Pasado este tiempo, fui depositada en la cúpula de un palacio que dominaba una inmensa ciudad. Supe que había llegado a mi destino y me resigné con toda humildad ante el sino que había merecido.

»Me puse enseguida a inspeccionar lo que me rodeaba, y lo primero que me llamó la atención fue la lúgubre atmósfera que reinaba en toda la ciudad; hombres, mujeres, niños y ancianos se habían puesto ceniza en la cabeza y corrían apresuradamente de acá para allá. Poco a poco se fueron congregando en la plaza situada frente al palacio; parecían estar a la espera de algún acontecimiento extraordinario. Como no estaba segura de haber conservado el don de desplazarme como quisiera a cualquier parte, intenté temblando ponerlo a prueba, con el deseo de verme confundida en medio de aquella multitud. Al instante me encontré en la plaza, al lado de un enorme eunuco negro que intentaba mantener el orden golpeando con bastón a diestro y siniestro. A pesar de su aspecto hosco, su fisonomía me agradó. Deseé que me viera, y me miró.

»—¿Qué haces aquí, jovencita? —me preguntó en un tono medio gruñón y medio amigable—. ¡Cómo! ¿Y además sin velo? ¡Igual que una jovencita carente de juicio! Sin embargo, si tu apariencia no me engaña, pareces decente. Ven enseguida conmigo al palacio; no podrás evitar que te insulten si te quedas entre la multitud. Además, me encantan las aventuras, y seguro que tú puedes contarme las tuyas.

»Agaché la cabeza en señal de sumisión, me agarré a la túnica del eunuco y me dispuse a obedecerle. El eunuco se abrió paso a fuerza de golpes. A una orden suya, los guardias me dejaron pasar y me condujo a su aposento, donde la limpieza era impecable.

»—Siéntate —me dijo—; debes estar cansada. En estos momentos no tengo mucho tiempo para escuchar una larga historia, así que dime en pocas palabras quién eres y cómo es que estabas medio desnuda, por lo que he podido ver, y sola en medio de la chusma.

»—Yo soy —le respondí—, la desdichada hija de un príncipe muy poderoso que vive muy lejos de aquí. Fui apartada de su lado por no sé quién. Me han obligado a

viajar días enteros, y con tal rapidez que no pude fijarme en la ruta que seguíamos, para terminar abandonándome aquí en el mismo estado en que estaba cuando me sacaron de mi patria y en el que tú mismo puedes verme, aunque menos desgraciada de lo que creía, si puedo conseguir tu alta protección.

»—En efecto —dijo Gehanguz (pues tal era el nombre del eunuco)—, la ropa que llevas puesta es hermosa. Además, tienes un aire de grandeza acorde con lo que acabas de contarme sobre tu nacimiento; pero sé sincera y dime si tus raptores te han ultrajado durante el viaje.

»—¡Oh, en absoluto! —le respondí—. Se trataba de una confabulación inspirada por la venganza, y la maldad no deja lugar a otras pasiones.

»—Esto es todo por el momento —dijo Gehanguz—. Me da la impresión de que no careces de inteligencia, y de que podrías serme tan útil como yo a ti. Descansa, toma algún refrigerio y vístete de forma adecuada. Te veré dentro de unas horas.

»Dicho esto, dio algunas palmadas, impartió algunas instrucciones a varias muchachas que aparecieron al instante, y se fue.

»Las muchachas se acercaron a mí con mucho respeto, me metieron en el baño, me frotaron con preciadas esencias, me volvieron a vestir con maravillosas ropas y me sirvieron una excelente colación. Mientras tanto yo guardaba un profundo silencio, sumida en el abismo de mis tristes pensamientos. «¿Qué puedo hacer? —me decía—. ¿Me quedaré aquí bajo la protección de Gehanguz? Me parece una buena persona, aunque ya he aprendido a desconfiar de las apariencias de los hombres. Siento que puedo dirigir mi vuelo hacia cualquier lugar habitado de la tierra, pero en todas partes encontraré seres humanos y sufriré la misma inquietud. ¿No sería mejor, ya que merezco el castigo que mi padre me ha impuesto, sufrirlo con todas sus consecuencias y abandonarme a mi suerte, prescindiendo de mi poder sobrenatural excepto en las ocasiones en que resulte inevitable? Por otra parte, los terribles ejecutores de las órdenes de Asfendarmod me han traído a este lugar, y ésta es una razón de más para quedarme aquí e intentar reconquistar, mediante una resignación sin límites, los felices dominios cuya entrada no me ha sido vedada para siempre.»

»Finalmente, el cansancio cerró mis párpados; un feliz sueño me llevó de nuevo a Shadukán. Estaba con Ganigul, bajo su cenador de naranjos y mirtos; me miraba con ojos tristes y compasivos, mientras el leiki revoloteaba a su alrededor, lanzando gritos lastimeros. Ganigul trataba de calmarlo y yo me eché a sus pies; entonces ella me estrechó entre sus brazos y me apretó contra su pecho con infinita ternura; cuando me encontraba en pleno éxtasis causado por aquel abrazo, la voz del eunuco me despertó.

»—¡Vamos! —me dijo en un tono bastante hosco, aunque no carente de amabilidad—. Hablemos un poco de ti, y para ello empieza por decirme cuál es tu nombre.

»—Me llamo Homaiuna —le respondí, lanzando un profundo suspiro—. Sin duda cometieron un error al llamarme así.

»—¡Oh, en absoluto! —exclamó Gehanguz—. No hay felicidad que dure toda la

vida sin sufrir un solo revés. Tú acabas de soportar el tuyo y, a partir de ahora, tendremos éxito en todos nuestros proyectos. Te voy a explicar un poco de qué se trata. Te encuentras en la famosa ciudad de Chucán, capital del más grande y del más rico país que existe en la península del Indo. El rey, que hasta hace unos días gobernaba aquí, contaba con otros veinte reyes que le rendían vasallaje, innumerables elefantes, tesoros incalculables y una multitud de súbditos trabajadores y sumisos. Pero todo esto no ha bastado para impedir que se durmiera como cualquier otro hombre. Esta mañana lo hemos colocado en su lecho de largo descanso y ésa es la razón por la que has visto a todo el pueblo de luto.

»—Eso quiere decir —le interrumpí—, que vuestro gran monarca ha muerto y que acabáis de enterrarle.

»—Pero ¿qué estás diciendo, desdichada? —exclamó el eunuco con aire malhumorado—, ¿cómo te atreves a pronunciar palabras tan inoportunas y desagradables al oído? Esas palabras están desterradas de Chucán. Guárdate de pronunciarlas en esta ciudad o desmentirás lo que pretendo contar sobre tu nacimiento y sobre la elevada educación que se te supone.

»—No temas —contesté con una sonrisa—; sabré adaptarme a una costumbre tan delicada.

»—¡Muy bien! —continuó en tono más suave—. Debes saber que nuestro buen rey no tuvo más descendencia que dos hijas gemelas, iguales en su encanto y belleza. Ya sea porque quiso evitarse el desagradable trance de tener que elegir entre ellas, ya sea porque tuvo sus razones para no hacerlo, el caso es que jamás se manifestó sobre cuál de las dos habría de heredar la corona. No obstante, poco antes de su último sueño, mandó llamar a cuatro ancianos cuya profunda sabiduría nadie había desmentido durante los cincuenta años en los que habían desempeñado el cargo de visires del rey, y les entregó el sagrado pergamino que contenía sus últimas voluntades, debidamente lacrado con los veintiún sellos del imperio. Se acaba de abrir hace tan sólo unos momentos y aún no se ha tomado ninguna decisión.

»—¿Cómo? —le dije—. ¿Es que el rey no ha nombrado un sucesor?

»—No —respondió Gehanguz—. Lo único que ha dejado a sus hijas es un problema que resolver, que, por lo que me han asegurado, es bastante engorroso, con la orden expresa de que aquella de las dos que mejor salga del apuro, según su opinión, de la que también son depositarios los cuatro visires, será declarada reina absoluta de Chucán y de sus provincias. Ya había sido, en parte, informado sobre el asunto por una de las sultanas favoritas del rey, que siempre me ha protegido, más por mis atenciones que en consideración a mi cargo de jefe de los eunucos. Pero como ni siquiera ella conocía la cuestión propuesta, no ha podido revelármela. A juzgar por el comportamiento de las princesas, que son las únicas que han hablado con los cuatro visires, el problema a resolver debe ser muy complejo. A la salida del Diván, parecían sumidas en profundas meditaciones. Incluso se les ha oído comentar entre ellas y en voz baja que los cuarenta días acordados no serán suficientes para reflexionar sobre la

repuesta que tendrán que dar. Así están las cosas —añadió Gehanguz—, y éste es mi plan; te alojaré en compañía de las dos princesas, que viven juntas en una unión aparentemente perfecta; ellas te recibirán encantadas, pues siempre andan buscando alguna novedad y están cansadas de sus esclavas. Te ganarás sus simpatías y repartirás tus atenciones entre las dos, de manera que la que llegue a ser reina conserve su estima hacia ti. Les hablarás a menudo de mí y desbaratarás, en la medida de lo posible, cualquier crítica que me hagan esas cabezas de chorlito que las rodean. Si descubres que una de las princesas simpatiza conmigo más que la otra, la ayudarás con tus consejos y yo aportaré los míos en caso de que llegara a confiarte la gran pregunta a la que tienen que responder. En cualquier caso, les hablarás bien de mí a las dos. Por lo poco que me has contado, deduzco que eres inteligente y tu mirada corrobora aún más mi impresión; por lo tanto, te resultará fácil ejercer sobre las princesas la influencia que toda mente privilegiada ejerce de forma natural sobre las más débiles. De este modo, me ayudarás a conservar mi puesto y serás la favorita de una gran reina, que es una posición nada desdeñable. Por lo demás, no es la ambición y aún menos el interés lo que me mueve a actuar de esta manera; es el deseo de que se mantenga en el harén el admirable orden que he conseguido implantar. Moriría de desesperación si alguna mente malintencionada viniera a destruir una obra que me ha costado esfuerzos inimaginables. Tú misma comprobarás el resultado de mis desvelos, y no dudo que te decidirás a ayudarme movida por un sentimiento de justicia, y yo tendré que estarte eternamente agradecido.

»Había escuchado atentamente a Gehanguz; había observado sus ojos para ver si descubría esa sombra de indecisión que suele delatar a las malas intenciones y lo único que encontré fue un alma ardiente, sencilla y sincera. No obstante, decidí limitarme a cumplir los cometidos que me había encomendado, y hacerlo solamente en la medida que lo mereciera.

»Aquel mismo día, el eunuco me presentó a las princesas Gulzara y Rezié, y les hizo tales elogios de mí que no podría haberlos hecho mayores en caso de haber conocido mi verdadera identidad. Cada vez que inventaba algo sobre mi intelecto o mis talentos, no podía evitar mirarle de reojo con una sonrisa, produciéndole cierta turbación; pero sentía lástima por él y le tranquilizaba con otra mirada que le hacía sentir que todo lo que contaba de mí era cierto.

»De este modo, pasé de ser soberana en Shadukán a esclava en Chucán. Mi belleza celestial se transformó en una figura bastante vulgar y mi floreciente juventud en una edad poco atractiva; tendría que permanecer en este exilio y bajo esa apariencia durante un tiempo indefinido, soportando penalidades que desconocía y que ni siquiera podía imaginar. La caída era terrible, pero yo misma me la había buscado y no me atreví a murmurar palabra alguna de protesta.

»En un principio, mis nuevas señoras hicieron una gran amistad conmigo. Les relataba cuentos para entretenerlas y experimentaban un enorme placer cuando cantaba acompañando mi melodiosa voz con el laúd. Cuando les confeccionaba algún

nuevo atavío, parecían aún más bellas con ellos; los refrigerios que les preparaba tenían siempre un sabor distinto y agradable. Al ver aquello, el pobre Gehanguz se quedaba con los ojos desorbitados y se extasiaba de sorpresa y de gozo.

»Gulzara me gustaba mucho más que su hermana, pero tenía mis buenas razones para desconfiar de ese impulso involuntario que nos atrae hacia algo o alguien y que la mayoría de las veces nos engaña. No me enfadé cuando las dos princesas se pusieron a discutir sobre quién de ellas me tendría más tiempo a su disposición. Esto me brindó la oportunidad de conocerlas mejor; no desperdicié la ocasión y pronto llegué a la conclusión de que, por una vez, mi tendencia me había guiado correctamente. Bajo su apariencia de seductora afabilidad, Rezié ocultaba un malvado corazón y hubiera sido capaz de engañar a todos de no ser por sus violentas pasiones, que a veces le provocaban arrebatos de furia. Cuando su vanidad dejó que se persuadiera de que yo prefería a Gulzara, me entregó su confianza y me reveló el problema que les había planteado el rey, su padre, así como la respuesta que había pensado dar. Complacida, comprendí entonces que nunca sería reina. ¡Merecía tan poco serlo! Todos sus proyectos resultaban injustos para su pueblo y llenos de malicia hacia su hermana. Gulzara, más reservada, no me otorgó con tanta facilidad su confianza; tuve que ganármela a base de atenciones y perseverancia, lo cual no me costó ningún trabajo, pues le tenía afecto y deseaba poder serle útil. En un tono sencillo, sincero y persuasivo, terminó por confesarme que no tenía ninguna ambición y que sólo deseaba convertirse en reina para poder hacer el bien; pero que, sobre ese particular, confiaba plenamente en su hermana y que ni siquiera se había tomado la molestia de pensar en la cuestión propuesta por el rey, su padre. Todo lo que me decía hacía que la viese tan digna de reinar que me vi en la obligación de sugerirle amistosamente que debía aspirar al trono y someterse así a la última voluntad del rey. Mas no conseguí convencerla hasta que le expliqué el enrevesado problema de un modo que pareció dejarla particularmente satisfecha.

»El día en que este trascendental asunto debía resolverse, la ciudad retumbó con los ruidosos instrumentos típicos del país y la multitud se congregó de nuevo, bulliciosa como un enjambre de abejas asustadas. Gehanguz me llevó aparte y me preguntó si sabía algo de lo que iba a suceder.

»—Tranquilízate —le dije—, todo irá bien y tú conservarás tu puesto, porque estoy convencida de que te mueven buenas intenciones.

»Al oír estas palabras, el eunuco se puso a brincar igual que un corzo y corrió a abrir la puerta del Diván a las princesas. Yo le seguí.

»Allí se encontraba ya reunida la asamblea y el espectáculo era de lo más impresionante. Al fondo de una inmensa y misteriosa sala se alzaba un trono de esmalte azul sembrado por una infinidad de fósforos a modo de estrellas, cuyo fulgor era menos intenso que prodigioso. Cuatro columnas, dos de jaspe sanguíneo y dos del más puro alabastro, sostenían aquel trono simbólico. Enseguida me di cuenta de que aquello era obra de los Ginns y comprendí que las columnas rojas representaban la

severidad, las blancas la clemencia, y las estrellas eran aquella luz sublime que emana de todo buen monarca, que únicamente debe iluminar a su pueblo. Los cuatro ancianos visires, que llevaban consigo las órdenes del rey dormido, se encontraban de pie en el interior de un enrejado que rodeaba el trono y que se hallaba guarecido por puntas de acero. A unos pocos pasos de allí se habían dispuesto unas alfombras semejantes a las que se utilizan en las mezquitas para la oración y sobre las que estaban arrodillados los embajadores de los veinte reyes tributarios de la corona de Chucán. Las autoridades del Estado, con sus cuerpos inclinados y un dedo puesto en los labios, se encontraban a una mayor distancia del trono.

»Las princesas avanzaron hacia las rejas de acero, con la mirada baja y los brazos cruzados sobre el pecho. Entonces, uno de los visires, después de enseñar a la asamblea la firma del rey estampada con grandes caracteres sobre un pergamino transparente, leyó en voz alta las siguientes palabras:

»“Rezié y Gulzara, no he querido decretar quién de vosotras dos ha de franquear las puntas aceradas que rodean el regio sitial. Os dejo decidir libremente vuestro propio destino. Responded: ¿quién es más digna de reinar, una princesa virgen que se casa, ama a su marido y da una sucesión al trono, o una princesa virgen que no se casa, pero que tiene innumerables hijos e hijas a los que quiere como a la niña de sus ojos?”

»—Venerables ancianos —dijo Rezié—, como podéis ver, el rey no pretendía más que divertirse al proponernos esta extraña pregunta, pues sólo una mujer casta y fiel a su marido merece ocupar el trono. Sin duda, mi hermana piensa igual que yo; por lo tanto reinaremos juntas, si así lo creéis conveniente.

»Los visires permanecieron mudos y se volvieron hacia Gulzara, quien con aire de humildad dijo lo siguiente:

»—Yo creo que el rey, nuestro padre, ha querido insinuar que una princesa que no fuera capaz de ser madre más que de sus súbditos, que procurara hacerles felices durante su vida antes que darles señores para después de su muerte, y que no tuviera otras preocupaciones que las del bien público, ésa sería la princesa verdaderamente digna de proclamarse reina. Prometo que jamás me casaré y que no tendré más hijos que mis súbditos.

»Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, cuando los cuatro visires abrieron impetuosamente la puerta del enrejado y se lanzaron a sus pies, exclamando con todas sus fuerzas:

»—¡Honor y gloria a Gulzara, reina de Chucán! ¡Ojalá la felicidad sonría siempre a nuestra reina!

»Los embajadores y las autoridades repitieron aquellas exclamaciones con mayor fuerza; las voces llegaron hasta la multitud de curiosos que se agolpaba a las puertas del palacio y se produjo un enorme estruendo provocado por los despiadados golpes que se propinaban los unos a los otros. Las bofetadas, los puñetazos e incluso las puñaladas se prodigaban por doquier. Era tal la algarabía que me habría aterrorizado

si hubiera habido algo capaz de aterrorizarme.

»—¿Qué está ocurriendo? —le pregunté en voz baja a Gehanguz—. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

»—No, no —me respondió—; no hacen más que lo que tienen que hacer. Aquí, la costumbre es celebrar los grandes acontecimientos de este modo, para que así queden grabados en el recuerdo. Es una forma de ayudar a la memoria. ¡Afortunados aquellos que pierden un ojo o algún miembro en una ocasión como ésta! Su familia será considerada como una de las más fieles defensoras del Estado y los hijos, al ver estas honorables cicatrices en sus padres, se vanagloriarán de ello de generación en generación. Por lo demás, esta costumbre es muy necesaria, pues el pueblo es tan voluble que todo lo olvidaría si no se tomaran precauciones.

»Entretanto, los cuatro visires habían mostrado a toda la asamblea el escrito del rey como prueba de que la respuesta de Gulzara había sido correcta y que, por lo tanto, tenía derecho a ser proclamada reina. La hicieron subir al trono, a cuyo pie acudió Rezié para rendirle homenaje, con una sonrisa que a todos les pareció de aprobación, pero que a mí me hizo sospechar un solapado despecho. La nueva reina cumplimentó de todo corazón a su hermana, y después alzó tres veces la mano derecha para reclamar la atención de la asamblea y dijo:

»—Venerables consejeros de mi padre, jamás tomaré una decisión importante sin contar con vuestra opinión; pero ¿quién os comunicará mis intenciones? ¿Quién me ayudará a resolver los pequeños detalles necesarios para el bien del Estado? Soy virgen y he prometido serlo siempre. La relación diaria con un hombre no sería nada conveniente. Declaro, pues, a Homaiuna, cuya capacidad conozco, mi primer visir, y quiero que sea investida con todos los poderes inherentes a ese cargo.

»Los cuatro ancianos, así como los veinte embajadores y todos los nobles del reino se mostraron unánimemente de acuerdo con el deseo de la reina. Gehanguz vino hacia mí radiante de alegría y me llevó hasta el primer escalón del estrado real. Todos me elogiaron en voz baja, aunque ninguno de ellos me conocía personalmente. Entonces, Rezié no pudo contenerse y pidió permiso para retirarse. Al pasar me dijo en voz baja:

»—¡Vaya!, ¿es ésta otra invención tuya, miserable esclava? Pagarás cara tu presunción y tu insolencia.

»Aparenté no haber escuchado aquella amenaza insultante y decidí no mencionársela a Gulzara, que se habría sentido afligida e inquieta, pues grande era mi admiración por aquella adorable princesa de la que no me esperaba en absoluto el noble compromiso que se había impuesto.

»—¿Por qué, majestad? —le pregunté cuando estuvimos a solas—. ¿Por qué habéis prometido no casaros jamás? Habría sido suficiente dar una respuesta acorde con las ideas del rey, vuestro padre.

»—Este sacrificio no es tan grande como te imaginas, mi querida Homaiuna; pero no puedo decirte más, porque entrar en detalles envenenaría la herida aún sangrante

de mi corazón, y nosotras debemos ocuparnos de otros asuntos. Presiento que hay algo de sobrenatural en ti y sobre ti recaerá todo el peso de la realeza. Gobierna mi imperio, y si en algo me aprecias, haz que los anales de mi reino se hagan célebres por la equidad de mi mandato. La esperanza de vivir de forma gloriosa en la memoria de los hombres me consolará de no haber sido feliz entre ellos.

»Respeté el secreto de Gulzara y cumplí su desinteresado deseo más allá de sus esperanzas. Su nombre fue conocido en toda la India, pues la prosperidad de su imperio causó la admiración y la envidia de todos los reyes. Los veinte príncipes que le debían vasallaje insistieron en pagar doble tributo, y la mayor parte de ellos lo traía en persona. Sobre las hermosas terrazas, que hacían las veces de techo en los palacios de las principales familias de Chucán, bandas de músicos tocaban sin cesar; allí se cantaban las alabanzas a la reina y se tocaban aires populares para que la gente bailara. Todo esto hacía que Gulzara se encontrara más alegre que de costumbre. En cuanto a Gehanguz, no cabía en sí de gozo y no hacía más que bendecir la hora en la que me había conocido.

»Habían pasado ya cinco años desde que mi buena administración prodigaba todo aquel bienestar, por lo que me sentía feliz al haber logrado al fin proporcionar tanta dicha, cuando una mañana entró en el aposento el fiel eunuco con gesto aterrado.

»—Homaiuna —me dijo—, ven enseguida a las habitaciones de la reina. Gulzara se ha vuelto loca, ríe y llora al mismo tiempo, pasa de un arrebato de alegría a un ataque de desesperación y muestra todos los síntomas de una total demencia. ¡Ay, estamos perdidos! ¡Rezié reclamará sin duda la corona! La gran fábrica de felicidad que has construido en Chucán y mi pequeña obra maestra del harén serán destruidas por igual. ¡Ay, día aciago, día amargo!, ¡ojalá hubiese muerto antes de conocerte!

»Ni siquiera me tomé la molestia de responder a las exclamaciones de Gehanguz y salí corriendo tras él. Gulzara salió a mi encuentro con la mirada extraviada y agarrándome la mano con fuerza, exclamó:

»—¡Ha vuelto…!, ¡no está muerto…!, ¡sólo tiene quemadas sus hermosas cejas y chamuscado el cabello! Pero eso le da un mayor encanto y, ¡quiere verme! ¡Qué inesperada dicha! ¡Ay, no…! ¡Qué abrumadora desgracia! —añadió la reina, dejándose caer en un sofá mientras derramaba un torrente de lágrimas—. He renunciado a él para siempre. ¡Ay, y no lo hice por falta de amor, lo hice porque le amaba demasiado! ¿Qué va a ser de mí? ¡Dame tus consejos, Homaiuna! Los seguiré fielmente, o puede que te haga caer en desgracia por habérmelos dado.

»—Calmaos, reina mía —le dije—, y explicaos. No entiendo vuestras palabras ni sé de quién me estáis hablando.

»—¡Oh, tienes razón! —me contestó—. Nunca te había contado mi historia con el príncipe Tograi, sobrino de mi madre, ni cuánto le quise desde mi más tierna infancia y de cómo él correspondía con vehemencia a mis sentimientos. Me dijeron que había muerto en un incendio y ahora vuelve, fiel a sus recuerdos, cuando yo he jurado no casarme jamás. ¿Qué me dirá?

»—Sin duda —respondí—, se verá imbuido por un sentimiento de gratitud cuando sepa que ese gran sacrificio, tan elogiado por su generosidad sin precedentes, ha sido realizado únicamente por él, y lo alabará si es digno de vos.

»—Hablas de ello con demasiada sangre fría, sabia Homaiuna —replicó la reina—, pero el ardor de mis sentimientos no puede soportar ese lenguaje tan crudo. Puedes retirarte y tú, Gehanguz, haz pasar enseguida al príncipe Tograi.

»Obedecí sus órdenes, no sin antes reprocharme, aún más de lo que la reina había hecho, el haber querido hacer frente a una pasión tan exaltada en lugar de haber cedido un poco a su primer impulso.

»Durante tres horas, sin duda las más amargas pasadas desde mi expulsión de Shadukán, me estuve atormentando por mi querida reina y deploré lo inestable de su felicidad, que creía haber cimentado sobre bases inquebrantables. Ella misma fue la que me hizo volver a la realidad, al venir a mi encuentro con los brazos abiertos y anegada en el llanto. Después de haberse calmado un poco, me dijo:

»—He recobrado el juicio, querida Homaiuna, pero mi profundo dolor no desaparecerá tan fácilmente como mi locura. Escúchame, estremécete y compadécete de mí. El príncipe Tograi se ha presentado ante mí como si acabara de bañarse en el eterno manantial de las aguas del profeta Kedder; resplandecía de hermosura, de juventud y, según me ha parecido, de amor. Se ha echado a mis pies para besar el faldón de mi túnica y yo le tendí la mano; creo que le habría abrazado si la presencia de Gehanguz, al que había ordenado que se quedara a una prudencial distancia, no me hubiera detenido. El príncipe leyó en mis ojos las inquietudes de mi corazón, y en lugar de expresar el agradecimiento del cual me hablabas hace un rato, me abrumó con reproches. Le perdoné su arrebato, traté de calmarle y llegué a ofrecerle incluso mi renuncia a la corona de Chucán para unirme a él. Le aseguré con toda franqueza que a su lado jamás añoraría un trono al que debía renunciar, si no quería transgredir la solemne promesa que había pronunciado al aceptarlo. «En efecto —añadí—, cómo iba a poder querer a mi pueblo igual que una madre llena de ternura, cuando mi esposo sería el único objeto de mi amor y de mis pensamientos. La gloria que he adquirido no es más que un consuelo al dolor que me provocaba tu pérdida. Ahora que te he recuperado, puedo olvidarme de ella.» Ahora siento —continuó la reina— toda la vergüenza de mi debilidad. Pero no vas a poder creerlo, Homaiuna. El ingrato Tograi ha intentado abusar de ella; no le ha importado enseñarme su corazón, tan negro como el rostro de un etíope. «¿Renunciar al imperio de Chucán? —exclamó el arrogante príncipe—. ¿Acaso es la reina Gulzara la que habla de ese modo, o es que se complace al recitar una rapsodia digna de los ermitaños del desierto de Hejaz? Dejemos esta farsa y hablemos seriamente. Si has sufrido por mi exilio, si has llorado mi presunta muerte, y si en definitiva me amas tanto como dices, hazme subir inmediatamente al trono azul iluminado de fósforos. La chochez de tu padre no tiene nada que ver con tus derechos a la corona, y menos aún con su posesión asegurada. Yo defendería los primeros y sostendría la segunda con mi temple. Ríos de sangre

correrán antes de que el más mínimo reproche pueda llegar a tus oídos. Todos los que se acerquen a ti tendrán que respetarte igual que te respeto yo. Quien ocupa el trono no está obligado a mantener sus promesas. No obstante, tendrías que empezar librándote de cierta criatura a la que has dado grotescamente el cargo de gran visir. Se sospecha que es una bruja, aunque quizá sólo sea astuta y malvada; pero esta razón es más que suficiente para meterla en un saco y arrojarla al río. Vamos, amada mía, decídete y no te quedes tan asombrada o, ¿acaso no has esperado bastante la felicidad que con toda seguridad hallarás entre mis brazos?» Tograi tenía razón al decir que me había quedado asombrada; me sentía morir, pero el horror causado por tanta crueldad y tanta insolencia logró reanimar mis fuerzas. En lugar de contestar, di unas palmadas y Gehanguz silbó en el acto. Al instante, aparecieron cincuenta eunucos con el sable en alto. ¡Oh, pasión prodigiosa que la propia vergüenza no ha podido dominar y que me ha obligado a tener compasión de él! En un tono más firme que enfurecido, le dije: «Sobrino de mi madre, te perdono la vida por los lazos de sangre que nos unen. Sal de aquí y procura que no te vuelva a ver nunca más, si es que quieres librarte del castigo que mereces, y ser cortado en mil pedazos por esos sables resplandecientes que ves.» Al acabar de pronunciar aquellas palabras, hice una señal a los eunucos para que se llevaran al miserable príncipe, pero tuvieron que cargar con él porque, presa del pánico, no podía sostenerse en pie. Durante una hora me quedé como petrificada sobre mi estrado. Infinidad de pensamientos veloces y desgarradores que pasaban por mi cabeza me llevaron a una especie de delirio; veía a un Tograi amable y sumiso, tal como era cuando se despidió de mí al ser rechazado por mi padre hace ya siete años. De pronto desaparecía y en su lugar surgía un Tograi altanero y perverso, que me daba consejos, o más bien órdenes inicuas y deshonestas para mí.

»—Nunca, nunca, Homaiuna —me dijo Gulzara—, olvidaré esas dos visiones, que no dejarán de atormentarme mientras viva. Sólo la muerte podrá librarme de ellas, pero moriré siendo digna de tus sentimientos. Pese a todo, escucha y presta atención a mis órdenes; vendrás todos los días después de la hora del Diván para ver derramarse mis lágrimas y mezclarlas con las tuyas si así lo deseas. Cuidarás de que Gehanguz convierta el interior de mi palacio en algo tan triste como mi corazón. Deseo que las mujeres que cantan y tocan para mí sólo interpreten temas lúgubres. No impediré que el pueblo esté alegre, pero quien se acerque a mí con una sonrisa en los labios hará que mi pena sea aún mayor.

»Le aseguré a Gulzara que para mí sería un alivio poder mezclar mis lágrimas con las suyas, y que no sólo acataría ese deseo, sino también los demás, ya que me había propuesto engañar su dolor en lugar de combatirlo. Los deberes de Estado me proporcionaron un modo de distraerla que yo no desaprovechaba y, de no haber sido por un funesto incidente, habría logrado volver a traer la tranquilidad a ese generoso corazón.

»Rezié se había retirado a un palacio de su propiedad, que estaba situado en la cima de una montaña. Raras veces veía a su hermana, y cuando lo hacía era para

representar el papel que se había aprendido en las horas de soledad. Mientras tanto, Gulzara, que no había sido en absoluto capaz de desenmascararla, le entregaba una amistad sincera a cambio de un fingido afecto. Hacía ya bastante tiempo que la pérfida princesa no había venido a Chucán, cuando un buen día su primer eunuco solicitó una audiencia para ella. Quise retirarme, pero la reina me lo impidió. El mensajero fue introducido ante la presencia de la reina y habló de la siguiente manera:

»—La princesa Rezié, cuyo anillo de credenciales traigo aquí, se postra a vuestros augustos pies y reconoce que vuestra Alteza, gracias a su inteligencia, ha conseguido con toda justicia el trono al que ella también aspiraba. Sin embargo, se atreve a suplicaros que le concedáis, en señal de compensación, el permiso para casarse con el príncipe Tograi, que sólo se siente animado cuando se encuentra ante el resplandor que despide la presencia de vuestra hermana y que además, necesita algún consuelo ante la desgracia de haber perdido la estima de su gloriosa soberana. La incertidumbre en la que se halla mi princesa mientras espera vuestra respuesta, la mantiene sumida en una cruel angustia y el príncipe no se atreve a presentarse ante vos. Si no existieran estos impedimentos, ambos habrían venido a pediros de rodillas vuestra aprobación para poder llevar a cabo el común deseo de sus corazones.

»Por la palidez del rostro de Gulzara y por las palpitaciones de su corazón, me di cuenta de que estaba a punto de desmayarse. Le dije al infeliz eunuco que saliera y que esperara en la galería más cercana una respuesta a su mensaje. Gehanguz que, al igual que yo, se había puesto en guardia, lo echó inmediatamente fuera y volvió justo a tiempo para ayudarme a sostener a la reina, que había perdido el conocimiento en mis brazos. Como no queríamos propiciar el triunfo de sus enemigos, la auxiliamos sin llamar a nadie. El síncope fue largo. Al fin, abrió los ojos girándolos lánguidamente hacia mí y, después de guardar silencio durante algunos instantes, en un tono bastante tranquilo, me dijo:

»—¿Qué es lo que debo hacer, Homaiuna?

»—Lo que la generosidad de vuestro corazón os dicte —respondí.

»—Pero mi hermana —replicó ella— no podría ser feliz con un hombre tan malvado, y un día no muy lejano, mi pueblo llegaría a ser muy desdichado. ¿Acaso no es mi obligación salvarlos a todos cuando aún puedo hacerlo, ordenando que se le corte inmediatamente la cabeza a Tograi? Me estremezco al pensar que me ves obligada a llegar hasta ese extremo; pero en este caso creo que la crueldad es un mal necesario. ¿Qué piensas tú, Homaiuna?

»—Alá es el único que tiene el poder de ajustar cuentas relativas al presente, en un futuro que Él es capaz de ver sin sombras —respondí.

»—Eso quiere decir que tengo que dar mi consentimiento a esa unión tan odiosa —dijo Gulzara con voz alterada—. Pues bien, me esforzaré en concederles lo que piden. ¡Será un golpe mortal para mí! Ve, Gehanguz; ve a llevar una respuesta afirmativa al deseo de mi hermana y al de su…

»Gulzara no terminó su frase, lanzó un grito de dolor y volvió a caer desmayada sobre su lecho.

»Entonces no pudimos callar más lo que estaba ocurriendo. Los doce médicos en funciones fueron llamados y todos a la vez tomaron el pulso de la inconsciente Gulzara en los puntos donde más se dejaba sentir. Me hallaba sumida en una desagradable incertidumbre, cuando aquellos pájaros de mal agüero croaron estas crueles palabras: «La reina duerme, duerme para siempre.» Sólo habían dicho la verdad: Gulzara acababa de morir.

»Me es imposible describirte la pena que me causó aquella horrible catástrofe, que me parecía aún mayor al tener que reprocharme la prematura muerte de la amable Gulzara. «¡Qué desconsiderada soy! —pensaba para mis adentros—; he incitado a esta noble princesa a tomar una decisión que era superior a sus fuerzas, y lo único que he conseguido con ello es adelantar el fin de sus días. ¡Todavía desconozco la violencia de las pasiones de los humanos y el alcance del poder de sus débiles inteligencias y ya quiero gobernarlos! ¡Qué experiencia más dura! He perdido a una de mis mejores amigas, a la que quería casi tanto como a Ganigul y a su desdichado pájaro. ¿Acaso tendría que haberla dejado mancharse con la sangre de un príncipe a quien sólo se le podía reprochar la ambición, cuando Alá es el único que puede disolver los planes de los humanos, del mismo modo que el viento disuelve el polvo? ¿Acaso tendría que haber soportado que su hermana la acusara de vil envidia y verla humillada ante los ojos de sus súbditos? ¡Oh!, bello y radiante espíritu, que en estos momentos estás recibiendo la recompensa por tu virtud en compañía de las Inteligencias celestes, perdona mis miramientos; vivirás, como era tu deseo, en la memoria de los hombres, y nunca, en la eternidad de los siglos, tu dulce e interesante imagen dejará de estar presente en mi recuerdo.»

»Absorta en estos pensamientos, estaba arrodillada ante el lecho real derramando lágrimas, cuando el eunuco de Rezié me dio un fuerte golpe en el hombro y me dijo:

»—¿Qué haces aquí, atrevida Homaiuna? ¿Por qué tus compañeras y tú no os habéis retirado aún a vuestros aposentos? Aquí, la norma es encerrar a las esclavas de la reina dormida hasta que sea trasladada al lugar de su largo descanso. Ven y sígueme; has dejado de ser gran visir. Ya no eres más que una vil y peligrosa esclava.

»Al instante, me puse en pie y seguí al eunuco sin contestar una sola palabra. Ordenó que me trajeran comida para tres días, no sin antes decirme algunas impertinencias más, y finalmente se aseguró de que mi puerta quedara bien cerrada. Habría podido desafiarlo con facilidad y escaparme de su control, pero tenía curiosidad por saber lo que Rezié tenía pensado hacer conmigo. También quería asistir públicamente al cortejo fúnebre de Gulzara; además, las lamentaciones que se oían por todas partes aliviaban mi dolor.

»«Nuestra buena reina se ha dormido —gritaba la multitud—; jamás se despertará, y quizá Homaiuna, que tanto bien nos ha hecho, también se duerma.» Estas tristes palabras, que se repetían sin cesar alrededor del palacio, no me

abandonaron durante los tres días siguientes. A la mañana del cuarto día, el mismo eunuco que me había encerrado vino a traerme un largo vestido de seda roja con rayas negras y un tupido velo del mismo color; después de haberme vestido él mismo, me dijo:

»—Hoy se celebra el duelo de las esclavas que servían a la reina Gulzara. Te hemos hecho el honor de ponerte a la cabeza de las mujeres. Gehanguz será el encargado de guiar a los eunucos; los dos bandos se colocarán a derecha e izquierda del séquito que llevará a la reina dormida hasta la llanura tranquila. Ven y sígueme.

»Nos dirigimos hacia el patio mayor del palacio y allí, en el centro, pudimos ver una litera de madera de sándalo enganchada a cuatro unicornios. A los agudos sones de miles de instrumentos lúgubres, unido a los gritos aún más estridentes de los Chucanianos, se colocó el cuerpo de Gulzara sobre la litera, tapándola con una cubierta de tela plateada que dejaba al descubierto el delicado rostro de la hermosa princesa, que efectivamente parecía tan sólo dormida.

»En un instante, numerosos personajes montados a caballo, extravagantemente ataviados y con una especie de cetro de ágata blanca en la mano, se encargaron de componer el cortejo. Nos pusimos en marcha, pero la cantidad de flores que había a nuestro paso y que el pueblo no paraba de tirar a manos llenas, hacía que avanzásemos con extremada lentitud. Al fin, logramos llegar a la silenciosa y solitaria llanura, en donde se encontraban colocadas, por orden de sucesión, las tumbas de los reyes y reinas de Chucán desde hacía infinidad de siglos. El aspecto que ofrecía aquel lugar era extraño y sorprendente; sólo se podían ver las cúpulas de los edificios, que eran de piedra negra brillante y a través de las cuales se habían introducido una prodigiosa cantidad de tubos de oro. El resto se encontraba en un subterráneo cuyos límites apenas se podían abarcar con la vista y cuyo acceso estaba formado por una holgada pendiente. Dado que numerosas velas de cera perfumada daban a este lugar sombrío una claridad semejante a la del día, busqué por todas partes con la mirada las puertas de los sepulcros, cuyas cúpulas había admirado en el exterior, pero no vi ninguna. Por fin, me di cuenta de que estaban ocultas en la pared y señaladas con grandes placas de oro, en las que se habían grabado las siguientes palabras: «Aquí duerme tal rey, ha reinado durante tantos años; que nadie se atreva a tocar este muro y perturbar su sueño. Su renombre tan sólo dependerá del pueblo.»

»Tuvimos que ir bastante lejos para llegar hasta la tumba que estaba destinada a Gulzara. Una vez allí y sin alterar el cortejo fúnebre, entramos por el hueco de una ancha puerta que se acababa de retirar. En el interior, las paredes estaban revestidas con la misma piedra negra que habíamos visto en el exterior. Numerosas lamparitas de oro, suspendidas de la bóveda, alegraban aquel triste colorido y difundían un olor sumamente agradable.

»Se colocó la litera en el centro de aquel lugar. Los visires, los embajadores y las autoridades se acercaron de uno en uno a postrarse ante la reina dormida y a desearle un feliz reposo. Tograi, aquel indigno Tograi, osó cumplir con ese deber, aunque se

presentó el último. Con aire huraño y alterado, pronunció con dificultad su cumplido. Al verle me estremecí y sentí la tentación de castigarle por su atrevimiento, cuando de pronto un anciano pálido y flaco, cuya siniestra mirada infundía terror, se puso a gritar con voz chillona:

»—Homaiuna y tú, Gehanguz, sabed que los eminentes visires que gobiernan el Chucán en este corto interregno, han decidido que acompañéis a Gulzara en su largo reposo, debido a que erais sus dos esclavos favoritos. Estad agradecidos por el honor que se os dispensa, y no olvidéis el respeto que le debéis a vuestra reina.

»Dicho esto, y produciendo unos lamentables sonidos con una trompeta de bronce, volvió a hablarnos en un tono aún más lúgubre:

»—La reina Gulzara se halla en el seno del reposo eterno; dejadla dormir y pensad en devolverle lo que le corresponde.

»Apenas pude oír aquellas últimas palabras, debido a la confusión que me había producido la pausa que las había precedido. Todo el mundo se había retirado, la puerta estaba ya casi tapiada y aún no había tenido tiempo de echar una mirada al pobre Gehanguz, cuyo leal y sensible corazón sólo sufría por mí en aquellos momentos. Fue el primero en romper el silencio, exclamando:

»—¡Oh, Gulzara!, ¡oh, mi querida señora!, aquí tenéis a vuestra bien amada Homaiuna, esta divina hija que ha hecho tan felices a vuestros súbditos. ¡Aquí la tenéis para siempre sepultada junto a vos! Queríais salvarla y para ello me pedísteis sacarla fuera de vuestro imperio; pero, ¡ay! no esperabais encontraros con el repentino sueño que se ha apoderado de vos.

»—Es, pues —dije tranquilamente a Gehanguz—, una costumbre establecida en Chucán enterrar a la gente viva.

»—¡Oh, sí! —me respondió—, es una de esas costumbres absurdas y crueles que los Chucanianos se han empeñado en usar desde hace siglos, calificándolas de sagradas y venerables. Es un privilegio que se otorga a los más fieles servidores de sus reyes y reinas, aunque aquellos sobre quienes recae tan honorable elección, gustosamente se abstendrían de recibir semejante privilegio. Siempre he considerado este uso como repulsivo y bárbaro, indigno de un pueblo inteligente; pero las lámparas de amor y gratitud, a las que debemos la hermosa luz que nos rodea, proceden de una magnífica inspiración.

»—¡Explícamelo! —exclamé.

»—Habrás visto —me respondió—, todos esos tubos de oro que se yerguen sobre la cúpula de cada sepulcro. Pues bien, corresponden a las lámparas que están suspendidas en el interior y que mediante un curioso mecanismo hacen llegar hasta allí el aceite y la mecha que las mantienen encendidas. Por cierto, el Estado no es el que costea estos gastos. Es el reconocimiento del pueblo, que cuando pierden a un buen rey o a una buena reina, hombres, mujeres y ancianos, todos se apresuran para que en la tumba siga habiendo una iluminación semejante a la que ves aquí. El grado de sus desvelos es más o menos intenso, según el bien que hayan recibido de sus

soberanos, y esto pasa de padre a hijo. De esta forma, y por una abertura que hay en lo alto de cada cúpula y en donde han sido colocados unos espejos de metal pulido, aún se pueden ver brillar algunas tumbas de reyes dormidos hace varios siglos, aunque en la mayoría de los casos las lámparas se han apagado después de un cierto tiempo. Incluso han existido soberanos tan injustos que se han encontrado en la oscuridad al cabo de dos días, porque siendo sus favoritos tan malvados como ellos, sólo podían ser ingratos, olvidándose del aceite y de las mechas que debían a sus bienhechores. Con razón se las llama lámparas de amor y gratitud, y al resplandeciente espejo de metal pulido se le denomina ojo de la justicia. ¡Oh!, aquí no nos arriesgamos a encontrarnos en las tinieblas; gracias a tus cuidados, el sepulcro de Gulzara estará iluminado hasta el día del juicio final.

»Sentí tal emoción al escuchar los sentimientos de Gehanguz, al ver la serena calma que en unos momentos tan terribles su rostro reflejaba, momentos en que cualquier ayuda humana parecía imposible, que me concentré en mí misma y desde el fondo de mi alma dirigí la siguiente súplica a Asfendarmod: «Soberano del feliz Shadukán, que como recompensa a vuestros desvelos hacia la fe del Santo Profeta habéis recibido el don de poder escuchar los ruegos de cualquiera de vuestros súbditos, sea cual sea el lugar del mundo donde se hallen, conceded a vuestra desgraciada hija el poder de salvar a este ser honesto y generoso. Reconozco que he perdido el don de remediar los contratiempos ajenos a mi persona y que lo único que me queda son mis consejos y mis desvelos; pero si así lo deseáis, Gehanguz no perecerá de una muerte cruel.»

»Instantáneamente me sentí llena de esa confianza que siempre presagia un feliz acontecimiento a los seres de nuestra especie; me acerqué al eunuco y, tomándole de la mano, le dije:

»—Tu devota y serena resignación va a ser recompensada; sujétate con fuerza a mí y no temas nada.

»Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando se entreabrió la bóveda y pude emprender mi vuelo; siguiendo mis deseos, me dirigí en compañía del eunuco hacia las puertas de la ciudad de Ormuz.

»—Ya estás a salvo —le dije—; acuérdate de la Peris Homaiuna y trata de seguir siendo bueno y justo.

»El asombro de Gehanguz impidió que me contestara, y creo que estaba ya muy lejos cuando tuvo fuerzas para abrir la boca. Volé hacia Chucán, porque quería saber lo que les iba a suceder a Rezié y a Tograi.

»—Quería…, pero es muy tarde —dijo mi mujer interrumpiendo así su relato—. Mañana, cuando dispongamos de un rato, acabaré de contarte mi historia. Ahora tenemos que hablar de tus propios asuntos, y después iremos a descansar. Por el momento es suficiente con que sepas que Rezié y Tograi no llegaron a casarse nunca, sino todo lo contrario, ya que llegaron a odiarse mutuamente, destruyéndose el uno al otro. Hacía ya mucho tiempo que los había dejado mientras iba recorriendo diferentes

países, siempre expuesta a mil penalidades para las que yo no estaba destinada cuando, después de haber visitado las montañas del Daghestán, un buen día te encontré en las calles de Berduka. Pese a tu aspecto errante, me gustaste, y un sentimiento desconocido para mí se apoderó de mi corazón. El resto ya lo sabes, al igual que sabes que he mantenido las promesas que te hice en aquel entonces. Pero, como en el Shadukán solía leer a menudo los anales de los Ginns, tan pronto como me hablaste del fatídico armario supe lo que contenía; no obstante, no lograba concebir ningún método justo para que te vieras favorecido por tu padre, y entonces fue cuando aquel pequeño pez me dio una idea. Bajo aquel vil aspecto, se escondía un poderoso Ginn que Asfendarmod había castigado de aquel modo por sus crímenes. Su liberación resultaba muy complicada: primero era necesario capturar al pez, lo cual no era nada fácil debido a su pequeñez y a su peso, que le hacían siempre escurrirse de entre las redes o romperlas; a continuación, y en lugar de matarlo, había que prensarlo de forma que el espíritu pudiera salir sin ser dañado. Sabiendo todo esto, devolví su libertad al Ginn; pero antes de abandonar felizmente aquel cuerpo, él me había jurado que haría que se cumplieran todos los deseos formulados en favor de la persona que comiera aquel pequeño pescado. Yo instaba a Ormossuf para que se lo comiera y os animaba a los tres para que formuláseis vuestros deseos para él; luego, sólo tú no lo revocaste. Con ello has merecido ascender al trono que uno de tus antepasados había perdido por no haber seguido los consejos de un Peris que le protegía y que, como consuelo, le entregó este prestigioso anillo encerrado en esta caja de plomo, diciéndole que aquél de sus descendientes que abriese la caja sería el que podría volver a tomar posesión del trono del Daghestán. La tradición de esta promesa ha pasado de padres a hijos desde hace ya varias generaciones, pero la caja siempre ha resistido a los intentos que se han hecho por abrirla. Finalmente, vuestro padre, que en vano había intentado pasar esta prueba, ha querido, siguiendo los consejos de Alsalami, reservarla para aquél de sus hijos que fuera capaz de demostrar un mayor amor filial.

»—Esto es —prosiguió la Peris—, lo que debías saber. Y esto es lo que ahora tendrás que hacer. En cuanto Ormossuf y el derviche se hayan levantado, les pondrás al corriente de tus proyectos y les pedirás que te bendigan. Después te pondrás en camino hacia Berduka con tu anillo colocado en el dedo meñique de tu mano izquierda. Entrarás sin ser visto por nadie en el jardín del rey y allí, al fondo, verás el enorme tronco de un árbol que nunca se ha podido abatir. Lo tocarás con tu anillo y enseguida se abrirá; en su interior encontrarás un saco de piel de serpiente y lo cogerás. Contiene un surtido de las más resplandecientes piedras preciosas del Shadukán; me las traerás y yo me las llevaré para venderlas en las ciudades donde su valor sea mejor pagado.

»—Con ese dinero podremos reunirnos sin dificultades con los montañeses del Daghestán, que aún se sienten unidos a tu familia y odian al usurpador. De este modo, y según corresponde a un príncipe, tomarás posesión de tu reino, encabezado por un

ejército.

FIN DE LA HISTORIA DE HOMAIUNA

Homaiuna se quedó en silencio y yo, totalmente confuso y asustado por las maravillas que acababa de contarme, volví a arrodillarme ante ella para manifestarle mi respeto y una ilimitada obediencia. Esta actitud pareció desagradarle. Con lágrimas en los ojos, me preguntó si el hecho de conocer su historia me había hecho perder el afecto que sentía hacia ella; entonces, la estreché entre mis brazos, nos acostamos y simulé haberme quedado dormido para pensar, sin ser interrumpido, en la situación en la que me hallaba. Cierto que mi posición era mejor de lo que yo me hubiese atrevido a esperar y, sin embargo, estaba desesperado. «¿De qué me servirá —pensaba para mis adentros— ser rey? ¡Al fin y al cabo, esta temible Peris gobernará mi reino y querrá tratarme del mismo modo que lo hizo con la reina de Chucán! Querrá someterme a todas sus exigencias y ¡quién sabe si esto no me costará la vida! ¿Qué me importa a mí ese bienestar del pueblo del cual tanto me habla? Mi bienestar particular es el que me importa, y con ella no podré conseguirlo. Si sólo se limitara a dar consejos y a hacer reproches, me daría igual; pero aunque haya hablado modestamente sobre lo que le queda de su poder sobrenatural, puede haberme engañado como yo la he engañado a ella. Quizá todavía posea su terrible varita. Bien es verdad que no la ha mencionado en la historia de Gulzara, pero no conozco el final de esa historia. Será necesario que me cuente el desenlace para que yo pueda esclarecer esa cruel duda. ¡Ah, sería preferible conservar mi pobre condición de pescador a ser un esclavo sobre un trono!»

SEGUNDA PARTE

Al amanecer, las inquietudes de mi perverso corazón no se hallaban en modo alguno aplacadas; estuve a punto de maldecir el nuevo día, que estaba iluminando los primeros pasos que me llevarían hacia el abismo en el que nos encontramos.

Empleé toda mi hipocresía con el fin de ocultar a mi mujer, al derviche y a mi padre el desasosiego que me embargaba y decidí irme cuando empezaron a formular los mejores deseos para mí, aunque siempre he procurado que ninguno de ellos se cumpliera.

Mientras iba caminando hacia Berduka, me crucé con varias personas que me conocían muy bien y, al darme cuenta de que algunas parecían no verme, empecé a tener confianza en mi anillo como nunca hasta ahora la había tenido. Entré con bastante osadía en el jardín del rey y corrí hacia el árbol que me había indicado Homaiuna; lo toqué, se abrió y tomé el saco de piel de serpiente. Tan grande era mi impaciencia por admirar las incomparables pedrerías procedentes de Shadukán, que no pensé ni un momento en salir del jardín. Una tras otra las fui sacando del saco y, a pesar de estar medio cegado por su brillo, las examiné reiteradas veces. Eran dieciséis: cuatro diamantes, cuatro carbúnculos, cuatro esmeraldas y cuatro rubíes, siendo cada una del tamaño de una naranja de Khotén.

Para contemplarlas mejor, me alejé del árbol y las coloqué sobre el césped de una senda solitaria; me encontraba extasiado de admiración y alegría, cuando un enano que se hallaba en lo alto de un árbol y al que yo no había visto, se precipitó sobre mí. Sólo tuve tiempo de volver a meter mi tesoro en el saco y alejarme, mientras el enano, muy agitado, rebuscaba bajo las hierbas y escarbaba la tierra con sus uñas. Al fin, exclamó:

—¡Qué lástima! La resplandeciente visión ha desaparecido. Pero ¡quizá vuelva! Vayamos a buscar a mi bella princesa; si éste es el lugar donde algún Ginn viene a hacer alguna travesura, seguro que no rehusará ofrecer su espectáculo a Gazahidé.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, echó a correr hacia el palacio con tanta ligereza que las hierbas y las flores apenas se encorvaban a su paso.

No me fue difícil comprender que las pedrerías se habían hecho visibles al no tenerlas entre mis manos y me asusté al pensar en las consecuencias que mi imprudencia podría ocasionar. La mejor resolución que podía tomar era salir del jardín lo más rápidamente posible, pero estaba muy alejado de la puerta por la que había entrado. Al mismo tiempo que aceleraba el paso, me decía: «¿Adónde iré? ¿Me arriesgaré a dejar estas inestimables piedras preciosas en manos de una mujer? Supongamos que la mía no siente por las joyas esa ambición propia de su sexo, y supongamos que me trae fielmente las ganancias de ellas; pero, ¿para qué?, ¿para comprarme un trono al que me encadenará? No, es mejor que vaya yo mismo a venderlas para poder disfrutar yo solo de todos los placeres y las voluptuosidades

imaginables, y para vivir olvidado pero feliz en algún rincón del mundo. Lo único que puedo esperar es que Homaiuna no descubra mi refugio. Ella no es capaz de adivinarlo todo y quizá menos aún lo que quisiera saber. Iré al puerto, y sin que nadie se dé cuenta, subiré al primer barco que vaya a zarpar. Puedo irme tranquilamente sin despedirme de la Peris, de Ormossuf y de Alsalami. Ya he tenido bastante con que la primera me haya agobiado con sus sermones y mi padre con su gota; en cuanto al tercero, poco significa para mí. La verdad es que no los voy a echar de menos.»

Mientras razonaba de este modo, no advertí que me había extraviado por unos caminos que formaban una especie de laberinto. Cuál no sería mi sorpresa al verme de nuevo cerca del lugar donde había descubierto mis pedrerías. Pude oír al maldito enano que gritaba con todas sus fuerzas a una multitud de eunucos que le seguían:

—Sí, aquí es donde he visto con mis propios ojos aquellas maravillas; lo juro por mi pequeña alma y por el gran corazón de mi querida señora, la princesa Gazahidé.

Ante este nuevo peligro, me dispuse a reemprender la huida, cuando una joven belleza, aún más deslumbrante que mis diamantes, mis rubíes, mis esmeraldas y mis carbúnculos, se abrió paso entre los eunucos y con un aspecto travieso que no carecía de dignidad, exclamó:

—Callad y escuchad los deseos de la hija de vuestro rey, la princesa Gazahidé. Sabed que creo firmemente en todo lo que nos acaba de contar mi pequeño Calili, así que dejad de pensar que es un visionario. Sin falta, quiero ver las pedrerías que el Ginn ha expuesto sobre el césped, y si es preciso, le forzaré a ello empleando todos los recursos que mi curiosidad me sugiera. Venga, montadme una tienda en este lugar; no me iré de aquí hasta haber conseguido lo que deseo. Si alguno de vosotros se atreve a pronunciar una sola palabra en contra de mis planes, haré que se arrepienta de ello. En caso de que mi padre fuera el que se opusiera a mis designios, bien podré vengarme de él no poniéndome más en el cabello aquel adorno de flores azules que tanto le gusta.

Mientras Gazahidé hablaba, mis ojos se habían quedado fijos en los suyos y mi alma parecía querer volar hacia ella. Sólo pude salir de mi éxtasis de amor cuando vi que se disponían a complacer su capricho. Entonces, un escalofrío producido por el presentimiento de una felicidad cercana me sobrecogió; me apoyé en un árbol algo apartado de donde estaba ella, completamente decidido a representar el papel del supuesto Ginn, pasase lo que pasase.

Me impacientaba ante la lentitud con que los eunucos montaban la tienda y gustosamente habría destrozado los adornos que colocaban en ella. Sólo miraba con buenos ojos el amplio diván en el que me disponía a abusar de la confianza que la princesa había puesto en mí, pues había solicitado que la dejaran sola. El rey, que no había hecho más que reírse de su capricho, dijo que había que satisfacerla en todo. Nos encontrábamos en el mediodía de un bonito día de verano, pero el calor era moderado gracias a unos frondosos árboles que formaban una especie de segunda tienda y a la gasa de las cortinas que sólo dejaba pasar los rayos del sol necesarios

para procurarnos una suave y voluptuosa claridad.

Aún tuve que soportar las ceremonias en las que se ofrecían a Gazahidé unas jarras de excelente helado y unos tarros de confituras de jengibre. La princesa se apresuró a comer de todo para librarse cuanto antes de sus eunucos y de sus esclavas, quienes, finalmente, se alejaron a una distancia desde donde sólo habrían podido venir a socorrer a su señora en caso de que ella hubiera gritado con todas sus fuerzas.

Avancé de puntillas, levanté con cuidado las cortinas y entré en aquel paraíso de delicias. Gazahidé estaba echada tranquilamente sobre el cómodo diván y mis ojos hambrientos de ella no se perdieron ni un solo detalle de sus delicados miembros, tan bien proporcionados. Tan grande era mi emoción que no podía tenerme en pie, viéndome obligado a dejarme caer a tierra a algunos pasos de la princesa, cuando de pronto ella se incorporó y, juntando sus pequeñas manos blancas, exclamó:

—¡Oh, Ginn, poderoso Ginn que has expuesto tus pedrerías ante los ojos de mi enano, no rehúses hacerme el mismo favor!

Apenas pronunciadas aquellas palabras, deposité en el suelo un carbúnculo cuyos rayos podrían haber avergonzado a los del sol. Gazahidé estaba tan maravillada que temí que fuera a gritar y le dije en voz baja:

—Admira en silencio lo que es menos bello que tú.

Sonrió y, al sentirse alentada por aquellas palabras aduladoras, se precipitó para intentar coger el carbúnculo, pero yo me adelanté a ella y lo volví a coger apresuradamente.

—¡Oh, cielos! —exclamó—, yo no quería robarlo, sólo deseaba tenerlo un instante entre mis manos. Me dices cosas apasionadas y al mismo tiempo eres cruel.

—No, reina de la belleza —respondí—, no es mi intención afligirte; pero, sólo podrás tocar estas piedras preciosas si aceptas una condición, que te diré después de habértelas enseñado todas juntas. Vuelve a sentarte en tu diván y contente durante unos segundos.

Gazahidé me obedeció con timidez y respeto. Entonces coloqué mis pedrerías formando un cuadro y las entremezclé de modo que provocaran un nuevo resplandor; las escondí debajo de mi túnica para poder mostrárselas todas a la vez.

Tuve motivos para arrepentirme por haber proporcionado aquel espectáculo a la dulce Gazahidé; tan grande fue su impresión ante el deslumbramiento que producían las pedrerías, que cayó de bruces sobre el diván como si se hubiera quedado sin vida. Me asusté y corrí hacia ella, no sin antes haber vuelto a colocar mi tesoro en el saco de piel de serpiente que colgaba de mi cinturón. La encontré pálida, con los ojos cerrados y sin movimiento. Pero, ¡qué hermosa estaba en aquel estado! Entreabrí su túnica para que pudiera respirar mejor y, al ver que estaba fría e inanimada, la cubrí de ardientes besos para intentar devolverle un poco de calor. Estaba perdiendo la cabeza, cuando ella empezó a recobrar el conocimiento y exclamó:

—¿Quién ha osado tocarme?

—Soy yo, el Ginn Farukruz, que ha tenido el placer de socorrerte —contesté.

—¡Ah! —respondió en un tono más suave—. ¡Tu nombre no es tan hermoso como tus pedrerías! Pero ¿dónde están? Dime lo que tengo que hacer para poder tocarlas de una en una y para sostenerlas entre mis manos; sobre todo no me las enseñes todas juntas, pues temo que me vuelva a desmayar.

—Por cada una de ellas me tienes que dar un beso —respondí con voz alterada por el miedo y la esperanza.

—¿Cómo? ¿No es más que eso? —dijo—. ¡Oh!, acepto, ya que el beso de un espíritu debe ser como un soplo de viento provocado por la aparición de las estrellas nocturnas en el cielo, que refrescará mis labios y alegrará mi corazón.

No tuvo que repetírmelo dos veces, puesto que su consentimiento era embriagador. Mi beso fue largo y ella lo soportó con cierta mezcla de impaciencia y agrado. De pronto, empezó a quejarse por el ardor que inesperadamente la invadió; le puse en la mano un rubí, cuya reverberación se confundía con el color escarlata del que se habían teñido sus mejillas. Lo miró y lo remiró con aire distraído y, devolviéndomelo, dijo:

—Ahora, dame una esmeralda por el mismo precio.

Al darle el segundo beso, la estreché tanto entre mis brazos que se estremeció. Con voz emocionada me dijo:

—Farukruz, ya que puedo tocarte, me gustaría que fueras visible. ¡Ah, creo que prefiero verte a admirar tus piedras preciosas!

Tenía demasiada buena opinión de mi aspecto como para tener miedo a mostrarme; además, aquel día iba vestido de un modo correcto. Me quité, pues, el anillo del dedo meñique izquierdo y, al ver que la primera impresión que causaba a Gazahidé era favorable, volví a tomarla entre mis brazos. Al principio, ella me devolvió mis caricias con agrado; pero de repente, me apartó de su lado con violencia y exclamó llena de ira:

—Quita, eres un malvado Ginn que quiere abusar de mi inocencia y de mi ingenuidad para poder convertirte en mi marido sin el consentimiento de mi padre. Retírate, y no quiero oír hablar más de tus pedrerías. Gritaré con todas mis fuerzas si te atreves a acercarte a mí.

Aquella amenaza me hizo temblar; mi invisibilidad no era como la de la Peris, cuyo cuerpo impalpable, a la medida de sus deseos, no se topaba nunca con ningún obstáculo que lo retuviera; pero a mí, podían encerrarme y hacerme morir empleando diversos métodos. Durante algunos instantes permanecí pensativo y en silencio, pero el peligro que me acechaba y el amor que me enardecía aguzaron mi inventiva. Entonces, exclamé:

—¡Oh, hija del rey, tú, la más bella de las mujeres de toda la tierra!, creo que ha llegado la hora de revelarte la gloria y la felicidad que el destino te depara. Tranquilízate y escúchame; después, me harás justicia y llegarás a ser conmigo más dulce que el Leiki, cuya sensibilidad y gracia posees.

—Habla —dijo ella con aire apresurado—; te prestaré toda mi atención, pero

siéntate en el otro extremo del diván y no se te ocurra tocarme.

Entonces, acordándome de las recientes maravillas que Homaiuna me había contado, empecé mi supuesto relato de la siguiente manera:

—Sin duda has oído hablar del gran Asfendarmod, soberano del Shadukán y de todos los Peris, Ginns y Divos que han existido antes y después de los reyes preadamitas. Pues bien, yo soy su hijo, su querido hijo, en quien había depositado toda su confianza. Me confió el cuidado de dos de mis hermanas, que eran tan volubles como el bulbul[21] y esquivas como la cebra, recomendándome que no las perdiera nunca de vista. Para facilitarme las cosas, mi padre les había cortado las alas y las había encerrado en una torre, cuya llave quedó en mi poder.

»Un Ginn, amigo de una amiga de mis hermanas, se propuso liberarlas y lo hizo con mucho ingenio. Él y yo éramos amigos íntimos desde hacía mucho tiempo y estábamos acostumbrados a pasar días enteros juntos. Durante media luna permaneció alejado de mí, por lo que a su vuelta tuve que hacerle algunos reproches, a los que él sólo me respondió con un profundo suspiro. Comprendí que mi amistad peligraba y le insté a que me abriera su corazón.

»—¡Ah! —exclamó al fin—, no existe más que un Peris que sea digno de ella y ése es el propio hijo de Asfendarmod. Soy un insensato al haber perdido tanto tiempo contemplándola. Así es, querido Farukruz —siguió diciéndome—, la princesa Gazahidé, hija única del rey del Daghestán, sólo puede ser tuya. La he visto salir de las aguas de su baño y elevarse igual que el sol sale de las aguas del mar para elevarse en el cielo. Una parte de sus cabellos dorados, como rayos deslumbrantes, surcaban las aguas transparentes, mientras que la otra parte se engarzaba en su frente de marfil. Sus ojos, cuyo color es aún más intenso y brillante que el azul del firmamento, se encontraban armoniosamente sombreados por sus párpados y por los hilillos de seda negra que formaban sus menudas pestañas. Las pequeñas puertas de flexible coral no le restaban un delicioso encanto a su nariz; allí se hallaban escondidas las más bellas perlas del mar de Golcondo. En cuanto al resto de sus encantos, que poco a poco iba descubriendo cada vez que volvía mis ojos hacia ella, no esperes que te los describa, ya que era tan grande mi deslumbramiento que acabé no viendo nada. Lo único que sé es que aquella perfecta criatura parecía proceder del propio taller del célebre Mani[22], quien, sobre un fondo más blanco que la nieve, no había olvidado poner en el lugar oportuno unos colores que le conferían vivacidad.

»Este retrato, nada lisonjero, me enardeció hasta tal punto que exclamé:

»—Por favor, cesa de atormentarme, cruel amigo. Sabes muy bien que no puedo abandonar el cuidado de mis hermanas, que a cada instante me piden algún nuevo capricho. Entonces ¿por qué quieres consumirme de este modo? Es verdad que deseo ver ardientemente a Gazahidé; pero desgraciadamente me es imposible hacerlo.

»—Venga, querido Farukruz —me dijo el Ginn en un tono cariñoso—, ve a satisfacer un deseo tan natural. Yo me quedaré para atender a las hijas de Asfendarmod, que no sabrán nunca que las has dejado a mi cargo. Dame las llaves y

ve a contemplarla.

»Aturdido, acepté el ofrecimiento del malvado Ginn y emprendí el vuelo hacia aquel lugar. Me había descrito sobradamente bien la verdad sobre tus encantos, como para que yo pudiera sospechar que me estaba traicionando. De este modo, tuvo suficiente tiempo para huir con mis hermanas, antes de que yo siquiera me hubiera planteado volver al Shadukán. Te observaba, seguía tus pasos hasta llegar a olvidarme de mi propia existencia, cuando los tornados que ejecutaban las órdenes de mi padre me sacaron de aquí y me dejaron al pie de su trono. Asfendarmod me hizo los reproches que me merecía, y en su primer impulso de indignación me condenó a permanecer durante cien años entre los hombres, bajo la apariencia que ahora puedes ver, pero sin quitarme el don de la invisibilidad. Más afligido por haberle ofendido que por el castigo, me abracé a sus rodillas y lloré sobre ellas; Asfendarmod leyó los pensamientos de mi corazón y, conmovido al comprobar mi sincero amor filial, me dijo:

»—Pobre Farukruz, no puedo revocar mi sentencia, pero quiero suavizar tu destino. Puesto que Gazahidé es la causa de tu desgracia, ahora no tendrá más remedio que consolarte. Ve a buscarla y hazte amar por ella; despósala y dile que como regalo de bodas le concedo el don de conservar inalterables, durante los cien años que tendrás que vivir con ella, su belleza y su juventud.

»Dicho esto, me entregó las piedras preciosas que has podido ver, me prometió ayudarme cuando lo necesitara e hizo que me trasladaran hasta aquí. El temor a asustarte con mi aparición, me sugirió la idea de estimular la curiosidad de tu enano, para que éste a su vez suscitara la tuya. Lo he logrado y estaría totalmente satisfecho si supiera que, antes de conocer mi historia, me amabas ya lo suficiente para aceptarme como tu esposo.

Gazahidé había escuchado mi episodio con señales de credulidad y admiración, lo cual me alegró mucho; después se acercó a mí y, tomando mis manos entre las suyas, dijo:

—Mi querido señor, no tienes que dudar de mi amor por ti. Tu primera mirada me robó el corazón. Sin embargo, tengo un padre bondadoso a quien no puedo faltarle al respeto, ya que sólo él puede disponer de mi vida. Permíteme que Galili vaya de mi parte a pedirle que acuda aquí al instante. Estará encantado del honor que me haces y todo se arreglará según tus deseos y los míos, y de la forma que corresponde al hijo del gran Asfendarmod.

Había dado ya demasiados pasos como para echarme hacia atrás ahora; además, suponía que el rey de Daghestán era como la mayoría de sus colegas, que no poseen más inteligencia que la estrictamente necesaria. Esperaba engañarle con tanta facilidad como lo había hecho con su hija, quien con mi consentimiento salió de su tienda y llamó en voz alta a Calili.

El enano acudió corriendo hasta quedarse sin aliento.

—¿Qué pasa? —dijo—, ¿qué habéis visto, princesa mía? ¡Sin duda alguna las

pedrerías!

—Vamos —respondió Gazahidé—, he visto algo mucho mejor que eso; corre y dile a mi padre que aquí tengo una felicidad y unas maravillas que no se puede ni imaginar.

—¡Cómo! —exclamó el enano—, ¿es posible que hayáis visto algo más hermoso que lo que yo vi? ¡Oh!, decidme qué es, mi querida señora; os ruego encarecidamente que me lo digáis, porque si mi curiosidad no queda satisfecha ya no podré moverme de aquí.

El enano repetía aquellas palabras con asedio infantil y Gazahidé, impacientándose, le propinó dos buenas bofetadas, lo que hizo que Calili saliera a toda prisa, y la princesa no pudo evitar reírse de buena gana. Después me llamó, ya que yo me había vuelto invisible para los ojos de Calili y me rogó que le prestara uno de mis carbúnculos; después, me pidió que escuchara la conversación que iba a mantener con su padre y que sólo me mostrara en caso de necesidad.

Al ver al rey y al escuchar las primeras palabras que pronunció, comprendí que sería fácil engañarle. Escuchó mi historia por boca de su hija y observó mi carbúnculo boquiabierto y con grandes ojos de sorpresa; al fin, exclamó:

—¡Oh!, hijo de Asfendarmod, noble Farukruz, te suplico que te hagas visible; acepta mi juramento de fidelidad y mi gratitud; desde hoy serás el esposo de Gazahidé y el día de mañana mi trono será tuyo. La única dicha que pido es la de ver a mi hija siempre bella, joven y feliz, a menos que desees prolongar mis días para que pueda disfrutar de los hermosos hijos que podáis tener.

Mi presencia física no disminuyó en absoluto la opinión favorable que el buen monarca se había hecho de mí; si mis ropas no eran lujosas, mis piedras preciosas las suplían. Se las ofrecí como dote para su hija, pero las rehusó diciéndome que el carbúnculo, que guardaba en señal del afecto que me tenía, valía más que todas las mujeres del mundo, lo cual hizo que se marcara un gracioso gesto en el rostro de Gazahidé.

Volvimos al palacio. Viéndome salir de la tienda, los eunucos hicieron horribles muecas de espanto y las esclavas también demostraban cierto temor, aunque pronto se tranquilizaron. Por lo que se refiere a Calili, ya fuera por odio o por un presentimiento, siempre me miraba con desdén.

Después de que me hubieran bañado, perfumado y vestido con preciosas ropas, me casé con Gazahidé, ocultando mi excesiva alegría para conservar un aire digno y acorde con los orígenes que se me suponían. Durante el resto del día se celebraron festejos, danzas y conciertos que apenas me divirtieron y en los que mi princesa prácticamente no tomaba parte. No ocurría lo mismo con el rey; tan grande era su dicha, que jugaba como un niño con los pajes y las esclavas, haciendo retumbar las bóvedas de la sala con sus carcajadas.

Al desearnos las buenas noches, me volvió a decir que al día siguiente me entregaría su trono, pero le rogué que retrasara aquel honor para poder pasar tres días

enteros en el harén con mi amada Gazahidé y con el placer de su real compañía; me concedió lo que pedía, al mismo tiempo que me daba las gracias. Mis razones tenía para haberle hecho esta petición; estaba perdidamente enamorado y quería gozar de mi felicidad durante aquellos tres días sin ser interrumpido, no sin temor a que Homaiuna viniera a perturbar mi dicha en cuanto estuviera al corriente de una aventura tan contraria a sus proyectos. Pero ¿qué hombre puede ser feliz temiendo sin cesar lo que bien se ha merecido? En medio de mis placeres, el terror se apoderó de mí; al menor ruido, sentía la necesidad de apartarme bruscamente de los brazos de Gazahidé, atemorizado ante la idea de ser sorprendido por la airada Peris. En resumidas cuentas, aquellos tres días no fueron más que un ir y venir entre los arrebatos de amor y el espanto y, sin embargo, fueron los más gratos de mi vida.

Al amanecer del cuarto día, numerosos eunucos, colocados en fila, vinieron a buscarme para llevarme hasta el Diván. El corazón me latía con fuerza y un funesto presentimiento me intranquilizó; pero no era posible alargar el plazo, ya que el rey se habría sentido burlado. Le había costado bastante trabajo aprenderse mi historia de memoria, a la que había añadido muchos detalles, y por eso temía que se le olvidara. No obstante, empezó a relatarla ante el asombro de todos los que le escuchaban y nadie dejó de observarme mientras él habló. Cuando ya se disponía a colocarme el penacho real en mi turbante, un anciano emir, al que yo conocía muy bien, vino a hablarle al oído. El buen monarca cambió de color, dijo que se encontraba mal y disolvió la asamblea; a mí me llevaron de nuevo al harén.

Algunos momentos después, Gazahidé recibió la orden de presentarse en los aposentos de su padre; al rato volvió deshecha en lágrimas.

—¡Ay, querido esposo! —me dijo la princesa—. ¡Están haciendo una extraña acusación en tu contra! El emir Mohabed dice que eres el hijo del pescador Ormossuf, que le vendías pescado y que ha hablado contigo de pasada cientos de veces. Asegura que la historia que nos has relatado no es más que un cuento, que tus piedras preciosas son falsas y que si parecen verdaderas es con la ayuda de la magia; en una palabra, dice que eres un impostor respaldado por algún malvado Divo. Mi padre no está aún del todo convencido, pero duda y se ha estremecido al oír el nombre de Ormossuf, ya que sabe que tiene más derecho que él a ocupar el trono de Daghestán y que por esa razón el pescador le detesta. Quería que fueran a casa del buen Ormossuf para detenerle a él y a toda su familia, con el fin de someterles a un riguroso interrogatorio, pero le he suplicado que esperara hasta mañana para dar esa orden. Le he hecho comprender que si realmente eres Farukruz, nunca le podrías perdonar semejante agravio y que, por otra parte, provocaría que se desencadenara la ira de Asfendarmod, haciéndome desdichada para el resto de mis días. He acabado asegurándole que me amas lo suficiente como para confiar en mí y que le rendiré cuentas sobre tu posible confesión. Dime, pues, la verdad y cuenta con mi amor y mi lealtad. Si eres Barkiarokh, hijo de Ormossuf, no por ello te amaré menos, y no perderé las esperanzas de arreglar este asunto para que sigamos siendo felices.

Mi alma era demasiado falsa para creer que aquello que me decía Gazahidé fuera sincero, y distaba mucho de querer ponerme a la merced de mi segunda mujer; demasiado era el terror que sentía ante el poder que ejercía sobre mí la primera. Me quedé, pues, perplejo, y Gazahidé me renovó tiernamente su propuesta, cuando un horrible pensamiento pasó por mi cabeza y alivió mi malvado corazón del agobio que sentía. Aparenté estar tranquilo y, sonriendo, dije a la princesa:

—Admiro tu prudencia; bien sabes que los placeres que están al alcance de la mano tienen más valor que los que se desean y he visto que no piensas renunciar a los de hoy. No dudo de tu palabra, y no dependerá de mí el que pasemos este día tan agradablemente como los tres anteriores. Por lo demás, si todos los detalles que te voy a contar a continuación, y si cuando mañana le hagas partícipe de ellos a tu padre, el rey, no queda satisfecho, podrá, si así lo desea, consultar con todos los pescadores de Berduka. Terminará pidiéndome perdón y yo se lo concederé en nombre del amor que siento por ti.

Semejante a una rosa que el calor del mediodía ha marchitado y a la que una grácil nube confiere un nuevo colorido, Gazahidé volvió a animarse al oír mis palabras. Sus mejillas se tiñeron de un delicado tono encarnado que la embellecía aún más y sus ojos brillaron de amor y alegría, mientras yo me enardecía cada vez más por ella. Respondí con arrebato a las caricias que me prodigaba para hacerme olvidar la injuria que ella creía que me habían hecho y, a cada instante, me afianzaba más en la resolución que había tomado de intentar cualquier cosa con tal de no perder la felicidad que poseía. Las horas pasaban demasiado deprisa. Hacia el anochecer, el rey, que sin duda no se había atrevido a aparecer ante mí, mandó al jefe de los eunucos para informarse sobre las novedades que pudiera tener su hija. La princesa mandó que le dijeran que todo marchaba estupendamente y que podía dormir tranquilo.

No había olvidado la promesa que había hecho a la princesa de volver a contarle mi historia más detalladamente de lo que, en un principio, lo había hecho; lo iba aplazando hasta el momento en que pudiera serme de alguna utilidad para conseguir mis planes. Poco después de habernos acostado, empecé mi nuevo relato, pero resultó ser tan absurdo, tan largo y tan aburrido que, según era mi intención, Gazahidé se quedó dormida y poco faltó para que yo me durmiera también; pero las oscuras intrigas mantienen muy despierta la mente.

Ya bien avanzada la noche, me coloqué el anillo en el meñique izquierdo y me dirigí hacia los aposentos del rey, donde él mismo me había llevado en otra ocasión. Calili y los eunucos de Gazahidé dormían en su antecámara; los que estaban encargados de la vigilancia del rey se encontraban a ambos lados de su puerta, la cual sólo se cerraba con un cortinón. Pasé entre ellos sin hacer el menor ruido y encontré al venerable monarca sumido en un profundo sueño. A la luz de los velones que iluminaban su habitación, y tomando todas las precauciones necesarias, agarré una almohada y la apreté sobre el rostro del rey para asfixiarle, sin darle tiempo a soltar

un solo suspiro. A continuación, coloqué su cabeza fuera de la cama, de modo que la sangre extravasada hiciera pensar en un accidente natural, y volví temblando por donde había venido. Estaba tan aturdido que acabé perdiéndome por dos o tres corredores por los que nunca había pasado. Por fin, volví a encontrar mi camino, y ya frente a la puerta de Gazahidé di un paso en falso y caí cuan largo era al suelo. Azorado por mi caída, que atribuía a una causa sobrenatural, dije con voz débil y espantada:

—¡Oh, cruel Homaiuna!, no me rodees tan pronto con tu temible influencia; déjame por lo menos un poco de tiempo para gozar del fruto de mi crimen.

De pronto ya no tuve miedo y me levanté rápidamente para volver a acostarme al lado de la princesa, manteniéndome alejado de ella por temor a que se despertara y que se diera cuenta de que yo no dormía.

Ya no sentía los remordimientos que segundos antes me habían asaltado y empecé a buscar excusas para el horrible acto que acababa de cometer en defensa de mi propia vida. Ciertamente, me congratulaba al considerar que el amor que sentía por mí la heredera del trono me aseguraba la posesión del mismo.

Sumido en estos pensamientos, vi amanecer el nuevo día sin sentir el menor rastro de inquietud, y en modo alguno me asusté al oír los gritos que hicieron retumbar el harén. Gazahidé se despertó sobresaltada, se medio incorporó y volvió a caer lívida en su lecho al conocer la noticia de la muerte repentina de su padre. Sus esclavas y sus eunucos corrían presas de una gran agitación de aquí para allá. Calili era el único que se había quedado a su vera y me ayudaba a auxiliarla. Durante largo rato, nuestros cuidados fueron inútiles; al fin, abrió sus hermosos ojos, los fijó en mí como si quisiera pedir mi compasión y yo le tendí mis pérfidos brazos, pero antes de poder estrecharla entre ellos, recibí sobre mi pecho descubierto el terrible golpe de la fatídica varita. Caí derribado y, rodando por el suelo como un poseso, exclamé con voz frenética:

—¡Maldita sea tu existencia, infame Barkiarokh! ¡Maldita sea tu perversidad, tu hipocresía, tu ingratitud hacia Homaiuna y tu maldad hacia la inocente Gazahidé! Y, sobre todo, ¡maldito sea el anillo, que haciéndote invisible, ha favorecido tu último crimen! ¡Que la tierra se abra y se trague al asesino de su soberano dormido, del venerable anciano que te había adoptado como hijo! ¡Ah, al menos desgarra con tus dientes estas horribles manos que le han dado muerte, para así vengar a la naturaleza ultrajada!

Mientras profería aquellas furiosas exclamaciones, me mordía el brazo, me daba con la cabeza en el suelo y mi sangre salía y corría a través de mis múltiples heridas; mientras tanto, Gazahidé, que se había quedado petrificada, me observaba y me dejaba hacer.

Al cabo de media hora de soportar esta agonía, la terrible influencia cesó y mi natural malvado recobró sus fuerzas. Comprendí que estaba perdido si no recurría a alguna nueva estratagema y, suspirando profundamente, dije:

—Gracias al Cielo que se me ha pasado este ataque de locura; tranquilízate, querida esposa, que esto no volverá a ocurrir en mucho tiempo; sólo me había ocurrido en otra ocasión.

Al pronunciar aquellas palabras, traté de arrastrarme hasta su lecho, pero el enano, con los ojos encendidos por la ira, se abalanzó sobre mí y exclamó:

—No te acerques a mi princesa, monstruo detestable; no te servirá de nada atribuir tu enorme y criminal culpabilidad a una carencia momentánea de razón. Yo mismo te he escuchado esta noche cuando volvías de los aposentos del rey. Has tropezado y te has caído a cuatro pasos de mi cama, a la vez que conjurabas a esa Homaiuna que acabas de volver a nombrar, rogándole encarecidamente que te dejara disfrutar del fruto de tu crimen. Creía haber tenido una pesadilla, pero demasiado bien había oído la verdad. Si te atreves a dar un paso más, me abalanzaré sobre ti y te arrancaré con mis uñas los restos de carne que te ha dejado tu ataque sobrenatural de remordimientos.

Pese a que mis convulsiones me habían dejado extremadamente abatido, saqué fuerzas de la rabia que me dominaba por verme obligado a admitir lo que yo intentaba negar y, agarrando a Calili, le arrojé al mar que bañaba las murallas del palacio por ese lado; pero para mi desgracia, pude ver que el enano se ponía a nadar con sorprendente agilidad en lugar de ahogarse.

Estaba confuso, y Gazahidé volvió a desmayarse mientras se oían innumerables voces que clamaban: «¡Venganza, venganza! ¡Que las puertas se cierren y que en todas partes se crucen los sables! Barkiarokh ha matado a nuestro rey; ¡no dejemos escapar al malvado!»

Al oír este espantoso alboroto, empecé a temblar y a temer por mi vida como un cobarde. Abandoné a la princesa, y haciéndome invisible, eché a correr con la intención de salir del palacio; pero todos los caminos estaban cerrados y los hierros resplandecientes de los sables revoloteaban por doquier. Ante este extremado peligro, me aferré a un sicomoro cuya altitud era de unos cincuenta codos y que estaba plantado en el centro del gran patio. Empecé a trepar por él apresuradamente, y una vez llegado a su cima, me acoplé lo mejor que pude. Desde allí podía observar con un inexplicable terror a la multitud, que deseaba aniquilarme y que se acrecentaba por momentos, y al furioso enano que no dejaba de animarlos. Esta escena, de la que era a la vez miserable espectador y horrible protagonista, duró casi sin descanso las veinticuatro horas del día siguiente y, para más desgracia, la molesta postura en la que me encontraba y mi nerviosismo acabaron produciéndome un terrible ataque de la maldita gota de la que había librado a mi padre. Habría podido dar unos alaridos que habrían hecho vibrar los aires en una legua a la redonda, pero el miedo me detuvo. Sin embargo, al sentir que me debilitaba por momentos, me quité el turbante y me até con él fuertemente al árbol para no caerme sobre las picas y las espadas afiladas de mis enemigos.

En este estado, profiriendo en voz baja toda clase de imprecaciones y con el

corazón desesperado, aún pasé un día contemplando la horrorosa confusión que reinaba a mi alrededor. De pronto, me pareció que la vista me empezaba a fallar, que ya no podía oír nada con nitidez y que apenas podía sentir mi propia existencia; entonces fue cuando unos fuertes golpes de hacha dados en las afueras del palacio me hicieron estremecer y perder el conocimiento.

¡Cuál no sería mi sorpresa, después de volver en mí, al verme echado cómodamente sobre unos blandos colchones de seda y perfumados con los olores más delicados! Abrí los ojos y vi, a la luz de una gran lámpara de cristal, que me hallaba en una magnífica habitación de color grisáceo y que en su otro extremo había un oratorio, donde un derviche murmuraba unas oraciones con gran fervor, a la vez que repetía mi nombre a cada instante. No sabía qué pensar ante semejante visión. La contemplé en silencio durante mucho tiempo, y al fin llegué a pensar que me encontraba en la región de los muertos. Muy extrañado por el trato tan agradable que allí recibía, no pude contenerme y exclamé:

—¡Oh, yo no merecía tanta misericordia!

Aquellas palabras hicieron que el derviche volviese la cabeza hacia mí y que se acercara apresuradamente hacia donde yo me encontraba. Enseguida pude reconocer a Alsalami.

—Hijo mío —me dijo—, me ha gustado esta primera jaculatoria de un corazón contrito. ¡Alabado sea el Cielo, que no va a permitir que mueras en la impenitencia!

—¿Acaso estoy aún en el mundo de los vivos? —pregunté.

—Sí —me respondió el derviche—, gracias a la bondad de Homaiuna.

—Si mi vida hubiera dependido de esa cruel Peris —respondí—, ya estaría muerto; ha hecho todo lo posible para destruirme.

—No, no —volvió a decir Alsalami—, sólo ha hecho lo que tenía que hacer. No era conveniente que una Inteligencia pura como ella permitiera que pudieras tocar a Gazahidé con manos aún impregnadas del aliento que acababas de arrancar a su padre. Te ha golpeado con su temible influencia, no para divulgar tu crimen, sino para evitar que le añadieras otro cruel agravante. Sin embargo, cuando te ha visto colgado del sicomoro (ya que tú no puedes ser invisible para ella), se ha enternecido. «Hay que salvarlo —dijo ella—, y darle tiempo para que se arrepienta.» En el acto, ha emprendido el vuelo hacia las montañas donde viven aquellos hombres robustos y valientes y ha mandado formar un ejército para ti. Guiados por ella han vencido a tus enemigos, han echado abajo las puertas del palacio y te han bajado del árbol, después de haberte cambiado de dedo el fatídico anillo. A continuación, te ha procurado los cuidados que necesitabas y, dejándome aquí para ver si te recuperabas, se ha vuelto a ir para terminar de asegurar el trono a tu familia. ¡Oh, Barkiarokh!, podías haber subido a ese trono sin necesidad de cometer un crimen; ahora, tu penitencia será la que te permita ascender por esos escalones. Daud fue un asesino como tú, pero mereció el perdón y llegó a ser el mejor de los reyes.

Este consolador y devoto discurso, que me pareció, no obstante, bastante trivial,

me hizo comprender que en la situación en la que me encontraba, lo único que podía serme útil era la hipocresía. Empecé, pues, a golpearme suavemente el pecho con un aire serio que parecía sincero; me acusé, me maldecí despiadadamente y supliqué al derviche que intercediera por mí. Después de conseguir que el santo llorara por mí, le dije:

—¡Ay! ¿Qué ha sido de la inocente princesa que he convertido en huérfana?

—Está en su palacio —me respondió—, y muy enferma, en el lecho donde la has dejado; pero Homaiuna la cuida y no me extrañaría en absoluto que la hiciera revivir. Con el mismo celo, la Peris ha apaciguado a los amigos del rey dormido. A pesar de no haber empleado la mentira, la gente empieza a dudar de la acusación hecha sólo por Calili en contra tuya. Gazahidé aún no ha abierto la boca para quejarse de lo que ocurre; ni siquiera ha pronunciado tu nombre.

—¿Qué han hecho con ese maldito enano? —pregunté con ira.

—Calma, calma, hijo mío —dijo el derviche—, es necesario perdonar si quieres que Alá te perdone. El enano ha huido y nadie ha salido en su busca.

—¡Que el Cielo le guíe! —repuse con aire de humildad—. ¿Acaso no es tan perverso como yo? Pero me gustaría, si ello es posible, ver a mi padre y poder testimoniarle a Homaiuna mi gratitud.

—Ormossuf —me respondió— gobierna el reino aunque no ha querido ser investido como rey. En estos momentos está demasiado ocupado para recibirte y, a decir verdad, no parece tener muchas ganas de verte. En cuanto a la Peris, sin duda podrás verla, ya que así lo deseas; pero descansa, tanta agitación podría serte perjudicial.

Y, diciendo estas palabras, se volvió hacia su oratorio.

Lo único que deseaba era quedarme a solas con mis pensamientos. Tenía que preparar el plan que me iba a ayudar a conseguir una corona que me permitiría tranquilizar o dominar a Gazahidé, porque esta encantadora princesa seguía estando presente en mi recuerdo. Sin embargo, mi actual destino dependía de Homaiuna, a la que no podía engañar tan fácilmente como al derviche. Las excesivas protestas y el disimulo no me habrían servido de nada con ella; así que no empleé la mímica y dejé que mis miradas se encargaran de convencerla, no sólo de mi arrepentimiento, sino también de que volvía a sentir el cariño que en otro tiempo había sentido por ella. Pese a sus múltiples experiencias, Homaiuna no era desconfiada y me amaba. Alsalami hablaba con exaltación en mi favor, y Ormossuf quería abdicar. Así fue como se decidieron a proclamarme rey de Daghestán. No consideré necesario fingir que aquello me desagradaba. Me contenté con decirle a la Peris:

—Tengo que repetirte las mismas palabras que la reina de Chucán te dijo en una ocasión parecida: «Todo el peso de la realeza recaerá sobre tus hombros, mi querida Homaiuna.»

Aquella propuesta complació a mi activa esposa, y por interés la mantuve en los primeros días de mi reinado. Dejé que tomara todas las disposiciones que creyera

convenientes, y hasta le permití que nombrara a Alsalami mi gran visir, aunque la elección me parecía bastante ridícula. Se trataba de conquistar el cariño y el respeto de mi pueblo y me dediqué a ello en cuerpo y alma. A menudo me dejaba ver en las mezquitas, donde daba grandes limosnas a los pobres y excesivas libertades a los imanes. Cada día administraba personalmente la justicia y sólo en contadas ocasiones permitía a Alsalami ocupar mi lugar para complacer a Homaiuna.

Un día, estando ambos de buen humor conmigo, empecé a hablar sobre el destino, para dejarles que emprendieran más tarde, como era su costumbre, una larga disertación sobre el tema. Después de escucharlos durante algún tiempo con fingida atención, exclamé:

—¡Ay, quién mejor que yo para afirmar que somos todos esclavos del destino! Mi amor por Gazahidé me ha hecho cometer un crimen por el que no dejaré nunca de llorar y, sin embargo, me consumo pensando en volver a ver a mi infortunada princesa; su imagen me sigue a todas partes perturbándome cuando rezo, y si no logro satisfacer ese invencible deseo, nunca más volveré a ser feliz. No te ofendas por lo que acabo de decir, querida Homaiuna —proseguí—; mi ternura hacia ti se basa en la admiración y en la gratitud, y ésta última será siempre eterna, mientras que mi ciega pasión hacia tu rival durará mientras se vea contrariada.

—No estoy nada celosa —me respondió la Peris con aire majestuoso y sereno—, pero tengo miedo de tu carácter violento y presiento con dolor los males que te estás buscando. Gazahidé siente hacia ti tal horror que preferiría antes ver al mismo Degial[23] que a ti. Tu presencia es capaz de hacerla morir.

—¡Oh!, las personas no se mueren con tanta facilidad —le contesté—; si no te opones a que la cuide, yo la tranquilizaré, aunque bien es cierto que tus cuidados son mejores y más útiles que los míos.

—Haz lo que te plazca —me dijo Homaiuna—; debo someterme a tu voluntad, pero no por ello dejo de tener funestos presentimientos.

Aparenté no haber oído estas últimas palabras y aún menos los profundos suspiros de Alsalami que las acompañaban; al instante me dirigí a los aposentos de Gazahidé.

Los eunucos y las esclavas se asustaron al conocer mis planes, pero les ordené que se callaran y les prohibí que me siguieran, amenazándoles con la pena de muerte si osaban desobedecerme. Entré sin hacer ruido, pero no recurrí a mi invisibilidad, pues temía asustar a Gazahidé; así pude contemplarla sin ser visto por ella. Estaba sentada sobre un montón de cojines y prácticamente de espaldas a la puerta; sus cabellos desordenados parecían un bordado de oro sobre la túnica negra que llevaba puesta. Con la cabeza apoyada en las rodillas, inundaba con sus lágrimas el carbúnculo que yo había regalado a su padre y que él le había entregado para que lo guardase. De puntillas, me acerqué a ella dando un rodeo para que no me viera y, echándome a sus pies, la estreché con fuerza entre mis brazos, como si temiera que se fuera a escapar.

Pese a mi atrevimiento, no pude evitar sentir un estremecimiento involuntario al poder ver y tocar a la mujer que me inspiraba tan violenta pasión, y a la que tanto había ofendido. Apenas pude balbucear algunas palabras de excusa, porque me interrumpió con un grito desgarrador al que siguió un desvanecimiento, que se asemejaba más a la muerte que a un desmayo.

Tan funesto incidente tendría que haber reprimido mis fogosos arrebatos y, sin embargo, no hizo más que recrudecerlos. Avergonzado, salí de su aposento tapándome la cara con el embozo de mi túnica y ordené a los eunucos y a las esclavas que corrieran en ayuda de su señora.

En aquellos momentos no necesitaba para nada la intervención de la funesta varita; mi corazón estaba suficientemente atormentado, aunque más bien era por despecho y rabia que por remordimientos. A esta primera tentativa siguieron otras, pero con todas obtenía el mismo resultado. Siempre abrazaba con ardor aquel cuerpo que parecía muerto, para terminar abandonándolo horrorizado. A menudo, al dejar estas espantosas escenas, me dirigía hacia la mezquita y allí me golpeaba el pecho con tal violencia, que los presentes se quedaban admirados al ver a su rey convertido en un ardiente mártir de la penitencia, como si se tratase de un fanático faquir.

No obstante, Homaiuna, que no ignoraba mis desgraciadas visitas a Gazahidé, no me hablaba de ello. Hacía bien, pues, como ella era la causa de mi inaudita adversidad, podría haberme hecho perder la paciencia. Alsalami se aventuró a hacerme una humilde advertencia, pero le hice callar en un tono que le dejó aterrado. Fue a meterse en su cama y ya no volvió a salir de ella. La misma Peris vino a anunciarme su muerte y a proponerme un nuevo visir de su elección. Estaba demasiado irritado con ella como para complacerla. Le reproché el haber agobiado con demasiadas fatigas al pobre anciano solitario, que desde su juventud estaba acostumbrado a llevar una vida tranquila, y le hice ver que era normal que hubiera sucumbido bajo el peso de los cargos que ella absurdamente le había otorgado; le aseguré que en el futuro escogería personalmente a mi gran visir.

—Entiendo —exclamó en un tono más bien triste y compasivo que irritado—; sólo quieres dar tu confianza a aquel que favorezca la pasión desordenada que te atormenta y te devuelva la perla de tu harén. ¡Ah!, si el Cielo no intercede por ti, llegarás a ser aquel malvado rey que el fatídico pergamino anuncia al mundo.

Cuando hubo acabado de hablar, se retiró y sentí la tentación de apalearla para que se arrepintiese, ya que me constaba por la historia que me había contado, que sin llegar a hacerla morir se le podían infligir los tormentos más crueles y hacerla sufrir con los dolores más agudos. El temor a que pudiese privarme de mi princesa hizo que me contuviese; pero, desgraciadamente, la razón que me hacía tratarla con miramientos no perduró mucho tiempo.

Al despertarme al día siguiente, oí fuertes gritos que procedían de los aposentos de Gazahidé. Me levanté asustado y corrí hacia allá; sus eunucos y sus esclavas se postraban en tierra a mi paso, sin dejar de dar aquellos espantosos alaridos.

Enfurecido, pasé a través de aquella vil muchedumbre y entré en la habitación de la princesa. Allí, sobre el estrado, encontré mi carbúnculo, acompañado de una nota que contenía estas terribles palabras: «¡Vuelve a coger tu maldito carbúnculo, detestable Barkiarokh! El mar, que va a recibir el miserable cuerpo que tú has ido consumiendo día a día, no te lo devolverá jamás. ¡Ojalá el Cielo hubiera permitido que las olas se lo hubieran tragado antes de la hora fatal en la que tú lo profanaste por primera vez!»

Como un enfermo que se congratula por vivir muchos años a pesar de los males que le van minando y que de pronto se siente herido por la espada del Ángel de la Muerte, así me sentí reducido a la nada al perder aquel amor que diariamente me causaba tanto dolor. Me eché sobre el diván y allí permanecí estupefacto durante la mitad del día. Al fin, recobré mi facultad de pensar y empecé por acusar a la Peris.

—Ella es —dije— quien, con su pequeño y feo pez ha hecho que me vea aquejado por la gota de mi padre, y que consiguiera el fatídico anillo; ella es quien, por la envidia que le causa su despecho, me ha obligado a confesar mi crimen ante Gazahidé y me ha expuesto a un gran peligro. Ella es, sin duda, quien ha arrojado a una princesa que poseía demasiada dulzura y suficiente amor por mí como para haberme perdonado si hubiera podido escucharme, a un letargo sobrenatural; a buen seguro que Gazahidé no ha preferido escoger libremente la muerte antes que a mí. Pero ¿se habrá arrojado ella misma al mar? ¿Debo creer lo que está escrito en esta nota, sin pensar que han intentado engañarme? Cierto es que Gazahidé no ha podido evadirse por ninguno de los medios que tenía a su alcance; la altitud a la que se encuentran sus ventanas y los incorruptibles vigilantes que yo había puesto a su disposición, responden de ello; pero ¿quién me asegura que la Peris no la ha secuestrado, llevándosela a otro país? ¿Acaso no había suplicado y obtenido tal poder en favor del eunuco Gehanguz? ¿Acaso ayer no me amenazó con ello en cierta forma? ¡Ah, preferiría que Gazahidé se hubiera ahogado realmente antes que verla en unos brazos que no sean los míos! Sea como sea, tengo que vengarme de Homaiuna y, para poder hacerlo, es necesario que disimule mis verdaderos sentimientos.

Después de hacerme estas reflexiones, surgió un plan digno de mi mente; salí del funesto aposento con aire melancólico, pero tranquilo, y me retiré al mío. No rechacé la visita que Homaiuna venía a hacerme y la recibí con aires de gratitud.

—Tú lo habías presagiado —dije—, al decirme que el Cielo frenaría el curso de mis culpables excesos; estás iluminada pero, por desgracia, creo siempre en ti demasiado tarde; he hecho un examen de conciencia y, aunque no pueda dejar de llorar por la pérdida que me he ocasionado a mí mismo, la soportaré con resignación. Ayúdame con tus consejos y sigue gobernando mis Estados, mientras que yo me dedicaré a las prácticas piadosas tan necesarias para mi alma.

—¡Alá y su Profeta sean loados por el retorno de tus buenos sentimientos! —exclamó la Peris—; pero ¿acaso era necesario que eso le costara la vida a la pobre princesa? Yo la quería, y al menos me habría gustado celebrar sus honras fúnebres. ¡Vana esperanza! Ya que sólo se ha podido encontrar su velo flotando sobre las olas

del mar. ¡Cuántas precauciones ha tenido que tomar para quedar sepultada para siempre bajo las aguas!

—¿Creéis, pues —pregunté mirando fijamente a Homaiuna—, que la amable Gazahidé ha perecido sin remedio en las profundidades del mar?

—Claro que lo creo —respondió ella—. ¡Ay, es más, estoy segura de ello! ¿Acaso tú lo dudas? ¡Ah, mi querido Barkiarokh!, acaba con esas quimeras, que no harán más que turbar tus buenas intenciones; mejor será que te busques algunas diversiones lícitas; si puedes llegar a ser feliz sin tener que avergonzarte y sin cometer crímenes, ya no me quedará nada más que desear.

Esta charla amistosa, en lugar de emocionarme, hizo que me irritase aún más en contra de la Peris. Sabía que era incapaz de mentir; por eso me convencí de que no había secuestrado a Gazahidé, pero no por ello podía afirmar que no era la causante de su pérdida. Me atuve, pues, a los planes que había concebido en contra de ella y terminé llevándolos a cabo después de tres días en los que me dediqué a darle muestras de cariño y confianza para alejar sus sospechas.

Las personas malvadas se reconocen entre sí por sus corazones corrompidos; me había parecido que el jefe de mis eunucos, Ologú, era un perfecto criminal y el instrumento que yo necesitaba. Le ordené que escogiera entre sus compañeros a aquél que le pareciera más capacitado para brindarme su ayuda. Me presentó a dos de ellos, diciéndome que eran de confianza.

—Amigos míos —les dije—, en estos momentos deseo confiaros mi infortunio. Una triste casualidad hizo que me casara con una maga que se entregó a mí como una sencilla e inocente criatura. Poco después de nuestros desposorios me mostró algunos trucos de su oficio que yo observaba en silencio y a los que no di mucha importancia, aunque luego llegó a cometer atrocidades; para conseguir que yo reinara, o más bien para reinar ella misma, ha matado al rey, asfixiándole; y por celos acaba de arrojar al mar a la princesa. Tengo que castigar unos crímenes tan execrables, pero el problema es encontrar un medio adecuado. Tiene la facultad de desaparecer y de trasladarse al lugar que quiera; por esa razón sería inútil dejarla en manos de la justicia pública. El único modo de infligirle el castigo que se merece es sorprendiéndola mientras duerme.

—Sire —interrumpió Ologú—, hace ya mucho tiempo que me he dado cuenta de la maldad y de la hipocresía de Homaiuna; si así nos lo ordenas, esta misma noche entraremos armados en su aposento y la moleremos a golpes antes de que pueda darse cuenta de lo que ocurre.

—De acuerdo —respondí—, será un acto de justicia por el que os recompensaré.

Este nuevo delito consiguió el éxito que yo esperaba. La Peris se habría muerto mil veces en caso de ser mortal. Su cuerpo no era más que una llaga cuando desapareció ante los ojos atónitos de sus crueles asaltantes que, por orden mía, divulgaron los crímenes de los que yo la acusaba y la forma en que mi venganza se había visto frustrada.

La veneración que el pueblo sentía por mí, y la cantidad de testigos que tenía, hizo que mi postura fuera admitida como cierta. Se me compadeció, y los partidarios del rey asfixiado y de la princesa ahogada me agradecieron el haber hecho justicia e hicieron que me comprometiera a proclamar la pena de muerte contra todos aquellos de mis súbditos que ayudaran o dieran asilo a Homaiuna. El único que sabía la verdad y que conocía la injusticia que yo había cometido era Ormossuf; pero mi padre se había dejado llevar por la indolencia y ya no tenía a su amigo derviche para animarle, de forma que no tuve que preocuparme demasiado por este asunto, y ya no oí en absoluto hablar de él.

Nada podía igualar la alegría que sentía al pensar que la Peris tenía suficientes preocupaciones con curar sus heridas y que, por lo tanto, no tendría más remedio que dejarme en paz por algún tiempo. Decidí aprovechar esta tregua y olvidar a Gazahidé mediante algunas distracciones que me hicieran pasar el rato. Los tranquilos placeres de mi harén me parecían demasiado insípidos para producir el efecto deseado. Pero mi anillo podía procurarme alguna diversión más excitante, que no me impediría conservar mi reputación de santidad. Informé de mis planes a Ologú, que no tardó en traerme una lista de las mujeres más hermosas de Berduka, entre las que se encontraba la favorita del emir Mohabed, aquel que inoportunamente me había reconocido como Barkiarokh cuando me iba a convertir con toda tranquilidad en rey, bajo el nombre de Farukruz.

Fue un verdadero placer para mí empezar con ella. Al clarear el día, envié a Ologú a casa del emir con la orden de que se presentara inmediata y personalmente en el Diván. Haciéndome invisible, acompañé a mi mensajero y me escondí en un rincón de la habitación. Desde allí pude oír las divertidas quejas del anciano.

—Tengo que dejarte, luz de mis ojos —decía Mohabed a su mujer—; el imbécil de Barkiarokh, que más bien ha nacido para ser pescador que rey, quiere manejar a los hombres bajo la luz de las estrellas, al igual que antaño manejaba su barca. Además, ha perdido a dos de sus mujeres y no quiere volver a tomar otra esposa, porque la sola idea de ello le inquieta. Por eso, no piensa en los maridos más felices que él, que no desean levantarse tan temprano.

—No hables mal de este piadoso monarca —exclamó una dulce y argéntea voz —; es tan bueno que todo el mundo tiene que quererle. Vamos, no le hagas esperar, que me quedaré pacientemente en la cama hasta tu regreso.

El emir murmuró algunas palabras más, se despidió y partió.

Apenas había salido Mohabed de la estancia, cuando la dama exclamó con indignación:

—¡Vete, odiado esqueleto, y ojalá no vuelvas nunca! ¡Ay!, ¿por qué no perteneceré a ese amable Barkiarokh, que es más bello que el sol resplandeciente?

No necesitaba tomar grandes precauciones para mostrarme ante una mujer tan bien dispuesta. En principio se asustó, pero no tardó en serenarse, de forma que pasé con ella todo el tiempo que mi gran visir, que aquel día ocupaba mi puesto en el

Diván, empleó oportunamente en charlar con el emir; y en honor a la verdad, era un experto en la materia.

Volví en numerosas ocasiones a visitar aquel barrio y pude deleitarme con los espectáculos que montaba la dama para divertirme. Un buen día, empecé a ser inconstante y la mujer del imán de la gran mezquita se convirtió en mi segundo capricho. No tenía resentimiento alguno en contra del marido; al contrario, era mi mejor amigo, pero a eso no le daba yo mucha importancia. En este caso obtuve el mismo éxito que en mi primera aventura, y lo mismo ocurrió con las que una tras otra emprendí. Ologú frecuentaba todos los harenes donde pensaba que podría encontrarse algún asunto interesante para mí, previniendo habilidosamente a las damas para que no me delataran, y ellas, por su propio interés, estaban obligadas a guardarme el secreto.

Pero, ¡oh, desdichados compañeros míos!, dado que estos frívolos detalles no tienen nada que ver con nuestra horrible situación, los pasaré por alto para ocuparme de aquel fatídico día y de los hechos más importantes.

Aunque sólo consideraba mis múltiples adulterios como meros juegos de ingenio, no por ello dejaba de extrañarme por la poca atención que la Peris les dispensaba. Hacía ya tiempo que sus heridas tenían que estar curadas y, sin embargo, no recibía ningún toque de su varita. Acabé pensando que los golpes que había recibido de mis eunucos la habían hecho entrar en razón, o que se había buscado algún otro lugar donde vivir.

Aquellos placeres sin obstáculos me llenaron hasta la saciedad. Pasados algunos años, mis ataques de gota se multiplicaron y la hipocresía que se había convertido en una práctica usual en mí, hicieron que me convirtiera en un ser insoportable. Ologú, que insensiblemente se había convertido en el dueño de todos mis secretos, viajaba a menudo a diversas partes del mundo para traerme jóvenes bellezas, pero siempre acababa molestándose al ver que yo las despreciaba. Solamente podía hablarle de Gazahidé, cuyos encantos había vuelto a recordar desde el comienzo de mi hastío por aquellas aventuras. De modo que este miserable esclavo no sabía ya qué hacer para complacerme, cuando un incidente inesperado puso fin a mi letargo.

Un día en que había concedido audiencia al pueblo, dos mujeres cubiertas con un velo se presentaron al pie de mi trono, y con voz tímida y suplicante me pidieron que les escuchara con atención. Me emocioné al oír el deje de sus voces y, sin saber por qué, ordené que las condujeran a mi harén, donde no tardé en llegar. Cuál no sería mi sorpresa al ver que aquellas dos mujeres eran mis dos cuñadas, tan guapas y tan lozanas como en aquellos tiempos, cuando secretamente las envidiaba. Demasiado favorable era la ocasión para dejarla pasar.

—Mujeres de mis hermanos —les dije—, podéis estar seguras de mis buenas intenciones, pero dejemos para otro día lo que tenéis que decirme. El principal asunto de mi harén es el placer; y después siguen los demás.

Eran demasiado indolentes y tenían poco ingenio para ser escrupulosas. Pasé

algunos días colmándolas de atenciones y después les recordé que tenían algo que contarme.

—¡Oh!, nos habíamos olvidado por completo de nuestros ancianos maridos —exclamó la más joven—; son tan viejos y tan miserables que no es de extrañar. Son incapaces de trabajar y de sernos útiles para cualquier cosa. Hemos errado de ciudad en ciudad a merced de la gente caritativa, desde aquel día en que Ormossuf nos echó de su casa. Nos han dado pan, pero no hemos recibido ningún consuelo. El Afrita del Desierto Fangoso es el único que ha parecido compartir nuestras penas; pero tus hermanos no se han atrevido a emplear el remedio que él les había indicado.

Mi cuñada se sonrojó al pronunciar aquellas palabras y guardó silencio.

—Acabad de una vez —les dije acaloradamente—, ya que habéis avivado mi curiosidad. ¡Deseo conocer esa aventura!

HISTORIA DE LA CUÑADA DE BARKIAROKH

Pues bien, te la voy a contar —respondió—, pero cuando la oigas te vas a horrorizar aún más que tus hermanos. Así empieza esta historia: Una buena mujer, a quien habíamos contado lo ocurrido con el pequeño pez y la desgracia que había atraído sobre nuestras cabezas, vino apresuradamente un buen día a buscarnos a la choza donde nos refugiábamos por la noche.

»—Hijos míos —dijo—, acabo de enterarme de una cosa que podría seros útil; por eso no he perdido ni un segundo en venir a poneros al corriente de ello. Se dice que a treinta montañas de aquí se encuentra el Desierto Fangoso, donde vive un Afrita muy cortés, que no rehúsa dar sus consejos y su ayuda a cualquiera que se los pida, siempre que no se contradigan sus extraños caprichos. Por ser pobres, sois buena gente, personas de trato agradable y complacientes, y por todo ello seréis bienvenidos a aquel lugar. Es verdad que el camino hasta allí es un poco largo, pero acostumbrados como estáis a andar sin cesar por todas partes para mendigar, os parecerá que la distancia es más corta. Creo que sería muy conveniente que hicierais este viaje; si con ello no tenéis nada que ganar, tampoco tenéis nada que perder, ya que no poseéis nada.

»Esta conclusión era persuasiva; dimos las gracias a la buena anciana y enseguida nos pusimos en camino.

»Andábamos muy poco cada día, ya que nuestros maridos se cansaban al caminar durante mucho tiempo; en cuanto a mi hermana y a mí, la esperanza de que tus pobres hermanos pudieran volver a encontrar su juventud y sus fuerzas, nos hizo ser tan ágiles como dos ciervas que persigue el cazador. Antes de seguir con mi relato, tengo que ser justa con los buenos musulmanes que habitan en aquel extenso país y reconocer que durante los dos meses que tardamos en atravesarlo, nunca nos faltó de nada; cierto es que no les dijimos cuál era el objetivo de nuestro peregrinaje, temiendo escandalizarlos, ya que los Afritas no son en absoluto amigos del Santo Profeta, en cuyo nombre nos daban limosna.

»Finalmente llegamos al Desierto Fangoso, y al verlo estuvimos a punto de desanimarnos por lo detestable que era aquel lugar. Imagínate un inmenso terreno cubierto de un negro y espeso fango, sin senderos, sin árboles y sin animales, exceptuando algunos cerdos que apagaban su sed en aquel barro y hacían de aquel paisaje un lugar aún más horrendo. A lo lejos, pudimos ver la caverna del Afrita; pero corríamos el riesgo de hundirnos en el lodo o de ser despedazados por los cerdos antes de llegar hasta él, pues no teníamos ningún medio para defendernos de aquellas bestias. Al tener tantos, su dueño demostraba el aprecio que sentía por aquellos animales.

»—Volvamos atrás —exclamaron tus dos hermanos—, que soportaremos cualquier cosa menos esto.

»Al oír estas palabras, mi hermana y yo perdimos la paciencia y les hicimos arduos reproches sobre sus miserias, que también eran las nuestras; después de mucho llorar, conseguimos que se dejaran llevar a través de aquel cenagal; tuvimos que sostenerlos, a pesar de los esfuerzos que nosotras mismas teníamos que hacer para lograr salir de allí. El sol nos enviaba sus rayos más intensos, y esto parecía alegrar mucho a los cerdos, que aparentaban no vernos y hacían mil cabriolas y se revolcaban una y otra vez en el lodo, salpicándonos y dejándonos en un estado que podría haber asustado a cualquiera. No obstante, a fuerza de nadar, de caernos y de volvernos a levantar, conseguimos llegar al pie de la roca situada en medio del desierto y rodeada por una especie de musgo seco, que no podía ofrecernos un gran consuelo.

»A la entrada de una espaciosa caverna nos encontramos al Afrita, que estaba sentado y recubierto por una túnica hecha con varias pieles de tigre, tan larga y tan amplia que se extendía varios codos a su alrededor. Su cabeza, cuyo tamaño era normal, no correspondía a su gigantesca talla, y su rostro era muy extraño. Su tez poseía un bello tono amarillo, mientras que sus cabellos, sus cejas, sus párpados y su barba eran de color púrpura; sus ojos negros como el surmé[24], sus labios de rojo pálido y sus dientes finos, blancos y afilados como las raspas de un pescado, daban al conjunto un aspecto más bien terrible que agradable. Nos recibió con amabilidad.

»—Pobres gentes —dijo el Afrita al vernos—, siento tanta compasión por todo lo que habéis tenido que sufrir para llegar hasta mí, que podéis estar seguros de que haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros. Hablad, pues, sin temor: ¿qué es lo que queréis de mí?

»Animados por estas palabras, le contamos nuestras desgracias sin omitir ningún detalle, y a continuación le preguntamos si conocía algún remedio para nuestros males.

»—Sí, sí —nos respondió—, conozco uno que es muy sencillo, pero de eso hablaremos luego; id al fondo de mi caverna y allí encontraréis un manantial de agua pura; lavaos en él y después, girando a la derecha, veréis un montón de ropas de todo tipo; tomad las que os convengan y, después de haberos vestido, volved junto a mí.

»Su ofrecimiento, que encajaba a la perfección con nuestros deseos, fue acogido con alegría y gratitud. Disfrutamos de nuestro baño y empezamos a sentirnos mucho más cómodos al quitarnos nuestros viejos harapos. Al volver, el Afrita seguía en el mismo lugar donde le habíamos dejado y pudimos ver cómo disponía a su alrededor varias cestas llenas de diversas frutas.

»—Sentaos en el suelo, cerca de mí —dijo—, y comed, ya que me parece que tenéis mucho apetito.

»En efecto, teníamos hambre, y él se rió de buena gana al ver nuestra voracidad. Por fin nos dijo:

»—No parecéis tener el aspecto de musulmanes escrupulosos, y creo que si se os ofreciera un poco de vino, lo beberíais con gusto. Venga —siguió diciendo,

adivinando por nuestras caras que no deseábamos otra cosa—, que lo vais a tener a raudales.

»Diciendo estas palabras, extendió la mano sobre el fangoso lago, que instantáneamente se convirtió en una acequia rodeada de árboles frutales, donde corría un vino bermejo cuyo olor regocijaba el olfato. Los cerdos habían desaparecido y en su lugar había una infinidad de niños pequeños y graciosos, que jugaban en aquella maravillosa sinuosidad y que vinieron a ofrecernos, en unas grandes copas de cristal, un vino espumoso que empezamos a saborear con entusiasmo. Hacía ya una hora que no abríamos la boca más que para beber, cuando tu hermano mayor, que estaba sumamente alegre, exclamó:

»—¡Ah, qué feliz eres, Afrita, y qué felices seríamos nosotros si nos permitieras quedarnos a vivir contigo!

»—¡Pobre insensato! —respondió el Afrita—. Tú, que al igual que el resto de los humanos juzgas la felicidad del prójimo basándote en unas apariencias engañosas, acércate y mira a ver si soy tan feliz como piensas.

»Y diciendo estas palabras, levantó sus ropajes y pudimos ver que sus dos piernas estaban hundidas hasta las rodillas en la tierra. Ante tan extraño espectáculo, el terror y la compasión se reflejaron en nuestros rostros. Dándose cuenta de nuestra turbación, y con una voz ya más tranquila, siguió diciéndonos:

»—No os aflijáis demasiado por mí, amigos míos; el poder que me mantiene medio sepultado en este lugar, por mucho que quiera producir alucinaciones a todos aquellos que vienen a visitarme, haciéndoles ver un sucio lodazal donde en realidad hay una maravillosa acequia, no podrá impedir mi liberación, y quizá ésta no esté ya muy lejana. Sea como sea, por el momento yo no puedo reteneros aquí; partid y dejadme con aquellos hermosos niños que habíais tomado por cerdos, que afortunadamente no me han sido arrebatados; pero antes de separarnos tenéis que saber que el imprudente deseo que os hizo envejecer y que os trajo las enfermedades de las que os quejáis, no dejará de surtir efecto hasta la muerte de vuestro padre. Tendréis que decidir si queréis esperar hasta que llegue ese momento, que quizá aún esté lejano, o bien adelantarlo. Mi opinión es que si tuviera cien padres, no trataría con indulgencia a ninguno de ellos a cambio de padecer una miseria como la vuestra y como la de vuestras agradables esposas.

»Ante nuestro asombro y silencio, el Afrita comprendió que no aceptábamos su consejo; parecía desconcertado y, de pronto, cambió sus buenos modales por cierta brusquedad.

»—Venga —nos dijo—, marchaos con vuestros pensamientos a otra parte; me he confundido al juzgaros. Creía que podríamos volver a vernos en beneficio de todos, pero veo que sólo sois unos cobardes. Partid ahora mismo, y no es necesario que os despidáis.

»Estábamos demasiado asustados para que hubiera tenido que repetir su orden. Sin decir una palabra, nos levantamos; pero, qué desesperación al ver que aquella

bella acequia que tanto nos habría gustado atravesar, había vuelto de nuevo a convertirse en un montón de lodo. En esta ocasión, nuestros maridos, que estaban aún más indignados que el Afrita, nos dieron el ejemplo a seguir arrojándose sin titubeos al cenagal, y nosotras les seguimos suspirando. Hicimos el horrible trayecto con muchas más dificultades que la primera vez. Las inmundicias nos llegaban hasta el cuello y los puercos nos infligían mil vejaciones. Por mucho que quisimos convencernos los unos a los otros de que estábamos nadando en delicioso vino y de que a nuestro alrededor sólo había hermosos niños pequeños, no conseguimos engañar a nuestros sentidos.

»Desfallecidos por el cansancio, logramos al fin salir del Desierto Fangoso y alcanzamos un lugar seco. Una vez allí, tu hermano mayor exclamó:

»—¡Maldito sea para siempre ese hijo de Eblis que ha osado aconsejarnos cometer un parricidio!

»—¡Maldita sea —dijo tu otro hermano— la boca infame que ha dejado escapar semejante barbarie!

»—¡Maldito sea el Afrita —dije yo— desde su cabellera púrpura hasta la planta de sus pies, si es verdad que los tiene como ha pretendido hacernos creer!

»—¡Maldito sea —añadió mi hermana— todo lo que pertenece o ha pertenecido a ese monstruo, salvo su vino y los buenos ropajes que nos hemos llevado!

»Después de unas imprecaciones tan justas, nos sentamos bajo un gran árbol para descansar durante la noche que, a pasos agigantados, avanzaba sobre el horizonte. Nuestros débiles esposos, agotados por la fatiga, se durmieron profundamente, mientras que mi hermana y yo nos quedamos en vela para decidir juntas lo que íbamos a hacer.

»A la mañana siguiente, les hice partícipes de nuestras ideas.

»—Creedme —les dije—, desterrad la falsa vergüenza y el temor que os acosa, que hasta ahora os han impedido recurrir a vuestro hermano, el rey. Barkiarokh es demasiado bueno y compasivo para ruborizarse ante nuestra pobreza y guardarnos rencor por nuestras disputas pasadas. Vayamos a echarnos a sus pies y contémosle lo que nos ha sucedido; él nos ayudará, aunque sólo sea por despecho hacia el Afrita. Al echar a Homaiuna de su lado, vuestro hermano ha demostrado que no le gustan ese tipo de seres tan astutos.

»Este consejo fue aceptado por tus hermanos, así que nos volvimos a poner en camino; después de un largo y cansado viaje, llegamos a Berduka, donde nuestros maridos esperan tu respuesta.

FIN DE LA HISTORIA

DE LA CUÑADA DE BARKIAROKH

Salté de alegría al saber que en unos pocos días podría jactarme de haberme librado de mi fatal gota. En principio, me quedé un poco aturdido al pensar en el medio a emplear para adelantar la llegada de aquel momento, pero mi descastado corazón no tardó en reconciliarse con aquella espantosa idea. Sólo faltaba urdir un odioso plan que me mantuviera alejado de cualquier sospecha, y en eso estaba pensando, mientras mi cuñada terminaba de contarme su historia.

Su narración me había hecho comprender con qué tipo de mujer me estaba enfrentando, porque hasta aquel momento no me había dado cuenta de ello. Cuando hubo acabado de hablar, les dije en un tono despectivo:

—Salid de mi palacio, mujeres de poco valor y de pocas luces. No sois dignas del destino que os había deparado. ¿Cómo es posible que no hayáis podido convencer a vuestros maridos para que quitaran la vida a un monstruo sin entrañas, que dijo no ser su padre y que les echó de su casa en el estado de invalidez en el que se hallaban por amor a él, un padre que no ha tenido ningún escrúpulo al verlos sumidos en la miseria, y todo ello a cambio de volver a encontrar su juventud y sus fuerzas? ¿Acaso no tenéis sobre ellos una influencia suficiente para obligarlos a entrar en secreto y por la noche en una casa que conocen a la perfección y que corten de un tajo la cabeza a ese miserable? Una conducta tan justa y tan enérgica, lejos de indignarme, os granjearía mis alabanzas. Os lo vuelvo a repetir: ¡salid de aquí, y que no os vuelva a ver!

Esto fue suficiente para irritar a mis cuñadas, ya que se habían hecho ilusiones pensando que no volverían a ver nunca a sus maridos y que así se quedarían a vivir conmigo. Sin saber qué hacer, se echaron a mis pies y, estrechándomelos con todas sus fuerzas, exclamaron:

—¡Oh, perdonadnos, querido señor! No es culpa nuestra si tus hermanos tienen tan poca decisión. Nuestros pensamientos no eran tan cobardes como los suyos; pero, ¿qué podíamos decirles? Nos habrían matado si les hubiésemos exigido que siguiesen el consejo del Afrita. Sin embargo, si Ormossuf ha renegado de ellos, bien sabremos lo que tenemos que decirles. Prométenos que nos recibirás con agrado, cosa que preferimos al retorno de su juventud y de sus fuerzas; así te demostraremos que somos más inteligentes de lo que piensas.

¡Oh, compañeros míos!, prefiero callarme sobre lo que ocurrió a continuación, sobre aquel acto abominable que no podríais escuchar sin estremeceros y por el que se estremecerían hasta en el mismísimo subterráneo de Eblis. Mis cuñadas lograron demasiado bien sus propósitos, y de acuerdo con ellas, hice que sorprendieran a sus miserables maridos en el momento justo en que consumaban su horrible crimen. A una orden mía, Ologú les cortó la cabeza y volvió a traer a sus mujeres a mi harén. Me encontraba solo con aquellas dos desdichadas y escuchaba con frialdad los detalles del maldito atentado, cuando la varita de la Peris me golpeó con tanta fuerza que pensé que me había matado. Poco después me volví a levantar con un furor

inconcebible y, agarrando a mis dos cómplices, las asesté cien puñetazos y las arrojé al mar. A este acto involuntario de justicia, siguieron otros arrebatos de desesperación. Profería injurias contra mi propia persona, hasta que mi voz se apagó y perdí el conocimiento.

Ologú había visto todo a través del gran cortinón, pero se había abstenido de acercarse a mí durante mi presunto ataque de locura. Entró cuando vio que se me había pasado, me agarró entre sus brazos y, sin llamar a nadie, curó las heridas que yo mismo me había hecho y me reanimó. Con voz débil le pregunté si algún testigo peligroso había observado la escena que acababa de producirse; me tranquilizó a este respecto, pero estaba tan asustado como yo viendo que la Peris no se había olvidado de mí. Al fin, nos sosegamos y resolvimos eludir aquellos golpes mediante una conducta irreprochable.

Un pez se adapta mejor a vivir en la cima de una roca que un hombre acostumbrado al crimen a una vida ordenada. Por más que el eunuco inventaba a diario inocentes diversiones, yo me moría de rabia y de aburrimiento. «¡Ah, desafiaría a Homaiuna —me decía—, si estuviera seguro de que no me castigaría públicamente! Estas convulsiones de remordimientos que se antoja en provocarme, no harían más que sustituir los ataques de gota de los que afortunadamente me he librado; pero es un gran riesgo mostrarme en ese estado ante mis súbditos.» La severidad que me veía obligado a imponerme hizo que me volviera tan huraño con todos que estuve a punto de ser tan odiado por mi pueblo como había sido amado, hasta que un buen día Ologú vino a decirme con aire triunfal que había encontrado un remedio infalible para mis males.

—Sin duda —dijo—, habrás oído hablar de Babek Horremi, apodado el Impío, por no creer en ninguna religión y por entregarse a todos los gozos y placeres que se puedan concebir. También sabes con qué facilidad pervirtió a toda Persia, así como a sus provincias limítrofes, y que, secundado por una prodigiosa cantidad de sectarios, hizo frente a todas las tropas enviadas contra él por los califas Mamún y Motassem; pero este último lo venció mediante la traición de un hijo de perra. Pues bien, este gran hombre no está del todo muerto. Naud, su confidente y ministro, le ha sobrevivido. Se escapó de las cárceles de Samarah y, después de errar de país en país durante varios años, ha venido a parar aquí. Esta misma mañana me lo he encontrado en los alrededores de Berduka y le he dado la acogida que se merece. En otros tiempos fue mi dueño, de forma que lo conozco lo suficientemente bien como para haber osado confiarle tus penas. Te compadece y te ofrece su ayuda. Tómalo como tu gran visir y él se encargará del resto. Por regla general, el que ocupa este puesto no es más que un idiota que ejecuta al pie de la letra las órdenes que por decoro se le dan; el hábil Naud lo hará de una forma muy distinta y sabrá ahorrarte los golpes de la varita de la Peris, ya que él no teme recibirlos. A cambio, irá estableciendo poco a poco la secta horremítica en Daghestán, de manera que la máscara de piedad que te has puesto puede caerse, y tus súbditos se alegrarían por ello en vez de

escandalizarse.

Me aferré desesperadamente a esta solución. Observé a Naud y no dudé que con sus artes seductoras sería capaz de librarme rápidamente de mis inquietudes. Hablamos en diversas ocasiones y por fin fijé el día en que tenía que nombrarle mi gran visir ante el consejo reunido. Sin saberlo, corría hacia mi condena sin pensar que un proyecto que establece la impiedad en mis Estados, es un crimen aún más imperdonable que todos los que yo había cometido. Era demasiado tarde cuando me di cuenta de mi error. Una numerosa asamblea me rodeaba. Naud, vestido con un magnífico atuendo, estaba a mi derecha y yo lo señalaba con la mano a los emires y a los grandes del reino, que esperaban respetuosamente que les pusiera al corriente de mis deseos.

—Aquí tenéis —les dije— al hombre que he escogido para ayudarme en la tarea de gobernaros y de haceros felices; es el más…

Iba a explayarme sobre las presuntas buenas cualidades del malvado Naud, cuando la fatídica varita, sin aterrarme ni turbarme como solía hacerlo, me obligó a cambiar mi discurso.

—Es —seguí diciendo con vehemencia—, después de mí, el más infame de todos los hombres. Es el impío discípulo y amigo del perverso Babek Horremi; él ha aceptado corromperos e incitaros a abandonar la religión de Mahoma para haceros abrazar la que profesa, que es la de los deleites y los placeres ilícitos. Es la persona apropiada para ocupar el cargo de gran visir del monstruo que ha matado a vuestro rey, asfixiándolo, que ha forzado a vuestra princesa a arrojarse al mar mediante crueles ofensas, que ha hecho apalear a la Peris que le protegía, que ha abusado de vuestras mujeres y que ha obligado a sus hermanos a matar a nuestro propio padre. Éste es el anillo que ha favorecido mis crímenes. Con él me hacía invisible cuando vos, imán de la gran mezquita, decíais apasionadamente a vuestra mujer que era una ratita que el ángel Gabriel había dejado caer en la habitación del Profeta. A vos, Mohabed, me permitió escucharos cuando, después de ser requerida vuestra presencia en el Diván, me reprochabais haber nacido para ser mejor pescador que rey. Si os perdoné es porque inmediatamente ocupé vuestro lugar. Un poder sobrenatural e irresistible, que en repetidas ocasiones me ha hecho enfurecer con violencia, me ha golpeado hoy de otra manera. Me deja tener la sangre fría necesaria para convenceros de que soy el más atroz y el más detestable monstruo que ha habido sobre la tierra. Saciad vuestra venganza; despedazad a mi cómplice Ologú y al pérfido Naud, pero guardaos de acercaros a mí. ¡Presiento que un destino mucho más terrible me está reservado!

Después de hablar de aquel modo, me callé y miré a mi alrededor con aire huraño y feroz. Parecía querer desafiar al furor general que siguió al espanto, pero cuando todos los sables se volvieron hacia mí, me coloqué rápidamente el anillo en mi meñique izquierdo; entonces me arrastró como un reptil y huí en medio de la muchedumbre enfurecida. Al pasar por el patio de palacio pude oír los gritos de

Ologú y de Naud, pero no me atemorizaron tanto como el hecho de volver a ver aquel sicomoro. Me vi colgado nuevamente de él, y aquella sensación no me abandonó hasta bastante después de haber salido de Berduka.

Pasé el resto del día andando o, mejor dicho, corriendo como un autómata sin saber a qué lugar me dirigía. Al llegar la noche, me asusté y tuve que pararme en seco al ver el aspecto de un bosque que estaba frente a mí. El débil y confuso reflejo del crepúsculo agrandaba y deformaba los objetos que tenía ante la vista, y confería al verde oscuro de los árboles un aire tan lúgubre que por un momento dudé en adentrarme en aquella negra soledad. Al fin, empujado por mi mala estrella, entré en él a tientas. Cuando aún no había dado más que dos pasos, fui derribado por unas grandes ramas de árboles, que con sus violentos movimientos parecían unos robustos brazos que intentaban hacerme retroceder, y por fin me hicieron caer en la maleza.

—¡Qué desdichado eres! —exclamé—. ¡Hasta los seres inanimados te detestan! ¡Ya no hay un poco de misericordia para ti, ni en el cielo ni en la tierra! Quédate aquí y servirás de pasto a los animales, y quizá hasta ellos desdeñarán comerte. ¡Oh, Homaiuna!, qué bien te has vengado; triunfa al ver mis desgracias, ya que no merezco tu compasión.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando miles de cuervos y cornejas que se encontraban en las cúpulas de los árboles empezaron a croar: «Arrepiéntete, arrepiéntete.»

—¡Ah! —exclamé—, ¿acaso me queda tiempo para arrepentirme? Quisiera creerlo y hacer penitencia con resignación. Esperaré en este mismo lugar a que la luz del día me vuelva a iluminar, y entonces volveré a ponerme en marcha y me apresuraré a salir de Daghestán. Afortunadamente conservo aún mis piedras preciosas; las venderé y repartiré entre los pobres el dinero que den por ellas; después, me retiraré a algún desierto, donde me alimentaré de hierbas y beberé el agua de la lluvia. No me queda ninguna duda de que soy aquel abominable rey que había anunciado el pergamino, pero esto no impedirá que pueda llegar a ser un piadoso ermitaño.

Logré tranquilizarme con esta decisión, y después, agotado por el cansancio, me dormí profundamente sobre unas zarzas y espinas, como si me hubiera acostado en un lecho de almohadas de terciopelo.

Ya había salido el sol cuando me desperté sobresaltado al oír unos lamentos que procedían de un lugar cercano a mí. Era una voz dulce e infantil que decía: «¡Oh, Leilah, infortunada Leilah! ¿Qué vas a hacer? ¿Acaso vas a dejar el cuerpo de tu madre a la merced de los buitres que habitan estos bosques? ¿O acaso seguirás echándolos de aquí, a pesar del hambre que te acucia? ¡Ay!, me espera una muerte segura si permanezco en este lugar. Estos voraces pájaros nos comerán a todos, y mi madre no será sepultada, tal y como era su deseo, en la tierra que ha acogido a su padre, que fue brutalmente asesinado. ¡Oh!, ¿por qué Calili ha tenido que morir también? Él podría haberme ayudado a cumplir el último deseo de su princesa. ¡Oh,

Barkiarokh, cruel Barkiarokh!, no quiero maldecirte porque eres mi padre y porque Gazahidé me lo ha prohibido, pero maldigo la vida que me has dado.»

Ante la sorpresa y la confusión que me causaron aquellas palabras, estuve a punto de contestar a las quejas de mi hija con gritos estridentes, pero me contuve para no matarla del susto; consciente de mi invisibilidad, me adelanté sin hacer ruido hacia el lugar donde ella seguía sollozando. Un seto, formado por estacas puntiagudas como jabalinas, me cerró el paso. Miré a través del enramado y vi a la inocente Leilah recostada sobre la hierba, frente a una casita hecha de palmeras entrelazadas con cañas. Sus hermosos ojos estaban entornados hacia la puerta del seto; a pesar de las lágrimas que los cegaban, pude percibir todos los rayos que emanaban y que me atravesaron el corazón, cuyo camino conocían demasiado bien, ya que eran los mismos que Gazahidé tantas veces me había lanzado. Me parecía haber vuelto al momento fatal en el que mi princesa hacía levantar su tienda en aquel lugar del jardín, donde el enano había podido ver mis piedras preciosas. Leilah tenía aproximadamente la misma edad que su madre en aquel entonces; sus rasgos, sus cabellos, su figura y su atractiva belleza me recordaban a Gazahidé. Desatinado y nervioso, no sabía qué hacer. Callar mi nombre era una precaución indispensable, pero en caso de que alguien hubiera hecho un fiel retrato de mi persona a mi hija, ella podría reconocerme. Al fin, la necesidad de socorrer a esta amable niña me hizo tomar una determinación. Me quité el anillo y, llamando a la puerta del seto, dije con voz lastimera:

—¡Quien quiera que seas y quien quiera que sea la que habite en esta casa de palmeras y cañas, concede la hospitalidad a un infeliz, que el impío Barkiarokh ha dejado en este lamentable estado!

—¡Alabado sea Alá y su Profeta por la ayuda que graciosamente me envían! —exclamó Leilah, al tiempo que se levantaba precipitadamente, y de un salto se plantó ante la puerta para abrírmela—. Ven —prosiguió en un tono algo más alegre—, amado extraño que Barkiarokh persigue. Aquí podrás ver otras víctimas de su crueldad y podrás ayudarme a enterrar a mi madre y a su enano para que no sean devorados por los buitres.

Entonces, me hizo una señal para que la siguiera y entré con ella en la casa.

A pesar de las buenas disposiciones que había tomado horas antes, ¿quién habría podido dudar que el cuerpo de Gazahidé me causaría mayores remordimientos que los que me causaba la varita de la Peris? Pero, ¡qué horrendo efecto el que se deriva de la costumbre del crimen! En aquellos terribles momentos sólo sentí cierta agitación, y esos deseos desenfrenados que en tantas ocasiones me habían obligado a ultrajar a la desdichada princesa para dejarla en un estado como en el que ahora podía verla. No es que quisiera convertir aquel cadáver en mi presa, pero juré que su vivo retrato, mi hija, mi propia hija, no tardaría mucho en llegar a serlo. Invoqué a Eblis para que me concediera el éxito en mis horrendos planes y me dispuse a complacer el deseo de Leilah, con el fin de apoderarme primero de ella y después de su confianza.

Cavé una ancha fosa donde depositamos el cuerpo de Gazahidé y el de su enano, a quien, en mi interior, maldecí mil veces. Después cogí la mano a Leilah y le dije:

—Seca tus lágrimas y deja que te lleve a algún lugar donde puedan procurarte la ayuda que necesitas. La maldad de Barkiarokh me mantiene errante en este bosque, pero creo que he podido ver a lo lejos algunas chozas de campesinos; vayamos para allá. Has cumplido con los deberes que tenías hacia tu madre y ahora tienes que pensar en ti.

—Te seguiré a todas partes —me respondió—, porque estoy segura de que el Cielo ha dispuesto que seas mi protector. Adóptame como hija, ya que el único padre que tengo es un monstruo, que tú y yo debemos odiar del mismo modo.

Leilah tenía más ánimos que fuerzas, ya que apenas podía sostenerse en pie. La tomé en mis brazos y atravesé con tan querido fardo una parte del bosque, no sin temblar ante la idea de cruzarme con alguien que pudiera reconocerme, ya que no deseaba utilizar mi anillo sin que fuera completamente necesario. Eso habría sido delatarme yo solo ante mi hija, porque ella tenía que conocer muy bien la historia. Apreté contra mi pecho a esta inocente criatura y aquel fuego que me abrasaba se acrecentó; de repente, una idea surgió en mi cabeza y logró apaciguar rápidamente mis infames arrebatos. «¡Que insensato soy! —pensé para mí—, ¿en qué estaría pensando? Seguro que Homaiuna está volando a mi alrededor; sin duda, fue ella la que hizo hablar anoche a los cuervos y a las corvejas del bosque. Como le es imposible adivinar mis intenciones, puede que crea que mi amor paternal hace que me ocupe de Leilah; pero si me dejo llevar por mi insensatez, no podré librarme de los más temibles efectos de su funesta influencia. En ese caso, me obligaría a confesar mis crímenes ante mi hija, y los horribles momentos que tuve que pasar con Gazahidé se volverían a repetir. ¿Acaso no existe ningún lugar en el mundo donde no pueda seguirme esta temible Peris? Quizá el Afrita del Desierto Fangoso podría indicarme alguno. El consejo que dio a mis hermanos prueba que lo sabe todo y que es capaz de cualquier cosa; iré a consultarle, pero hasta entonces me contendré con Leilah hasta el punto de no darle ni un beso amistoso.»

Los honestos campesinos a quienes nos dirigimos no sólo prestaron la ayuda que tanto necesitábamos, sino que también nos vendieron un buen caballo; monté a Leilah a la grupa y me apresuré en salir de Daghestán.

Cuando no tuve ya nada que temer, me detuve en una gran ciudad; allí vendí lo mejor que pude una de mis esmeraldas y con el dinero obtenido compré hermosos vestidos a Leilah y dos esclavas para servirla.

Ella no sabía cómo demostrarme su gratitud; el llamarme padre, el afecto que sentía por mí y sus inocentes caricias me sacaban de quicio, pero tenía que seguir manteniendo la dura represión que me había impuesto.

Los preparativos necesarios para nuestro viaje al Desierto Fangoso requerían cierto tiempo, ya que no deseaba quedarme durante meses enteros por el camino, como les había ocurrido a mis hermanos y mis cuñadas. En una noche tranquila,

después de un día tormentoso, rogué a Leilah que me contara la historia de su madre, y así lo hizo de inmediato con un aire solícito y sumiso. Demasiado bien conocía yo aquella deplorable historia, hasta que al llegar al punto en que creía que Gazahidé se había arrojado al mar, tuve que prestar atención a lo que seguía:

HISTORIA DE LEILAH, HIJA DE BARKIAROKH

Cuando mi madre lograba reanimarse de sus desvanecimientos provocados por los abusos del malvado Barkiarokh, se dejaba llevar por la más cruel desesperación. Ni sus esclavas, ni la buena Homaiuna podían consolarla. Se marchitaba poco a poco, y no habría podido vivir mucho tiempo en aquel estado, de no haber sido por cierta noche en que, después de levantarse y llorar sobre el maldito carbúnculo como era su costumbre, oyó a través de la ventana la voz de Calili que le decía:

»—Abridme, mi querida señora, que lo he arriesgado todo para poder salvaros.

»En efecto, aquel fiel enano, a costa de su vida, había trepado por una gigantesca higuera que se alzaba a la orilla del mar y cuyas ramas cubrían las murallas del aposento de Gazahidé. Allí había atado una escalera de seda por la que mi madre bajó con mucha valentía, después de haber dejado una nota sobre el estrado para engañar a Barkiarokh. Después, el enano desató la escalera, se deslizó hacia abajo e hizo montar a su princesa en una pequeña barca, la misma que había utilizado para llegar hasta la muralla. Como remaba con tanta habilidad como nadaba, rodeó el bosque y llegó hasta la casa donde me has encontrado.

»Esta casa pertenecía a una santa mujer llamada Kaiun, que se había retirado allí para rezar y meditar. Había acogido en su casa a Calili, que le había puesto al corriente de los crímenes de Barkiarokh y de las desdichas de Gazahidé, y ella no había dudado en ayudar al desvelado sirviente en su empresa. La pobre princesa fue recibida por esta piadosa persona con tanto respeto y tantas atenciones que no dejaba de agradecer al Cielo la suerte que le había deparado; por eso, cuando Calili quiso convencerla de que abandonara el Daghestán, Gazahidé no quiso escuchar su consejo, diciéndole que quería acabar sus días en compañía de Kaiun y ser enterrada en el país donde reposaban los huesos de su padre. Como Barkiarokh no realizaba ninguna búsqueda, el enano se tranquilizó y mi madre empezaba a consolarse, cuando un día se dio cuenta que una nueva desgracia se cernía sobre ella al estar embarazada.

»—¡Oh, Cielos! —exclamó—, ¿es necesario que tenga un hijo de ese detestable monstruo? ¡Ay, ojalá no se le parezca!

»En medio de lágrimas, de angustias y de mortales inquietudes fue como mi madre me alumbró. No carecí de cuidados ni de buenos consejos durante mi infancia, ya que mi madre, Kaiun y Calili se ocupaban de mí. Yo era agradecida y sumisa, y también me atrevería a decir que más feliz de lo que nunca podré volver a serlo. A veces iba a la ciudad más próxima en compañía de nuestra caritativa anfitriona; comprábamos madera de sándalo con la que hacíamos unas curiosas cajas, que vendíamos a buen precio. No hubo necesidad de que me advirtieran que tenía que guardar silencio sobre el lugar donde se encontraba nuestra morada; mi madre me había contado su historia y mis temores era aún mayores que los de ella al pensar que podríamos caer en manos de Barkiarokh, que yo aborrecía con toda mi alma.

»Así fueron transcurriendo los años en medio de felicidad y de paz. Nos parecía que el rincón silvestre donde el Cáelo nos había colocado era un verdadero paraíso, pero un día la mano divina que nos amparaba consideró conveniente abandonarnos. Mi madre cayó enferma, aquejada de unas fiebres héticas que nos inquietaron a todos. Calili y yo no la dejábamos sola ni un solo instante, y Kaiun iba a la ciudad para comprar los víveres. Siempre se apresuraba en volver, pero el último día que se fue no regresó. Pasamos dos días presas de una indescriptible angustia. Finalmente, al ver Calili que el mal de su señora empeoraba por falta de ayuda, quiso arriesgarse para conseguírsela. El eunuco repetía sin cesar: «Yo soy el responsable de todo el mal que le ha ocurrido a mi princesa, a causa de mi necia admiración hacia las malditas piedras preciosas del infame Barkiarokh, y por eso, debo hacer todo lo que esté en mi mano para remediarlo.»

»Mi madre le dejó irse por compasión hacia mí, pero viendo que no volvía, al igual que Kaiun, y temiendo que hubiera sido reconocido y entregado a Barkiarokh, no tuvo los suficientes ánimos para enfrentarse al estado de desesperación en que nos encontrábamos. En efecto, el único sustento que nos quedaba era el agua de nuestro pozo; yo no podía dejar sola a mi madre, que ni siquiera tenía fuerzas suficientes para salir de nuestro retiro, aunque hubiera sido capaz de intentarlo. Sentía que el hambre me acuciaba de una forma desgarradora y, aunque intentaba ocultárselo a Gazahidé, ella se dio perfecta cuenta de ello. Mientras tanto, mi madre se apagaba como una lámpara a la que se deja de mantener encendida. La observaba y gemía en silencio a su vera; acababa de salir de un estado de debilidad que me había tenido muy preocupada, cuando me tomó entre sus brazos y me dijo:

»—Querida e infortunadísima hija, encomiendo tu inocencia a la protección de Alá; que te guarde de caer en las manos de tu padre y, si es su voluntad, que tome tu vida junto a la mía. No maldigas nunca al autor de tus días, pero huye lejos de él como lo harías de un dragón que echase llamas por la boca. Si logras sobrevivirme y si Calili no vuelve, vete de aquí y busca alguna persona caritativa que pueda atender a tus necesidades más acuciantes y que te pueda ayudar a enterrarme. No he querido abandonar el Daghestán para que mis huesos reposen en la misma tierra en la que están los de mi padre y no quisiera que los buitres se los llevaran a otra parte. ¡Oh Alá! ¡Oh, Profeta, perdonadme por haber sido la causante de la muerte de tan buen padre, y tened piedad de mi hija!

»Después de decir aquellas palabras, no volvió a hablar más y yo me quedé abrazada a su pecho, casi tan muerta como ella. No sé cuánto tiempo estuve así, sólo sé que salí de aquel estado al sentir una especie de licor que corría por mi garganta; era Calili, que apaciguaba mi sed con mano temblorosa. Abrí los ojos y ¡horror!, me estaba bebiendo su propia sangre.

»—Infortunada Leilah —me dijo el enano—, este brebaje, por muy odioso que sea, te dará unas pocas fuerzas para seguir; me venía persiguiendo un tigre, pero mi agilidad le ha impedido apresarme, aunque en una de sus intentonas ha logrado

clavarme una de sus zarpas en el costado. Me estoy desangrando por esta enorme herida que ves y voy a seguir a mi querida señora; me voy con ella ante el tribunal de Alá a solicitar el castigo que Barkiarokh se merece y a pedir protección para ti.

»Al acabar de hablar, el bueno y generoso Calili se recostó a los pies de mi madre y murió.

»Pese a haber recobrado algunas de mis fuerzas, éstas sólo me habrían servido para adelantar el fin de mis días, pero reaccioné debido a la desesperación que me embargaba ante el temor de que el cuerpo de Gazahidé fuera devorado por los buitres, en contra de su última voluntad, y decidí no alejarme de aquel lugar. Me limitaba a exhalar mis quejas y lamentos fuera de nuestra casa para que pudieran ser oídas por alguna persona que pasara por allí, pero a menudo volvía a entrar en ella para regar con mis ardientes lágrimas el rostro helado de mi madre; lo mismo hacía con Calili, pero no podía olvidar que la poca vida que me quedaba se la debía a su sangre. Entonces fue cuando me salvaste y me ayudaste a enterrar a mi buena madre y a su enano. ¡Cuán grande tiene que ser mi gratitud hacia ti! Sin embargo, éste no es el único sentimiento que me une a ti; me inspiras un cariño semejante al que sentía por Gazahidé y contigo siempre estaré contenta en cualquier lugar con tal de no estar al alcance de Barkiarokh, que según dices sigue persiguiéndote. Démonos prisa para llegar a la casa de aquel amigo del que me has hablado, para que nos indique un lugar donde refugiarnos y donde el nombre de ese tirano sea odiado. No me asustan las fatigas, y estoy más preocupada por ti que por mí. Por lo demás, puedes confiar en mí y en mi discreción; no estaba en mi sano juicio cuando me lamentaba en el bosque, arriesgándome a caer en manos de Barkiarokh. Afortunadamente, fue su enemigo quien escuchó mis quejas, y es él quien tiene que ser por siempre el amigo de Leilah.

FIN DE LA HISTORIA DE LEILAH

Una narración tan emotiva tendría que haberme partido el alma, y aquella confianza, tan fuera de lugar, tendría que haberme hecho enrojecer, pero la pasión desenfrenada que me arrastraba no dejó que todo aquello produjera efecto alguno sobre mí. Estaba más ocupado oyendo la sencillez y la gracia con las que Leilah se expresaba, que con las escenas desgarradoras que me describía. Su inocencia hizo que se dejara engañar por mi inquietud. Me agradeció el interés que me había tomado por las desgracias de su madre y de las suyas; después me colmó de bendiciones y se retiró a su aposento. Evidentemente, aquellas bendiciones no eran para Barkiarokh, que estaba a punto de ser maldecido para siempre.

Finalmente, nos pusimos en camino rumbo al Desierto Fangoso. Mi hija y yo íbamos en una litera que los porteadores se relevaban de vez en cuando; nos acompañaban dos esclavas montadas en un camello y doce eunucos a caballo que nos servían de escolta. Nuestro viaje duró sólo tres semanas, que me parecieron trescientos años a causa de los duros combates que se entablaron entre el ardor de mis criminales instintos y el miedo a la varita. Dejé a Leilah con las dos esclavas y los doce eunucos en la caravana que habíamos dejado a poca distancia del Desierto Fangoso y me apresuré en llegar hasta la roca. Ni el lodazal, ni los cerdos impidieron que corriera hacia el lugar donde se encontraba el Afrita; me lo encontré sentado a la entrada de su caverna, tal y como me había dicho mi cuñada. Me saludó civilizadamente con la cabeza y me preguntó qué deseaba de él. Entonces, le conté mi historia sin omitir el más mínimo detalle y acabé rogándole que me indicara un lugar donde la Peris no pudiera encontrarme.

En lugar de responderme, el Afrita empezó a dar palmadas en señal de alegría y con una voz que hizo temblar la roca, exclamó:

—¡Alabado sea Eblis! ¡He aquí un hombre más perverso que yo!

El cumplido no era nada halagador, pero no por ello dejé de sonreír mientras le pedía una explicación al Afrita.

—Tienes que saber —me dijo—, que tu temible suegro Asfendarmod, siempre tan riguroso como el mes de invierno al que ha dado su nombre, me condenó hace más o menos cuarenta años a quedarme aquí con las piernas enterradas en el fango, diciéndome: «Sólo aquel cuyos crímenes sean mayores que los tuyos podrá liberarte.» He esperado durante mucho tiempo, he prodigado mis malos consejos a todos aquellos que han venido a consultarme, pero siempre lo hacía en vano porque hablaba con gente cobarde. ¡Oh, indomable Barkiarokh, sólo a ti te estaba reservada la gloria de ser mi libertador! Y voy a agradecerte este favor llevándote a ti y a tu hija al Palacio del Fuego Subterráneo, donde están todas las riquezas de Suleimán y de los reyes preadamitas, y donde Homaiuna jamás podrá encontrarte. Confía en mis palabras y apoya tus dos manos sobre mis rodillas.

No menos contento que el Afrita, me apresuré a hacer lo que pedía, y enseguida sus largas piernas volvieron a ser libres. Se levantó y dio tres vueltas alrededor de la

roca, exclamando con todas sus fuerzas:

—¡Que todo vuelva al orden acostumbrado en este lugar!

Al pronunciar aquellas palabras, un palacio adornado con cien cúpulas resplandecientes apareció en el lugar donde se encontraba la roca, el lodazal se convirtió en un riachuelo de aguas claras y rápidas, y el resto del desierto en un jardín que no se podía avistar a lo lejos. Los niños pequeños dejaron su forma de cerdos para recobrar su delicadeza y su gracia. Todos me rodearon, y después de haberme prodigado miles de caricias lascivas, me llevaron hasta el baño; allí, unos eunucos fuertes y robustos me frotaron y me perfumaron, para ponerme después hermosos atuendos y volver a llevarme ante la presencia del Afrita.

Me esperaba en un pabellón donde, bajo un dosel adornado con inestimables perlas, se sirvió un espléndido banquete.

—Ya no tengo que limitarme a beber solamente vino tinto y como único alimento tomar frutas —me dijo el Afrita—; te voy a tratar a cuerpo de rey —prosiguió—, pero no pareces contento. ¡Ah, ah!, ya no me acordaba de ello. No estás a gusto con nada sin la presencia de tu hija. Ve a buscarla; sin embargo, será necesario que se acostumbre a verme para que consienta en que la lleve al Palacio Subterráneo, donde sólo se entra voluntariamente; jugará con mis niños mientras nosotros disfrutamos de la buena mesa, y cuando llegue la noche, partiremos hacia Istakhar.

Rápidamente atravesé caminos alfombrados de flores, y al rato volví con Leilah, que abría grandes ojos de asombro al ver todo lo que la rodeaba.

—¿Dónde estamos? —me dijo al fin—. ¿Acaso es ésta la morada escogida por tu amigo para que vivamos en ella?

—No, no —respondí—, ésta no es; aquí no estaríamos tranquilos, ya que Barkiarokh conoce este lugar. Ésta es la morada del gigante que siente un gran afecto por mí y que, esta noche, nos llevará a un lugar aún más hermoso que éste.

—¿Tu amigo es, pues, un gigante? —volvió a preguntarme.

—Sí —le contesté—, ¿es que acaso vas a tener miedo de él?

—Contigo no temo a nadie, salvo a Barkiarokh —contestó Leilah con una timidez que me desconcertó.

Afortunadamente, fuimos interrumpidos por las atrayentes niñas y los hermosos pajes que vinieron a nuestro encuentro brincando y jugueteando. Leilah los encontró tan de su agrado que, siguiendo el impulso propio de su edad, empezó a acariciarlos y a recorrer los jardines con ellos sin sentir miedo al ver al Afrita.

—¡Qué guapa es! —me dijo el malvado Giaur[25]—; no podréis disfrutar juntos del día de mañana si no te pones a salvo de la varita que enturbiará tus placeres.

El Afrita no faltaría en absoluto a su palabra; dejamos a Leilah con los niños bajo los cuidados de los eunucos y nos quedamos solos disfrutando de los exquisitos manjares y de los excelentes vinos. Nuestra conversación fue liberal y alegre; nos burlamos de todos los frenos existentes e inventados para reprimir a las gentes de nuestra especie. El Afrita me contó sus horribles aventuras y, pese al encanto que

encontraba en el relato de sus mil peripecias, unas más abominables que las otras, me sentí quemado por la impaciencia y empecé a necesitar la presencia de Leilah. Agradecí, pues, el recibimiento a mi temible anfitrión y le recordé que la hora de partir estaba cercana.

Enseguida llamó a Leilah, diciéndole:

—Ven acá, encantadora chiquilla. ¿Quieres que te lleve al Palacio Subterráneo de Istakhar?

—Estaré encantada de ir a cualquier lugar, siempre que sea acompañada por mi noble protector —respondió Leilah.

—A esto es a lo que se llama hablar claro —contestó el Afrita—. Venga, subíos los dos a mis espaldas y agarraos fuerte que, aunque el camino sea largo, pronto estaremos allí.

Le obedecimos en el acto; Leilah temblaba un poco, pero deslicé uno de mis brazos alrededor de su fino talle para ampararla y tranquilizarla.

La oscuridad de la noche no nos permitía distinguir los objetos que se encontraban a nuestro paso por aquella extensa tierra que sobrevolábamos. La intensa claridad que emanaba de los cirios que iluminaban el subterráneo, al borde del cual nos dejó el Afrita, causó mi sorpresa.

Apenas le di importancia a aquella exclamación, que me tendría que haber hecho comprender al lugar donde se dirigía. Observé la magnífica rampa que se abría a mis pies. Era bastante cómoda, pero para llegar hasta ella era necesario franquear un ancho espacio que se hallaba entre el lugar donde estábamos y el primer escalón de dicha rampa. Con el fin de ahorrar esfuerzos a Leilah, salté el primero y le tendí los brazos; cuando ella iba a lanzarse a ellos, oí la voz del malvado Afrita, que me dijo riéndose:

—Adiós, Barkiarokh; dentro de poco vendré a ver qué tal os encontráis tú y tu crédula hija en vuestra nueva morada.

Al oír aquellas malvadas palabras, Leilah pegó un grito espantoso y, echándose de repente hacia atrás, hizo que me fuera imposible agarrarla. Quise lanzarme tras ella, pero una mano invisible me retuvo y me inmovilizó. En aquel mismo instante, oí que desde arriba me llamaba una voz que no era en absoluto desconocida para mí. Levanté la cabeza y vi a Homaiuna sentada en una nube, iluminada por los rayos que la rodeaban.

—Miserable Barkiarokh —me dijo—, ya no tendrás que tener miedo a mi varita de los remordimientos. En lugar de aprovechar los golpes que te daba, has buscado el modo de librarte de ella. Ahora será la varita de la desesperación sin retorno la que golpée tu corazón que, por muy endurecido que lo tengas, se irá rompiendo poco a poco en una espantosa eternidad. Yo he hecho todo lo que estaba en mis manos para salvarte del abismo en el que te encuentras; tus crímenes son los responsables de que te halles en esta infernal morada, pero el Cielo no permitirá que tu inocente hija te siga a aquel horrendo lugar. Si el Afrita, al traicionarte, no te hubiera tratado como

todos los malvados se tratan entre sí, el mismo poder que te priva de la facultad de moverte habría impedido que Leilah se reuniera contigo. Me llevo conmigo a esta hija digna de otro padre y voy a ponerla en el trono de Daghestán, y allí, influenciada por los consejos de la piadosa Kaiun, hará olvidar los horrores de tu reinado. Después, volveré a mi feliz patria. Mi padre quiere que vuelva, porque considera que he cumplido mi castigo con los males que me has hecho sufrir. Desea que viva con mi hermana Ganigul, y a aquel paraíso me voy con una compañía tan querida, para olvidar el interés que me tomé por el género humano y a entregarme a Alá, que no permite la prosperidad pasajera de los malvados más que para castigar a los que juzga dignos de misericordia.

Al terminar de pronunciar aquellas palabras, la Peris miró hacia la tierra y desapareció llevándose a Leilah.

Con unos alaridos aterradores, y viendo que me quitaban a mi presa, empezaron a salir de mi boca horribles blasfemias; de pronto me vi arrojado en medio de la maldita muchedumbre con la que pronto voy a girar sin cesar, al igual que vosotros, desdichados compañeros míos, llevando en mi corazón el horrible brasero que yo mismo he encendido.

FIN DE LA HISTORIA

DEL PRÍNCIPE BARKIAROK

Notas

[1] Una de las más antiguas comarcas de Asia Central. Thomas Gueulette había situado ya uno de sus *Cuentos Mogoles* en el país de «Carizma». <<

[2] Personaje histórico que reinó en el año 227 de la Hégira. Beckford se inspiró en el retrato de este califa que aparece en la *Bibliothèque orientale* de D'Herbelot, para crear el personaje del Califa Vathek, cuya perdición y caída en el abismo se narra en la primera parte de su célebre *Vathek*. La presente edición recoge la continuación o segunda parte de dicha obra, con el nombre de *Los episodios de Vathek* <<

[3] Según D’Herbelot, se trata de una de las provincias del Imperio Persa, que se extiende a lo largo de las orillas del Mar Caspio. <<

[4] Arroyo que discurre cerca de la ciudad de Schiaz. Sus aguas son extraordinariamente claras y límpidas, y sus orillas están cubiertas de la más exuberante vegetación, según el poeta árabe Hafiz. <<

[5] Según D'Herbelot, es una provincia del Reino de Persia, que se extiende a lo largo de la orilla occidental del Mar Caspio. Este reino fue realmente invadido por Vathek bajo el reinado de Filanshah. <<

[6] La capital, Samakhié, es mencionada por D'Herbelot con el nombre de Schamakié o Schamakiah, en el apartado referente a Shirván. <<

[7] Según D'Herbelot, el nombre de Firuz significa «victorioso y triunfal», y aparece en las *Mil y una noches*. <<

[8] Medida itineraria de los antiguos Persas, que equivalía aproximadamente a 5.250 metros. <<

[9] Los Genios (Ginns), que los persas denominaban Peris y Divos, destacaban por sus conocimientos arquitectónicos. Les llegaron a atribuir la construcción de las pirámides de Egipto. <<

[10] Ciudad de Irak, capital del Kurdistán, sobre el Tigris. <<

[11] Se trataba de una especie de medusa o lamia. Era el ser más terrible de la categoría de los Divos. <<

[12] Se trata de la antigua Persépolis, capital de Persia. Según la tradición, fue construida por los Peris en el tiempo en que el mundo estaba gobernado por Gian Ben Gian, monarca mitológico de los Genios. <<

[13] En la tradición oriental es el primero de los ángeles apóstatas, exiliado en las regiones infernales por haber abjurado del culto de Adán y desobedecido al comandante del Ser Supremo. <<

[14] Región montañosa que se extiende al norte de la cadena del Cáucaso y a lo largo del litoral del mar Caspio. <<

[15] Según D’Herbelot, esta palabra significa «hombre nativo de la ciudad de Bagdad». <<

[16] Según D’Herbelot, esta palabra significa en lengua persa «feliz, real y augusto». <<

[17] Según D'Herbelot, es el nombre de un Genio que preside y da su nombre al duodécimo y último mes del año de los antiguos persas en el calendario Iezdegírdico y en el Gelaleo. <<

[18] Giauhar, corresponde al Ghevherabad de D'Herbelot. Significa: «La Ciudad de las Joyas». <<

[19] Shadukiam: el Placer y el Deseo. Esta palabra persa, que a su vez está compuesta por otras dos, es el nombre de una provincia imaginaria del país de Ginnistán, que los romanos orientales creían poblada por Divos y Peris… Para nosotros podría ser el Reino de las Hadas, o también el Imperio de los Genios, o mejor aún y según su propio significado, el País de Jauja. <<

[20] Pájaro maravilloso. <<

[21] En el idioma persa, «ruiseñor». <<

[22] Poeta y escultor, fundador de la secta de los maniqueos. <<

[23] Literalmente significa «mentiroso», «impostor». Los escribas mahometanos lo aplicaban a su Anticristo. <<

[24] Cosmético oriental con el que las mujeres se pintaban los ojos, y que aún siguen utilizando. En realidad es antimonio crudo. <<

[25] Significa «Infiel». <<